Sophie Saint Rose



# Siento tu corazón

228

# Siento tu corazón

Sophie Saint Rose

# Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Epílogo

# Capítulo 1

Dio un paso atrás admirando la hermosa tarta de bodas. —Me gusta.

—A ti te gustan todas —dijo su hermana mirándola con ojo crítico—. No, nada de pájaros, ¿y esos lazos? ¿A qué vienen esos lazos? —Se volvió hacia la que tenían al lado. —No lo entiendo, de verdad. Madre mía, esta tiene rombos.

Ginger gimió por dentro antes de decirle al pastelero. —Está algo nerviosa con los preparativos, no se lo tenga en cuenta. —Hizo un gesto con la mano y vio que su reloj de pulsera decía que eran las cinco. —Uy, tengo que irme.

—Eres la dama de honor más horrible del mundo —dijo distraída mirando una tarta en forma de cono que tenía encima a los novios.

—Lo sé, pero me quieres y me lo perdonas todo. —La besó en la mejilla y dijo a su oído —A mí me gusta la blanca sin adornos. Ocho pisos.

—Me has leído el pensamiento.

—Ginger suéltate el pelo —dijo su madre entrando en la trastienda de la pastelería—. Con lo hermoso que lo tienes…

—Definitivamente es hora de irse.

Su hermana rio por lo bajo.

Su madre se acercó, la cogió de los hombros para volverla y quitarle la goma que sujetaba su trenza antes de deshacerla metiendo los dedos en su sedoso cabello pelirrojo. —¿Cómo vas a pillar novio si nunca te peinas?

—Estaba peinada, mamá. —Se volvió sonriendo y la besó en la mejilla. —Tengo que irme.

—¡Pero si acabo de llegar!

—Ayúdala tú, ¿quieres? ¡Tengo trabajo!

Liza miró al pastelero. —La blanca sin ningún adorno, nada de perlitas, pájaros ni rombos, o sea nada de nada salvo eso que le ponen encima a la tarta que es blanco. Y el interior debe ser de… ¿Mamá?

Ginger metió la cabeza y dijo —¡Red Velvet! El rojo de la tarta hará juego con las rosas rojas de los centros de mesa.

Salió corriendo y su hermana miró a su madre. —Mamá no me ayudas nada. —Bufó girándose al pastelero. —Y usted tampoco. Menos mal que la tengo a ella, aunque sea en la distancia. Que sea de Red Velvet y blanca por fuera. Cuando digo blanca es blanco nuclear, no blanco roto ni blanco tirando a beige, no me vale nada que no sea blanco. ¿Entiende?

—No se puede ser más clara.

Ginger corrió por la calle y se metió en el metro. —Mierda, llego tardísimo. —Cogió el tren por un pelo y sin aliento se dejó caer en el asiento de plástico. Abrió su bolso y sacó el espejo para ver el desastre que había hecho su madre. —Estupendo mamá, estoy preciosa.

—Yo creo que lo estás.

Giró la cabeza hacia su derecha para ver a un hombre de traje agarrado a la barra que estaba al lado de la puerta. Se sonrojó porque la miraba fijamente y cuando él se dio cuenta de que ya había captado toda su atención, sonrió de una manera que podría hacer que se le cayeran los calcetines a cualquiera. A cualquiera

menos ella porque no le decía absolutamente nada. Igual su amiga Sara tenía razón y no estaba motivada. ¿Tendría un trauma que no recordaba o algo así? Igual debía ir al psicólogo porque el tío según los cánones de belleza masculinos estaba como un cañón y vestía genial. Pero nada, ni una chispita en su pecho que le indicara que estaría encantada de llevárselo a la cama. Leche, igual era asexual o algo por el estilo. No, eso no podía ser, en la universidad le había dado algún meneíto a Peter y se lo había pasado bien hasta que había perdido el interés. Qué pena no tener una como ella para averiguar la razón de todo eso.

Forzó una sonrisa mirando al tipo y dijo —Gracias, pero no gracias.

Lo entendió de inmediato. —Una pena. —Se sentó a su lado. —¿Un mal día?

—No especialmente.

Él estiró las piernas cruzándolas por los tobillos. Alargó la mano hacia ella. —Edward Fellner.

—Ginger Linney.

—¿Y a qué se dedica esta hermosa pelirroja de increíbles ojos verdes?

—A exprimir mentes, ¿y tú?

—Soy un aburrido abogado de demandas civiles.

—¿Y vas en transporte público?

—Se me ha estropeado el coche a dos calles de donde hemos cogido el metro.

—Entonces tu día es peor que el mío.

—Y encima me has rechazado.

Ginger rio por lo bajo. —Te costará recuperarte. —Pasó una morena y se le fueron los ojos haciéndola reír por lo bajo. —Ya veo.

—Sí, debo reconocer que no estoy muy centrado en la vida.

—¿Algún trauma?

—Una novia en la universidad que me puso los cuernos con todo el equipo de fútbol.

Entrecerró los ojos. —¡Venga ya!

Rio. —¿Me he pasado?

—Tres pueblos.

—Podría ser.

—¿A ti? No lo creo.

—Así que te parezco atractivo.

—Según las veinte mujeres que hay aquí, por supuesto. No te quitan ojo.

—Tú ni te habías fijado.

—Cierto. ¿No te indica nada?

Edward se echó a reír, tenía una risa preciosa. —Que estabas distraída.

Sonrió sin poder evitarlo mientras asentía. —Muy cierto.

—¿Y qué te pasa por esa cabecita?

—Que tengo una cita de trabajo y llego tarde. Y encima con esta pinta.

—Preciosa. —Miró su reloj y frunció el ceño. —Si son las cinco y cuarto. ¿Trabajas a estas horas?

—Es que sale a esta hora de trabajar.

—Comprendo. ¿Psiquiatra?

—Psicóloga, pero una un poco especial.

—A cada segundo que pasa me intrigas más.

—Si te lo dijera igual te espantabas.

—A mí me espantan pocas cosas.

—Entro en la mente de la gente y libero sus dudas, preguntas o miedos.

Entrecerró los ojos. —¿Y cómo haces eso? ¿Hipnosis?

Negó con la cabeza. —Te lo acabo de decir entro en sus mentes. ¿Sabes lo que es un viaje astral?

Él asintió. —El alma sale del cuerpo para viajar mientras se duerme, ¿no?

—Exacto. Yo me especialicé en ese tipo de viajes o lo que mis pacientes creían que eran ese tipo de viajes. Y de esa investigación me di cuenta de que una persona cuando duerme es vulnerable. Es como cuando te dicen una cosa mientras duermes y al día siguiente lo haces o lo crees a pies juntillas.

—Sí, he oído que algo así puede hacerse.

—Pues yo he conseguido entrar en las mentes cuando se encuentran en un grado alto de relajación y ver cosas que no revelan por diversos factores. Porque en su forma consciente no las recuerdan o porque prefieren olvidarlas por miedo. Hoy voy a buscar una pulsera.

—Hostia, ¿en serio puedes hacer eso?

Asintió.

—Es fascinante.

—Gracias.

—Entonces están dormidos y tu mente entra en la suya.

—Sí, algo así.

—¿Y cómo se relajan?

—Con fármacos. Para que se sientan seguros van acompañados de un familiar o un amigo. Tienen que estar lo más relajados que se pueda para que funcione.

—¿Puedo ir?

Le miró asombrada. —¿Qué?

—¿Puedo asistir a la sesión? Puedes decir que soy tu abogado o algo así. Me encantaría verte trabajar.

—No sé… Sería raro. Casi no te conozco.

—¿Y si tu paciente da permiso?

—Estamos hablando de su intimidad, no creo que sea correcto.

—Lo siento, no quiero que pienses que no me tomo en serio tu trabajo, como si fuera un truco de circo o algo así. Todo lo contrario, me parece muy interesante porque si tu trabajo es como me he imaginado, me vendría fenomenal para mi caso.

—¿Para tu caso?

—Tengo un hombre que ha sido demandado por su mujer, que quiere quedarse con la casa de los Hamptons que le tocó a él en el divorcio. Ella amenaza con acusarle a la fiscalía como no se la ceda.

—¿De qué le acusaría?

—De lo peor, no sé si me entiendes.

—¿Violación?

—No te lo he dicho yo.

—Comprendo. ¿Y qué necesitaría tu cliente?

—En su casa hay cámaras de videovigilancia. Esa zorra ha presentado una declaración que dice que el veinticinco de febrero sucedieron los hechos. El marido no se acuerda de la clave de acceso a esas grabaciones de las cámaras que le liberarían de esas acusaciones. Siempre apunta las claves, tiene tantas que no puede recordarlas todas, sobre todo las que no usa a menudo. Pero da la casualidad que esa agenda ha desaparecido en el traslado a su casa nueva. Por las otras claves no hay problema, ya las ha cambiado o recuperado poniéndose en contacto con las compañías

correspondientes, pero esa ha sido imposible de encontrar o recordar.

—Entiendo. Necesita esa clave.

—¿Puedes conseguirla?

—Si él ha visto ese número, puedo conseguirlo. ¿Pero y si ella es más lista y ya ha borrado las imágenes?

—Dice que su mujer es lo más inútil para la tecnología que puedes echarte a la cara. Jamás se le ocurriría.

—¿No existen más opciones?

—Si mi cliente llamara a la empresa de seguridad, ellos no podrían darle ninguna información porque…

—Ya no es su casa.

—Precisamente. Cometerían un delito. Pero si mi cliente entra en la cuenta por sí mismo puede alegar que esas imágenes las descargó antes de su divorcio.

Qué interesante todo lo que le estaba contando. Tan interesante que empezaba a estar ansiosa por entrar en la mente de su cliente para ver en qué acababa aquello.

—¿Crees que tu cliente tendrá algo que ocultar?

—No, estoy convencido de que es inocente. Es mi hermano.

Se le cortó el aliento. —Vaya, lo siento.

—¿Me ayudarás? Te aseguro que ya estamos desesperados.

Se le quedó mirando durante unos segundos y se levantó. —Ven conmigo.

Edward se levantó sin dudar y caminó con ella hasta la puerta. —Verás como trabajo si mi paciente está de acuerdo y si cuando termine no estás convencido, nos olvidamos del asunto.

—De acuerdo.

Salieron del vagón y subieron las escaleras a toda prisa. —La señora Vermell es un poco…

—¿Paranoica?

—¿Por qué has pensado eso?

—No lo sé, por seguir la frase. Me ha salido solo.

—Si fuera una paranoica no podría decírtelo, ¿no crees?

—Cierto, siendo tu paciente…

Divertida dijo —Mejor no termines mis frases, que ya las termino yo. Decía que la señora que voy a ayudar esta tarde es un poco pendón, así que tú sonríe que puede que te la cameles.

—Esa es mi especialidad. Mi hermano dice que soy un encantador de serpientes. Por eso me sugirió que me hiciera

abogado.

—Genial.

—Oye, gracias por ayudarme.

—No será gratis.

—Me lo imagino.

Rio por lo bajo entrando en el portal y saludó al portero con un gesto de cabeza. Sacó la llave de casa y él hizo un gesto de apreciación. —La sexta avenida, es obvio que te va bien.

—No me va mal. Tengo la agenda llena. Se corre la voz, ¿sabes?

—Gracias por hacerme un hueco.

—Tengo la boda de mi hermana, así que me vendrá bien el dinero. Quiero hacerle un regalo que la va a dejar con la boca abierta. —Fueron hasta el ascensor y entraron. Ginger pulsó el sexto piso.

—¿De qué se trata?

—Un mes por Japón y Maldivas. Ellos creen que su novio no puede cogerse vacaciones hasta Navidad y que se van a quedar sin luna de miel, pero he conseguido que en la empresa de Robin le den las vacaciones.

—¿Y cómo has conseguido eso?

Ella levantó una ceja pelirroja antes de salir del ascensor. Ginger fue hasta la puerta siete y la abrió dándole paso.

—¿Descubriste algo del jefe de tu cuñado?

—Necesitaba un número de cuenta de cierto país que no pienso nombrar.

—Entiendo.

Se quitó el bolso en bandolera y la cazadora vaquera. Él miró el salón e hizo una mueca. —Parece una casa.

—Es que es mi casa.

Eso sí que le sorprendió. —¿Pasas consulta en tu casa? ¿Con todos los locos que hay por ahí?

—Precisamente, ¿qué diferencia hay entre tratarlos en casa que en una consulta? Estaría sola con ellos igual.

—Pero podrían venir cuando estuvieras desprevenida o fuera de tus horas de visita.

—Mis pacientes no suelen ser de ese tipo. La inmensa mayoría como mucho me duran tres sesiones. Además, aquí se encuentran más relajados, es como charlar con un amigo y recuerda que para que mi trabajo salga bien deben estar relajados. —Puso los

brazos en jarras mostrando su camiseta de los Guns N' Roses y sus viejos vaqueros. —¿Quieres tomar algo?

—¿Siempre vistes así?

—¿Te parece poco profesional?

Se abrió la corbata y desabrochó el primer botón de la camisa. —Joder, yo estoy todo el día con este maldito traje.

—Haber sido psicólogo.

Él rio por lo bajo acercándose a la chimenea donde tenía figuras de cristal muy hermosas. —Nunca había visto un trabajo igual.

—Gracias, me las regala en cada cumpleaños mi mejor amigo —dijo con cariño—. Joshua las hace especialmente para mí.

—Todo un detalle.

—Él fue mi primer conejillo de indias y siempre ha confiado en mí. Le conocí en la universidad. Estudió conmigo, pero la psicología nunca fue lo suyo. —Acarició una de las figuras que eran sus manos juntas. —Era huérfano y gracias a mí encontró a su hermano.

—¿En serio?

—Ni sabía que lo tenía, era demasiado pequeño cuando sus padres murieron. Investigamos juntos y conseguimos dar con él. Y todo gracias a sus recuerdos.

—Eso es la leche.

Llamaron a la puerta y Edward enderezó la espalda.

—Pon en tu rostro una gran sonrisa.

Él lo hizo y Ginger rio por lo bajo. —No podrá resistirse. —Abrió la puerta y sonrió a la mujer.

La señora Vermell con un vestido de firma y cargada de joyas sonrió entrando en el piso. Le seguía un hombre de traje gris. —Querida, él es mi abogado.

Alargó la mano. —Ginger Linney.

—Parker Kellerman.

—Por favor, pase.

Entró en el piso y Ginger sonrió porque Edward ya estaba flirteando con la rubia. —Bien, veo que ya se están conociendo.

—Parker, qué sorpresa —dijo Edward con una gran sonrisa.

—¿Tú aquí?

—Estoy asesorando a la señorita Linney. Para evitar problemas legales, ya sabes. Si a tu cliente no le importa supervisaré

la sesión.

—No, por supuesto que no le importará. —Parker sonrió palmeándole la espalda antes de mirar a su clienta. —Es uno de los mejores abogados de la ciudad.

—Oh, entonces estoy muy protegida por estos dos hombretones.

—Eso no lo dude —dijo Edward.

—¿Empezamos?

—Estamos deseando verlo —dijo Parker con ironía.

—Muy bien. —Se acercó a su escritorio y cogió dos hojas que le tendió a Parker. —Mi contrato de confidencialidad ya firmado. No podré hablar de detalles que revelen la identidad de su cliente, detalles que vea en sus recuerdos, pero sí que podré hablar de la experiencia en general sin mencionar el nombre de la señora Vermell en mis conferencias o estudios.

Parker poniéndose serio leyó atentamente mientras Ginger iba hacia la cocina. Cuando regresó al salón con la bandeja, vio que la mujer ya se había sentado en el sofá y que ahora Edward miraba el documento. —¿Están de acuerdo?

—Sí —dijo Parker.

—Pues una firma y listo.

Edward se acercó a la mujer y le tendió el documento con un bolígrafo. La mujer firmó las dos copias a toda prisa sin mirarlas siquiera.

—¿Ha tomado la pastilla? —preguntó sentándose a su lado.

La mujer asintió. —Sí, como me dijo la tomé en el almuerzo.

—¿Qué pastilla? —preguntó Edward.

—Solo es un relajante suave. —Levantó el plato con otra pastilla. —Aquí tiene la otra. Entre esta y la que ya se ha tomado provocaremos su sueño.

—¿Solo eso? —preguntó Parker sorprendido.

—Solo eso.

La mujer cogió la pastilla y se la metió en la boca antes de beber del vaso de agua que había en la bandeja.

—Ahora póngase cómoda en el sofá —dijo levantándose para dejarle espacio, así que la mujer se tumbó—. Cierre los ojos… —Miró a los hombres. —No quiero ni un ruido, ni una palabra.

Edward asintió cruzándose de brazos.

Dejó la bandeja sobre la mesa del comedor y volvió con su paciente. Se sentó en su sillón y cerró los ojos. —Piense en dormir,

en lo a gusto que está entre sábanas de seda egipcia sobre un buen colchón. —Edward parpadeó al ver que la mujer bostezaba. —El cansancio que siente desaparecerá si duerme, deje que el sueño llegue, es su amigo, su aliado —dijo con voz suave—. Tiene tanto sueño… Se relajará totalmente para abrir su mente a mí, déjeme entrar…

De repente la señora Vermell soltó un ronquidito. Ginger la miró y vio que estaba totalmente fuera de combate. Se levantó y se acercó a los chicos haciéndoles un gesto para ir hasta la cocina. Entraron y ella dijo —¿Queréis picar algo?

—¿Pero qué hace? —preguntó Parker—. Haga su trabajo.

—Ahora no puedo. Tengo que dejarla dormir al menos media hora. Ahí será más receptiva.

—Mierda —susurró el abogado —. Tengo una cena de trabajo.

—Oh, tranquilo, acabaremos antes. —Abrió la nevera mientras Edward se sentaba en el taburete. —Todo te suena a camelo, ¿verdad?

Parker sonrió divertido sentándose al lado de su amigo. —A esa mujer la puedes engañar, pero a mí no.

—No la voy a engañar ni a ella ni a ti. Por cierto, el número de teléfono de esa chica, el que perdiste es… —Cogió un block que tenía pegado a la nevera y el boli. —El nueve, uno, siete, ocho, cinco, cero, cuatro… —Lo escribió a toda prisa y arrancó la hoja poniéndosela delante. —Su cara de asombro era evidente. —¿No querías el número?

—Sí, pero… ¿Cómo?

—Ha sido fácil, estabas tan concentrado pensando en la señora Vermell que no ponías barreras a tus pensamientos. Vi en tu mente como la chica que te interesa hacía una llamada perdida para que grabaras su número. Una chica muy mona. Me encantan las pecas, y es evidente que a ti también, pillín.

—Hostia —dijo pasmado. A toda prisa sacó su móvil y marcó el número. —¿Laura? —Se volvió levantándose aún sin salir de su asombro. Hizo una mueca porque era evidente que estaba mosqueada porque no la había llamado. —Sí, entiendo que estés enfadada, pero es que me robaron el móvil y hasta hace tres días no me dieron el móvil nuevo en la empresa. Como no tenía llamadas perdidas tuyas no pude contactar contigo. —La miró de reojo. —Sí, he contratado a alguien que me ha conseguido tu número. —Sonrió porque eso la había ablandado. —¿Quedamos mañana y lo

hablamos? —Sonrió. —Por supuesto, ¿me envías la dirección? Estaré allí a las siete y media. Hasta mañana, preciosa. —Colgó el teléfono. —¡Sí, sí!

Sonrió porque era evidente que estaba loco por ella. —Felicidades.

Se volvió con cara de pasmo. —Eres la hostia, deberías ser famosa.

Chasqueó la lengua. —Bah, la fama está sobrevalorada. Esto puede hacerlo cualquiera.

—¿Conoces a alguien más que lo haga? —preguntó Edward abriendo una bolsa de patatas fritas—. ¿Tienes una cerveza por ahí?

Abrió la nevera para sacarla. —Todavía no conozco a nadie, pero…

—Porque nadie puede hacer eso.

—Que no —dijo como si fueran muy pesados—. Os voy a poner un ejemplo. ¿Nunca habéis pensado en alguien y os ha llamado por teléfono?

—Eso son casualidades —dijo Parker.

—Nuestra mente es capaz de comunicarse sin hablar. Madres que saben que un hijo está en peligro, hermanos que saben lo que

piensa el otro solo con mirarle a los ojos…

—Confundes lo que es conocer bien a alguien o sus costumbres con lo que haces tú —dijo Parker.

—Te equivocas, somos capaces de desarrollar mucho más nuestras capacidades. Yo lo he conseguido con años de estudio. Puedo adentrarme en la mente de una persona y conseguir ver lo que no recuerdan porque dentro de su mente tienen millones de detalles que el cerebro almacena.

—¿Y cómo sabes dónde buscar entre tantos detalles? —preguntó Parker antes de beber de su cerveza.

—Simple, pregunto a su mente y ella me responde.

No salían de su asombro. —¿Cómo si fuera un ordenador? —preguntó Edward.

—Exactamente. Como si estuviera viendo una pantalla gigante de la que yo soy la única espectadora. —Soltó una risita. —Y es la leche. No tenéis ni idea de lo que hace la gente en su vida privada. No preguntéis, que es confidencial.

—¿Qué diferencia lo que tú haces de la hipnosis? —preguntó Edward antes de que ella le pusiera el sándwich delante—. Gracias.

—De nada. ¿Que en qué se diferencia? —preguntó dándole otro a Parker —. Pues que el paciente no pierde su voluntad. Que si se altera, se puede despertar. Yo no le puedo manipular, simplemente extraigo información, nada más.

—¿Has intentado manipularles?

—Sí, cuando estaba en la universidad intenté que caminaran a la pata coja. Lo intenté con tres diciéndoselo a su mente, pero cuando despertaron caminaban como yo.

—Y aparte de conseguir que encuentren cosas, supongo que para tu trabajo es la leche, puedes ir a la raíz del problema.

—Sí, me es muy útil. Entiendo mejor a los pacientes y se cómo tratarlos para que se enfrenten a lo que temen.

—Ya me has hablado de miedos antes —dijo Edward—. ¿Esa es la base de cualquier problema mental?

—Casi todo los que yo trato sí. Agorafobias, ansiedad, depresiones… ¿Cómo se iniciaron? ¿Cuál fue el detonante? Nos ahorra muchas sesiones, os lo aseguro.

—Esto debería saberlo todo el mundo —dijo Parker con la boca llena.

—Muchos creen como creías tú, que soy una charlatana. Mis estudios se los toman a risa.

—¿Nunca fallas? —preguntó Edward.

—Vienen aquí voluntariamente buscando ayuda. No, nunca he fallado. De momento, nunca se sabe.

—¿Y si no vinieran voluntariamente?

—El paciente estaría tenso, no creo que funcione.

—Pero a mí me lo hiciste sin que me diera cuenta —dijo Parker.

—Exacto, sin que te dieras cuenta. No ponías barreras en tu mente y además ha sido muy fácil, estabas pensando en ella. No dejas de pensar en ella.

Parker carraspeó. —Es preciosa e inteligente.

—No te justifiques. —Bebió de su refresco y suspiró. —Bueno, tengo que relajarme. Si queréis podéis seguir comiendo mientras medito. —Salió de la cocina y ellos se miraron antes de levantarse a toda prisa para seguirla. Ginger ya se estaba tumbando sobre la alfombra y cuando se acomodó, cruzó las manos sobre su vientre y respiró hondo. Ellos en silencio la observaron. Los minutos pasaron y ella no se movía, simplemente respiraba. Edward hasta creyó que se

había dormido. Frunció el ceño mirando a Ginger, pero de repente esta abrió los ojos y se levantó. —Bueno, ya está.

La señora Vermell soltó un ronquido de campeonato y ellos se rieron haciendo que la mujer se despertara de golpe con los ojos como platos. —¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—Me había dicho que la pulsera que buscaba la perdió en una fiesta, ¿no es cierto?

—Sí, así es.

—Señora, debería preguntarle a su amante si la ha encontrado en el coche. Cuando estaban dándole que te pego, su pulsera se enganchó con su pajarita.

La mujer se puso como un tomate. —Oh…

—Y más vale que la encuentre cuanto antes, porque su mujer no se alegraría de encontrarla. Por la pinta de la pulsera, todo el mundo sabrá que usted estuvo en su coche, ¿entiende?

—¡Han pasado cinco días! —dijo horrorizada.

—Igual hay suerte.

La mujer se levantó y se tambaleó un poco. Ginger la cogió por el brazo. —Por eso tienen que venir acompañados. ¿Parker?

Se acercó a ella y la cogió del brazo para susurrar —Eres la leche.

Sonrió. —Gracias. —Abrió la puerta para que pasaran. —Que pase buena tarde, señora Vermell. Le enviaré la factura.

—Oh… —La mujer abrió su bolso para sacar un cheque. —Aquí tiene.

—Gracias, si alguna vez me necesita de nuevo…

—Sí, sí, claro. —Se alejaron. —Madre mía, como se entere mi marido… La mujer de John es su prima.

—Seguro que aún estamos a tiempo de remediarlo.

—Menos mal que he venido a verla.

Cerró la puerta y sonrió a Edward. —¿Y bien?

—¿Cuándo puede verte mi hermano?

# Capítulo 2

Con el teléfono al oído caminó descalza hasta la cocina. —Sí, quiero una suite con un jacuzzi. ¿Que en Japón son muy caras? —Se detuvo en seco frunciendo el ceño. —¿Cómo de caras? Envíame un presupuesto. Y en las Maldivas quiero esas casitas que están encima del mar, siempre ha soñado con ir ahí. ¿Que también son carísimas? Maja, ¿tienes alguna buena noticia? Consíguemelas a buen precio, ¿quieres? Algo podrás hacer. —Cogió un refresco de la nevera y cerró la puerta con la cadera antes de ir hacia el salón. —¿Avión privado para cambiar de isla? Leche, eso suena carísimo. —Llamaron a la puerta y bufó mirando hacia allí. —Tengo que dejarte, tengo trabajo. —Abrió la puerta y se volvió sin mirar siquiera. —Sí, házmelo esta semana, me corre prisa. A ver si luego no puedo reservar nada y me dejas sin regalo sorpresa. Esta semana, Aretha. —Colgó el teléfono y lo dejó sobre su escritorio para abrir la lata de Coca-Cola.

Bebiendo se volvió para quedarse de piedra al ver a un morenazo que estaba para comérselo, y por cómo había saltado su corazón en su pecho era evidente que había llegado el momento de dejar la dieta. Asombrada y con el refresco en la mano le miró de arriba abajo, desde esos ojos verdes bajando por su traje de diez mil pavos que decía a gritos que estaba en forma porque en su abdomen no había un gramo de grasa, hasta esos zapatos de señor importante. Por Dios, si eran italianos de esos que llevaban cordones. Parpadeó subiendo la vista de nuevo y él elevó una ceja morena. Ay, que se derretía… Seguro que a alguna le había dado un parraque con ese gesto.

Él iba a decir algo, pero Ginger levantó la mano interrumpiéndole. —Si eres un paciente renuncio, no puedo tratarte, lo siento mucho.

Confundido dijo —Tenía una cita. Sé que llego diez minutos antes, pero tenía la esperanza de que pudiéramos empezar cuanto antes, porque tengo que irme de viaje esta noche. Mi hermano está a punto de llegar.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —Eres el hermano de Edward.

—Sí.

—Mierda —dijo por lo bajo.

—¿Perdón?

—Bueno, acabemos con esto cuanto antes —dijo entre dientes antes de añadir por lo bajo —Para un tío que me gusta…

Sin entender nada dio un paso hacia ella. —¿Tú eres la psicóloga?

—La misma. —Alargó la mano. —Ginger Linney.

—Duncan Fellner. —Mientras le estrechaba la mano no se cortó en mirarla de arriba abajo desde sus vaqueros cortos todos deshilachados hasta su camiseta de la universidad cortada por las mangas. —¿Y siempre recibes así a los clientes?

—Son pacientes. —Fue hasta la puerta y la cerró. Disimuladamente le miró el trasero, pero lo cubría la parte de atrás de la chaqueta del traje. —Siéntate por favor, hoy solo haremos una charla previa. Así que divorciado, ¿no? —Intentó no mostrar su alegría. —Bienvenido a la soltería. —Se sentó en el sillón de siempre y cruzó las piernas poniéndose cómoda. Él parpadeó viéndola beber. —Oh, perdona, ¿una cerveza? —Se levantó a toda prisa a pesar de que él negaba con la cabeza. Cuando salió de la cocina se abría la chaqueta del traje para sentarse en el sofá. Era para darle un premio

al sastre y para ponerle un monumento a la percha. Uff, qué calores. Seguro que había calentado la cerveza. Le tendió la lata. —Bien, ¿me hablas de ti? —Se sentó de nuevo.

—¿Esto es necesario? —Dio un trago a su cerveza. —Mi hermano me ha contado tu método y no me ha dicho nada de contestar preguntas.

—Ya, ya… Es por hablar de algo mientras llega tu hermano. —Esos ojos le dijeron que no se creía una palabra de lo que iban a hacer allí. —Sí, lo pillo. Te parezco poco profesional y solo hago payasadas. ¿Estamos perdiendo el tiempo? Igual te llevas una sorpresa. Intenta disfrutar de la cerveza, ¿quieres? Pasemos el rato hasta que llegue tu hermano. ¿En qué trabajas?

—Tengo una empresa.

—¿Una empresa?

—No es interesante, distribuyo material industrial de hostelería.

—Qué aburrido, ¿no?

Hizo una mueca antes de beber. —Alguien tiene que hacerlo. —Miró a su alrededor. —Acogedor.

—Seguro que no se parece en nada a tu casa.

—Tengo más cristal.

—¿Ventanales de suelo a techo? ¿Un ático?

—Me gusta la luz.

—Eres afortunado.

—Trabajo como un cabrón, no es suerte, es dejarse las pestañas ante el ordenador doce horas al día, emprender y arriesgar.

—Has olvidado la ambición.

Hizo una mueca. —Sí, soy ambicioso, me gusta vivir bien.

—No puedo culparte por ello. ¿A quién no le gusta vivir bien? Supongo que tu mujer se ha acostumbrado al estilo de vida que le proporcionaste y se niega a renunciar a él.

—No podría expresarlo mejor. Son los tres años de matrimonio más rentables de la historia de Nueva York.

—Lo dudo, hay mucha lista suelta. —Bebió de su lata y se le quedó mirando fijamente. —Sabes que si hay algo que tengas que ocultar podría averiguarlo, ¿no es cierto?

—Si lo que dice mi hermano es verdad, yo no tengo miedo. No tengo nada que ocultar.

—Mientes.

Él se tensó, pero intentó no aparentarlo.

Ginger sonrió. —Todo el mundo tiene cosas que ocultar. Pero a mí no me interesan, tranquilo. Solo me interesa esa clave que no recuerdas y si consigues las imágenes es que eres inocente. A no ser que con esa clave quieras conseguir otra cosa también.

—Eres muy lista.

—Gracias. ¿Qué quieres encontrar?

—Tengo razones para pensar que todo esto va mucho más allá.

Ginger esperó en silencio bebiendo de su cola.

—Creo… que mi socio tiene una relación con ella y que todo esto forma parte de un plan para quitármelo todo. Incluida la empresa.

—Así que quieres demostrar su traición.

—Exacto.

—Y supongo que sabrás como librarte de él.

—Ella está mintiendo y Henry la ayuda. Puedo hundir su reputación, puedo demandarle y quitárselo todo.

—Supongo que tu hermano te ha asesorado con eso, ya que es especialista en demandas civiles.

—Es más, fingir un delito está penado con la ley.

—Entiendo. ¿Otra baza para que venda su parte del negocio?

—Por un precio irrisorio.

Se le quedó mirando y sonrió. —¿Desde cuándo lo sabes?

—El día que me largaba encontré su reloj entre los míos.

Se echó a reír. —¿Qué?

—Se lo dejó sobre la mesilla de noche y la mujer que limpiaba en casa pensó que era mío, así que lo colocó en mi cajón con los demás.

—¿Aún lo conservas?

—Claro, lo pagué yo. Se lo había regalado por un cumpleaños.

Ginger se echó a reír. —¿Te lo has puesto?

—Varias veces, pero él no ha dicho ni pío.

—Lo supongo.

Alguien llamó a la puerta y se levantó a toda prisa para abrir a Edward que sonrió. —¿Qué es tan divertido?

—Tu hermano, tiene mala leche.

—Es evidente que ya os vais conociendo.

No tanto como me gustaría, pensó antes de decir —¿Una cerveza? Empieza a hacer calor.

—He traído los papeles —dijo mientras ella entraba en la cocina. Miró a su hermano—. ¿Qué te parece?

—Está claro que es peculiar.

—Y tanto, vas a alucinar.

—Eddy…

—Tranquilo, sabe lo que hace. Además, si no consigue nada solo habrás perdido unas horas.

Ginger salió de la cocina con una cerveza y un bol de patatas fritas. —¿Tenéis hambre?

—Creo que te había comentado que tengo prisa.

—Sí que lo habías comentado, sí. —Le dio el bol a Edward, que lo cogió de inmediato. —Así que has traído los papeles. Interesante ya que los papeles los tenía yo. —Se sentó y empezó a leerlos. Sonrió sin poder evitarlo. Nada de lo que allí se dijera podía ser público en ningún sitio, incluidas sus conferencias y demás estudios. Bueno, daba igual, sería otra experiencia más que estaba demostrando ser de lo más interesante. Mucho más interesante que

ninguna otra. Alargó la mano y los dos hermanos sentados juntitos bebiendo de su cerveza la miraron interrogantes. —¿Un boli?

Edward lo sacó a toda prisa. —¿No tienes nada que preguntar?

—Está muy clarito. Pero ya que no puedo usar esta experiencia en mi curriculum, supongo que no os importará que os cobre un poquito más.

—¿Cuánto es poquito? —preguntó Duncan.

—Oh, ¿eres de la virgen del puño?

—¿Qué?

Edward rio por lo bajo. —Mi hermano es de lo más generoso, aunque últimamente desconfía de todo y de todos, como comprenderás.

—Claro, ciertas experiencias marcan nuestras vidas. —Miró a Duncan a los ojos. —Te aseguro que esta no la olvidarás jamás.

—Lo dudo mucho.

—Oye, tienes que mantener la mente abierta, ¿sabes? Si no será más difícil.

—¿Me lo haces o no?

Le haría mil cosas, pero con su hermano presente ni de broma. Bufó levantándose de nuevo y fue hasta la mesa donde ya tenía la pastilla en un sobrecito. Lo cogió y se acercó a él. —Quiero que el día de la cita te la tomes cuatro horas antes.

Él cogió el sobre de su mano. —¿Qué es?

—Un relajante suave, nada más. Cuando llegues te daré otro y en cuanto te duermas empezaremos.

Duncan rasgó el sobre y se metió la pastilla en la boca. —Eh, que…

Bebió de su cerveza antes de mirarla a los ojos. —En cuatro horas estaré aquí. —Se levantó y fue hasta la salida. —Aplazaré el viaje hasta mañana. —Asombrada vio como abría la puerta. —Tengo prisa, no puedo esperar más —dijo antes de irse.

Qué hombre, estaba claro que era de esos que arrasaban con todo. Menudo estudio le haría ella, seguro que descubría cosas interesantísimas.

Edward carraspeó reprimiendo la risa por su cara de pasmo y Ginger miró hacia él aún con todas las hormonas revolucionadas. —¿Siempre es así?

—Y hoy le pillas en un buen día. Ha cerrado un negocio redondo en la comida.

Se acercó a la puerta y cerró. —No se lo cree.

—Es que no lo ha visto. Yo tampoco creía nada hasta que vi lo que hacías. No puedes esperar que te crean de buenas a primeras.

Gruñó sentándose. —Muy bien, apunta.

Su nuevo amigo la miró sin entender. —La clave, apunta.

—No jodas. ¿Ya la sabes?

—Mientras se presentaba estaba pensando en qué casa de locos se había metido, así que fisgué un poquito.

—Hostia… —A toda prisa cogió el móvil y lo puso a grabar.

—Seis, o mayúscula, mil cuatrocientos siete, a minúscula, diecisiete. —Vio como se lo enviaba a su hermano a toda prisa.

—Gracias, gracias.

—Gracias no, majo, son veinte mil.

La miró asombrado. —¿Veinte mil?

—Por las prisas. —Agarró una patata y se la metió en la boca. —¡Tengo una luna de miel que pagar, no seáis ratas!

Él rio por lo bajo. —Muy bien, veinte mil.

Masticando vio como se levantaba. —Dile a tu hermano que me llame cuando vuelva de ese viaje.

—¿Y eso?

—Hay algo que tiene en su mente que sí hay que tratar y nos llevará unas cuantas sesiones.

—¿De qué hablas? —preguntó con desconfianza.

Le miró a los ojos. —Dile que sé lo que ocurrió con su madre. La suya, no la tuya. Unido a lo de su mujer, eso hay que tratarlo. Y cuanto antes mejor.

—¿Pero de qué estás hablando?

—Tú díselo a tu hermano. Él sabe de sobra de lo que hablo.

—¿Esto es una broma? —preguntó empezando a enfadarse—. ¡A mi hermano no le pasa nada! Di que te gusta y que quieres volver a verle, joder, pero…

—Me gusta y quiero volver a verle.

—¡Pues deja de inventarte cosas! Lo está pasando mal y…

—Por eso quiero que venga a la consulta, Edward. Díselo.

Vio en los ojos de su futuro cuñado que no confiaba en ella, había sacado más de lo que había dicho que cogería de su memoria

y no le gustaba un pelo. Ginger suspiró. —No quería cotillear, estaba ahí, latente, presente en su memoria cuando llegué.

Asombrado se sentó. —¿De veras?

—No se lo quita de encima, no es un recuerdo almacenado que la memoria tiene que rebuscar cuando le preguntas, es algo que nunca desaparece. La traición de su mujer, de su madre, de su compañero y amigo… Jamás lo olvida. Es como abrir una puerta y que lo primero que te reciba en el hall sea un letrero luminoso que diga jamás me han querido, ¿entiendes?

Edward muy tenso asintió. —Últimamente no es el de siempre.

Se le quedó mirando durante unos segundos. —No sé si preguntarte, la verdad. Si lo hago él pensará que quiero información y que después me inventaré que la he sacado de su memoria, pero me muero de curiosidad. Su madre…

—Se divorció de mi padre cuando Duncan tenía seis años. —Hizo una mueca. —Mi padre tardó un año en casarse de nuevo y digamos que mi madre hizo lo que pudo con un niño al que habían abandonado y que no confiaba en ella. Según tengo entendido fue

una época algo difícil y más aún después de que mi madre falleciera al darme a luz.

—¿Y su padre?

—Un hombre de negocios que estaba más fuera de casa que dentro. Exigente hasta el límite, no sé si me entiendes. Yo porque tenía a mi hermano, pero él…

—Él no tenía a nadie en quien apoyarse. Te protegía a ti, pero él no tenía en quien apoyarse.

—Nunca ha sido de contar sus cosas. Quedamos al menos dos veces a la semana, pero básicamente hablo yo porque toda su vida gira en torno a los negocios y aún más desde que se ha divorciado de Elisabeth. Le dejó hecho polvo y cuando amenazó con lo de la violación aún más.

Sintió que algo se retorcía en su interior. —¿La amaba mucho?

—Se la presentó su socio Henry en una fiesta y creo que le fascinó su descaro. Es una mujer fuerte, inteligente y hermosa. Se divertía con ella y eso es lo que le mató con el divorcio. Creo que era con la única persona que realmente se relajaba. ¿Amor? No creo que

la amara porque ahora solo tiene odio en su interior. Después de amar, tendría que quedar algo, ¿no?

—Depende, esa frase que dice que del amor al odio hay un paso es muy cierta en algunos casos.

—Entonces ya no sé qué decirte al respecto. El día antes de la boda, en la cena de ensayo, me acerqué a mi hermano que estaba en la barra tomando un whisky y le pregunté si estaba contento. —Pensando en ello se quedó en silencio unos segundos. —¿Contento? Es lo que hay que hacer, hermano. Matrimonio, hijos… Ya es hora de tener mocosos.

Su corazón dio un vuelco en su pecho. —Así que realmente no la amaba. No son las palabras de un novio enamorado.

—No, no creo que la amara, pero su traición le dolió tanto que ha logrado afectarle.

—Otro abandono, otra traición. ¿Qué fue de su madre?

—Murió hace cinco años. Cuando era pequeño intentó verle algún que otro fin de semana, pero nuestro padre no lo permitió. Ella no tenía dinero para luchar en los tribunales y se dio por vencida. Se casó de nuevo, pero no tuvo hijos. A veces le llamaba. De esas llamadas cuando era adolescente recuerdo que eran

incómodas con pocas palabras. Mi hermano estaba tenso hasta que colgaba.

—Eran dos desconocidos.

—En realidad sí, pero ella tampoco hizo mucho para evitar que eso sucediera. Mi padre fue un cabrito, pero si ella hubiera insistido estoy seguro de que habría dado su brazo a torcer.

—Estaba dolido con el divorcio y se lo quiso poner difícil.

—Sí, mi padre es así. Duncan y él se parecen mucho en el carácter, pero mi hermano tiene buen fondo, al menos conmigo. ¿Podrás ayudarle?

—¿En tener un futuro distinto a tu padre?

—Sí.

—Te aseguro que pienso intentarlo.

# Capítulo 3

Esa misma noche le sonó el teléfono y apagó el sonido de la tele jurando por lo bajo porque la serie estaba en lo mejor. —¿Diga?

—¿Cómo lo has hecho?

Sonrió poniéndose cómoda. —Así que te ha valido.

—Ni te imaginas las imágenes que he conseguido.

—Felicidades.

—Hostia, eres increíble.

—Gracias. Espera que vaya a por la agenda —dijo levantándose. Movió la hoja—. ¿El día tres habrás vuelto de ese viaje?

—¿El día tres?

—Para quedar. ¿A las cinco?

—Ginger, ¿de qué hablas?

—De la terapia.

—¿Ahora necesito terapia?

—¿No has hablado con tu hermano? —preguntó indignada—. Te quiero aquí el día tres a las cinco, ¿me oyes?

—No tenías permiso para mirar nada más.

—No fue voluntario. A las cinco, Duncan —dijo antes de colgar. Volvió hacia el sofá y se sentó—. Este quiere irse por la tangente, pero a mí no me la da.

El teléfono volvió a sonar y gruñó cogiéndolo. —Estoy viendo una serie de lo más interesante, no es horario de consulta.

—Pues no haberlo cogido. No voy a ir.

—Claro que vendrás.

—No puedes obligarme.

—Claro que puedo. ¿O quieres que hable con tu ex?

—¿Me estás chantajeando?

Soltó una risita porque parecía indignado. —Podría hacerlo, pero no lo voy a hacer porque no confiarías en mí y quiero que confíes en mí. Así que vendrás. A las cinco.

—¿Qué más has visto?

Uy, uy, que parecía incómodo. Incómodo y molesto. Anda con el que no tenía nada que ocultar. —Si te refieres a cierto lazo de seda que te gusta usar…

—Hostia, ¿has visto eso? —gritó a los cuatro vientos.

Rio por lo bajo. —Solo fue un fogonazo. ¿Y sabes qué? Esas manos parecían las mías. —Se miró las uñas pintadas de rojo. —¿Era yo?

—No —dijo entre dientes.

—Mentirosillo… ¿Sabes que mi dedo índice tiene una peca junto a la uña? Sí, seguro que te fijaste porque aparecía en esa imagen tan nítida de tus manos atando las mías.

—La madre que me parió —dijo por lo bajo.

—Oye, que yo eso no lo he probado nunca, pero tenía pinta de ser… Interesante.

—¿No decías que no ibas a cotillear?

—¡Yo no puedo controlar tu mente! ¡Me salió de repente y… me salió de repente!

—¿Y qué más viste?

—¿Has hablado con Edward o no?

—Sí, he hablado con él.  ¡Y solo dices estupideces!

—No te cierres, que no avanzamos.

—¡Déjame en paz! ¡Te enviaré tu cheque y no volveremos a vernos!

—Pues entonces no te podré ayudar y quiero ayudarte.

—¡Tú no me ayudas, tú me cobras! ¡Cuando ayudas a alguien se hace desinteresadamente!

—¿Tengo pinta de hermanita de la caridad? ¡Y lo dice el que tiene un ático en el Soho!

—¿Cómo sabes que vivo en el Soho?

Se sonrojó. —Uy…

—¡Es increíble! ¡Y sin ni siquiera dormirme! ¡Tú eres un peligro!

Rio por lo bajo. —Eso dice mi hermana, le vas a caer genial.

—¡No pienso conocerla y a ti no quiero conocerte más!

Colgó el teléfono y Ginger lo miró antes de chasquear la lengua. —Eso ya lo veremos, amigo.

Metiendo invitaciones en el sobre recordó el sueño que había tenido la noche anterior y soltó una risita.

—¿Qué piensas? —preguntó su hermana mirándola con picardía—. Tienes pinta de que era algo guarro.

—Calla. —Miró a su madre que estaba distraída amasando algo mientras veía la tele. —Te va a oír.

—Mamá no oye lo que no quiere.

—Eso sí que lo he oído —dijo Jessica yendo hacia la nevera.

Ginger la fulminó con la mirada. —¿Ves?

Su madre se volvió con un brik de leche en la mano y la miró como diciendo vale más que cantes antes de que te imponga el tercer grado. Ginger suspiró. —No es nada, tuve un sueño algo…

—¿Erótico? —preguntó su madre como si nada.

—No mamá, no fue erótico, fue lo más sexual que puedas echarte a la cara.

Se acercó a toda prisa. —¿De veras? ¿Con quién?

—Con uno de mis pacientes.

—Leche, infringiendo las reglas —dijo su hermana antes de soltar una risita—. ¿Está bueno?

—Como un queso.

Jessica se sentó ante ellas. —¿Y es inteligente? ¿En qué trabaja?

—Mamá, no puedo hablar de él hasta ese punto. Solo diré que es un sueño. —Suspiró. —En todos los sentidos.

—Debe ser la leche. —Su hermana se acercó con la silla y todo. —Cuéntanos algo más. ¿Le gustas?

—¿Que si le gusto? Apenas había entrado en casa y ya me había desnudado en su mente. —Entrecerró los ojos. —Entre él y yo hay algo... Algo especial.

—¿A qué te refieres? —preguntó su madre.

—Fue un flechazo por mi parte en toda regla, pero él se está resistiendo. Aunque hay una conexión… Jamás me había sentido así con otro paciente. Desde hace dos días le doy vueltas y nunca he averiguado tan rápido tantas cosas de la vida de otra persona. —Miró a una y después a la otra. —Es como si entre nosotros hubiera una energía, no sé explicarlo. Como si mi mente estuviera conectada a la suya. Lo supe en cuanto le vi.

—Y a ti eso no te pasa con nadie —dijo su madre loca de contenta—. Tienes que ligártelo.

—Estoy en ello, mamá. —Metió la invitación en el sobre. —El miércoles tiene terapia.

—¿Algo grave? —preguntó su madre perdiendo la sonrisa.

—Una tontería, desconfía de las mujeres, en realidad desconfía de todo el mundo. Traiciones familiares y personales, ya sabes…

—¿Qué método piensas usar con él? —preguntó su hermana interesada—. Si usas el método tradicional tardarás más y podrás verle más días.

—Creo que usaré mi método.

—Sí hija, quítale ese trauma cuanto antes para que se sienta liberado y pueda iniciar una relación de manera sana.

Su padre entró en el comedor y al ver la cantidad de invitaciones que había sobre la mesa gimió. —Esta boda me va a salir por un riñón —dijo antes de besar a Liza—. Todavía estás a tiempo de casarte en el ayuntamiento.

—Más quisieras, majo —dijo divertida.

—Malcom la niña casi tiene novio.

La miró sorprendido. —¿De veras?

—Estoy en ello, papá. —Puso la mejilla para que la besara. —Pero te gustará.

—Estoy deseando conocerle. ¿Vendrá a la boda?

—Por supuesto.

Malcom besó a su mujer en los labios y esta sonrió. —¿Qué tal el día?

—He tenido que sedar a Malvin.

—Lo siento, cielo. Le llevabas tratando desde cachorro.

—Joder, lo he pasado fatal.

Se levantó de inmediato y fue a por una cerveza para su padre. Este se sentó con ellas y cuando le dio la cerveza le acarició el hombro sabiendo lo que le dolían esas cosas. —Lo siento, papá.

—Son cosas que pasan, cielo. Ya sufría demasiado.

—¿Y cómo se lo ha tomado su dueña? —preguntó sentándose a su lado.

—La pobre no dejaba de llorar, estaba destrozada. Le he hablado de ti, ¿podrías…?

—Por supuesto, que me llame cuando quiera y le haré un hueco.

—Gracias hija. La gente no se da cuenta de lo que duele perder a una mascota que ha formado parte de tu día a día durante tanto tiempo. Para muchos es su único apoyo, compañía… Temo por la señora Robbins, la verdad. Es muy buena mujer. Dice que no quiere pasar por este mismo dolor de nuevo, pero no quiero que se prive de la felicidad que le proporcionaría una mascota.

—La ayudaré en lo que pueda, papá.

—Sé que lo harás. Pero no hablemos de cosas tristes, cuéntanos algo sobre tu misterioso futuro marido.

—Pues verás, es… —Se detuvo en seco antes de chillar levantándose. —¿Dónde está mi móvil? —Miró a su alrededor. —¡Me va a llamar!

Su padre asombrado la vio correr hasta el salón donde el teléfono de su hija empezó a sonar con la canción de desayuno con diamantes. Asombrado miró a su madre que estaba igual de alucinada.

—¿Estáis viendo lo que yo? —preguntó Liza.

—¡Sí! —dijo su hermana desde el salón con la respiración agitada—. Oh, es que estoy corriendo. ¿Que si me persiguen? —Su familia se acercó al salón para verla soltar una risita. —No, no me

persiguen, tranquilo. ¿Querías algo? Es sábado, ¿sabes? Se supone que no trabajo. —Sus preciosos ojos verdes brillaron de la alegría. —Así que quieres quedar… Pues no sé, hoy tengo planes.

Liza dejó caer la mandíbula del asombro viéndola cruzar los dedos.

—Pensaba ir al teatro con unos amigos. ¿Que si lo puedo anular? ¿Tan importante es que nos veamos? —Asombrada miró hacia ellos. —¿Tienes entradas para el estreno de Madame Butterfly? ¿Que si me gusta la Ópera? Me encanta. —Asombrada miró el móvil. —Que me recoge a las seis y media.

Su hermana chilló de la alegría. —¿Habéis visto lo que yo?

Sus padres aún asombrados asintieron, pero Ginger ni se dio cuenta pensando en lo que acababa de ocurrir. —¿Qué está pasando aquí?

—Que esa conexión que dices que tenéis es más grande que la fibra óptica de Nueva York —dijo su hermana emocionadísima.

—¿Madame Butterfly? Es mi ópera favorita. —Se sentó en el sofá. —¿Y si él puede entrar en mi mente como yo en la suya?

Su madre asintió. —Podría ser hija, una vía de doble sentido. Si estáis conectados, si te ha sido fácil entrar en él, no hay razón

para que él no pueda entrar en ti.

Se llevó la mano al pecho de la impresión. —¿Sabes lo que significaría eso?

—¿Que puede averiguar lo que piensas? ¿Que puede enterarse de tus más profundos deseos?

—A ver, no adelantemos los acontecimientos —dijo su padre muy serio—. Igual es una casualidad. Aún tiene que hacer muchas comprobaciones.

—Tienes razón. ¿Pero Madame Butterfly? Entre todas las óperas eligió esa, papá. Y mis discos como todo lo que tengo personal están en los armarios.

—¿Te ha hablado de ir a cenar algo después? —preguntó su hermana.

—No, solo me ha hablado de la ópera.

—Piensa en raviolis mientras estéis en el teatro, ¿a ver qué hace?

Su vestido de terciopelo negro sin mangas le quedaba como un guante. Se volvió ante el espejo a ver cómo se le veía el trasero y

sonrió porque se lo enfatizaba bastante. Ya que lo tenía, había que lucirlo. Se acercó al espejo y atusó sus rizos pelirrojos antes de pasarse los dedos por la comisura de la boca. Ese labial rojo le quedaba muy bien. Un maquillaje simple, pero con los labios en rojo. Estaba sexy. Tenía la sensación de que a Duncan le gustaba el rojo. Se perfumó y cogió su bolsito. No llevaría chal porque, aunque por las noches aún refrescaba, ya casi estaban en verano. Además, mejor mostrar los hombros, a los tíos les gustaban esas cosas. Bueno, ya estaba preparada para la seducción, aunque tenía la sensación de que con su chico no hacía falta molestarse demasiado. Si los sueños que había tenido con él se parecían en algo a la realidad, a Duncan solo le hacía falta una mirada y se ponía manos a la obra.

Llamaron a la puerta y frunció el ceño porque no podía ser él. Aún quedaba un cuarto de hora. Fue hasta la puerta y dijo —¡Ya voy! —Al abrir se quedó de piedra porque allí estaba guapísimo con su smoking. A la mierda la teoría de que se comunicaban. —¿Ya estás aquí?

La miró de arriba abajo. —Ya estás lista, ¿para qué protestas?

—Me has sorprendido, eso es todo.

—¿Nos vamos? Tengo el coche mal aparcado.

Parecía molesto por algo. —¿Todo va bien?

—Ginger…

—Vale, era una pregunta inocente.

—Mejor no preguntes.

Salió y cerró la puerta con llave mientras le escuchaba jurar por lo bajo. Se volvió hacia él que la fulminaba con la mirada. —¿Pasa algo?

—Tú…

—¿Qué?

La miró con desconfianza antes de decir —Nada. ¿Nos vamos?

—¿No ves que acabo de cerrar la puerta? Si no fuera a salir contigo estaría dentro de casa.

Él gruñó cogiendo su mano y fue hacia el ascensor casi llevándola a rastras, pero Ginger estaba tan fascinada con su contacto que ni se dio cuenta. Madre mía, si sentía eso solo cogiéndole la mano, el resto iba a ser tan explosivo como el cuatro de julio. —¿Qué tal va la cosa?

Él pulsó el botón. —¿Hablas de mi exmujer?

—Entre otras cosas.

—Pues todo se ha precipitado tanto que he tenido que anular el viaje a Alemania.

—Y eso es una molestia por…

La miró a los ojos. —Dímelo tú.

Ginger se quedó en silencio y bufó. —Estás totalmente cerrado.

—¿De veras? Porque creía que para ti era un libro abierto.

—Oye mira, si vas a estar así toda la noche, mejor te vas que… —La pegó contra la pared del ascensor y al sentir la dureza de su sexo en su muslo se le cortó el aliento.

—No sé qué coño me has hecho, pero ya lo estás deshaciendo—dijo él entre dientes.

Entonces lo entendió porque algo en su ser se lo dijo —Has soñado conmigo.

—¡Deja de hacer eso! —le gritó en la cara.

—No he hecho nada, Duncan.

—A mí no me mientas, joder. Desde ese puto día en que te conocí no te saco de mi cabeza.

Sonrió de oreja a oreja. —¿De veras?

—¡No tiene gracia! —Las puertas se abrieron y él la cogió de la mano tirando de ella hacia el coche.

El portero que los vio se quedó tan sorprendido que dijo —Señorita, ¿se encuentra bien?

—Sí, tranquilo, tiene algo de prisa, eso es todo —dijo casi corriendo—. No es un secuestro ni nada por el estilo. Nos vamos a la ópera.

—Oh, que pasen buena noche.

—Gracias majo. —Antes de darse cuenta estaba ante un Porche y él le abría la puerta. —Cielo, no te lo tomes así.

—Sube al puto coche.

Suspiró sentándose. La falda del vestido se abrió mostrando su pierna hasta el muslo y él gruñó antes de cerrar de un portazo. La noche empezaba muy bien. Cuando él se sentó a su lado Ginger sonreía de oreja a oreja. —¿Te hace gracia?

—Tengo mil preguntas que hacerte —dijo impaciente.

Duncan arrancó el coche de mala leche y salió a la carretera haciendo que varios coches pitaran.

—¿Qué camisón llevaba ayer?

—¿Y yo cómo voy a saberlo? —le espetó.

—Hablo de tus sueños. ¿Era de seda azul?

La miró como si tuviera cuernos.

—Ayer me acosté con un camisón de seda azul y en mis sueños lo llevaba puesto.

—Hostia.

Soltó una risita. —Lo de ponerme sobre tus rodillas fue… Increíble.

—¿Qué llevaba yo?

—Una camisa negra y unos pantalones de vestir del mismo color.

Él frenó en seco a un lado de la carretera. —¿Qué coño me has hecho?

—¿No lo entiendes? Estamos conectados. Jamás me había pasado algo así. Jamás había soñado con ninguno de mis pacientes. ¡Ni siquiera con mi familia he tenido jamás esta conexión!

—¡Deshazlo!

—¡Ni de coña! —La agarró por la nuca atrapando su boca y la saboreó como si estuviera desesperado por ella. Ginger embriagada con su sabor respondió de manera tan apasionada que él gimió en

su boca. Sorprendidos se apartaron para mirarse a los ojos. —Cielo —dijo casi sin aliento.

—Esto no está pasando —dijo entre dientes.

Mirándole a los ojos susurró —¿Cuál es mi color favorito?

Se la quedó mirando varios segundos y respondió —El verde. El verde en todos los tonos.

—El tuyo es el rojo.

Él apretó los labios agarrándola por el cabello tirando suavemente de su cabeza hacia atrás. —Estás jugando conmigo.

—No es un juego. Tenemos algo mucho más fuerte de lo que tiene el resto. No sé hasta dónde llega, pero nos comunicamos sin hablar.

—¿Cuándo te diste cuenta de ese disparate?

—Cuando me has llamado esta mañana. Creí que los sueños, eran eso, sueños. Pero esta mañana supe que me estabas llamando incluso antes de que sonara el teléfono y has comprado entradas para Madame Butterfly que es mi ópera favorita.

Sonrió con ironía. —Esas entradas las tengo desde hace meses.

—¿De veras? —preguntó sin disimular su decepción.

—De veras. ¿Crees que podría conseguir entradas en tres días? Es una premier.

Sí que podía ser complicado conseguir entradas, pero algo dijo que le mentía. —Cielo, si vas a mentirme debes cerrar tu mente a mí.

Él apretó los labios. —Basta. —La soltó y miró al frente. —Será mejor que te lleve a casa.

—¿Y perderme la premier? ¡Ni hablar! ¡No me vas a dejar tirada ahora, me muero por ver la representación! —Al ver que arrancaba y que giraba para dar la vuelta a la manzana alargó la mano.

La miró de reojo. —¿Qué?

—Si no quieres ir, dame mi entrada.

—¿Estás de broma?

—¡No, de broma tienes que estar tú, porque me he puesto mona para ir y pienso ir!

Se detuvo en un semáforo y ella vio como apretaba el volante como si quisiera estrangularla. Ginger se cruzó de brazos. —Como me dejes sin ir a la premier por este miedo estúpido a que estemos conectados, me voy a cabrear. ¡Es mi ópera favorita!

—¡Deja de decir que estamos conectados!

—¿Entonces qué haces aquí? —Él apretó las mandíbulas. —¡Eres tú el que me ha dicho que no puedes dejar de pensar en mí! ¡Eres tú quien me ha besado!

—¡Basta!

Ginger entrecerró los ojos. —¡Oye, majo, puede que estés acostumbrado a mandar, pero a mí no me hablas en ese tono! —Frenó ante la casa y ella iba a abrir la puerta cuando él la cogió por el brazo. Se le cortó el aliento volviéndose y le miró a los ojos sintiendo que su corazón se aceleraba porque al parecer había cambiado de opinión. —¿Duncan?

Su rostro mostraba la lucha que tenía en su interior. —Vete a casa —dijo muy serio—. Vete y deja de tener esas fantasías absurdas.

Negó con la cabeza y él apretó más la mano en su brazo. —Vete a casa, no quiero verte más.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y él empujó ligeramente el brazo para que saliera. —No quiero nada con una loca como tú.

Le rogó con la mirada. —No me hagas esto.

—¡Sal de una puta vez!

Abrió la puerta y salió, pero antes de que pudiera volverse para hablar con él aceleró de tal manera que hasta la puerta se cerró sola. Angustiada se apretó las manos porque lo que acababa de decirle la había aterrorizado.

—Señorita, ¿está bien?

Se volvió para ver tras ella a Arnold, su portero de noche que la observaba fijamente. Asintió. —Sí, una discusión de nada. Se le pasará.

—Es una pena que las cosas no hayan ido bien.

—Cosas que pasan. —Caminó hasta el portal y lo sintió, sintió que la observaban. A toda prisa fue hasta el ascensor y pulsó el botón. No pensaba perderle. No señor. Después de ese beso estaba segura de que formaba parte de ella. "¿Me oyes, cielo?" —preguntó mentalmente—. "Esto no se va a quedar así."

# Capítulo 4

Joshua bebió de su café. —Amiga, estás muy callada.

Sorprendida le miró. —Oh, lo siento. No sé dónde tengo la cabeza últimamente.

—No te disculpes conmigo, solo dime qué ocurre.

Disimulando su ansiedad por Duncan miró a su alrededor, estaban bastante aislados en el parque. Su banco estaba alejado de la gente que estaba tomando el sol en el césped.

—Ginger, ¿estás bien?

—Creo que me siguen. Lo presiento.

Su amigo se tensó y ella susurró —Disimula.

Joshua rio antes de decir por lo bajo. —¿Desde cuándo?

—Desde hace un par de semanas.

—¿Y antes no?

—Antes no había conocido a Duncan, ¿por qué habrían de seguirme? Él fue la razón de que empezara todo esto.

—Continúa.

—Mi chico me mintió en algunas cosillas, sobre todo por esa filial de su empresa que está implicada con el gobierno.

—No jodas.

—Temo que esta relación no sea precisamente perfecta.

Joshua se echó a reír. —¿Qué relación lo es? ¿Las mentiras son graves?

Asintió. —Se lo leí en la mente.

Su amigo perdió la risa poco a poco. —Ah…

—Sí, ah… Y desde esa noche me siguen. Lo saben.

Joshua se tensó. —¿Sabes quiénes son? ¿No serás un objetivo?

—Creo que esa noche Duncan llevaba un micro o algo así. Por eso me llamó. Debieron presionarle cuando yo descubrí la clave de acceso que necesitaba. Saben que tengo esta habilidad y todo se está saliendo de madre.

Su amigo bebió de su café. — ¿Y eso no es raro? Si trabaja para el gobierno, lo lógico es que ellos le dieran esa clave.

—Sí, he pensado en eso. A no ser que su socio quisiera librarse de él y quedarse con el negocio tapadera. Y que ellos estuvieran de acuerdo en deshacerse de Duncan. Él consiguió la clave de otro modo y averiguaron a quien había recurrido. O sea, a mí.

—Hostia, ¿te das cuenta de que si cometes un error te estarás jugando el cuello? Acaba con esto antes de que te hagan daño.

—Esto, como tú dices, acaba de empezar. —Se quedó mirando al frente. —Noté su miedo, estaba asustado por mí, porque todo su mundo, todo por lo que ha luchado se fuera a la mierda y no pienso consentirlo.

—¿Y qué vas a hacer tú para evitarlo? —dijo irónico—. ¿Una psicóloga contra el gobierno? No me hagas reír.

—Muy gracioso.

Los ojos de Joshua la miraron atentamente y escuchó en su mente que le decía —"Ten cuidado, por favor. No confíes en nadie, ni siquiera en él. Te necesito en mi vida."

Sonrió cogiendo su mano. —Y yo te necesito en la mía. Tranquilo, todo va a salir bien.

Salió del Starbucks con seis cafés y caminó por la acera hasta la furgoneta que estaba frente a su portal. Levantó el puño y golpeó el cristal suavemente. La furgoneta se movió ligeramente, lo que indicaba que había alguien dentro. —Sí, sé que estáis ahí. ¿Os importa abrirme para que podamos hablar?

La puerta se deslizó y una mujer de color de unos treinta años con traje y camisa blanca la miró fijamente. Ginger sonrió alargando la mano. —Hola, supongo que ya sabes quién soy.

—Lo sé muy bien —dijo desconfiada.

—Sí, claro que lo sabes, me llevas siguiendo unos cuantos días. ¿Y tu nombre es?

—Agente Johnson.

—Priscilla, ¿verdad? Un gusto conocerte. —Metió la cabeza para ver a otros dos ante un montón de monitores y con los cascos puestos. —Hola chicos, os traigo un café. ¿Dónde está el otro? El bajito con cara de mala leche. ¿Poniendo más cámaras en mi casa? —Cogió su café antes de tender la bandeja de los cafés a Priscilla. —¿Creéis que acabará pronto? —Soltó una risita. —Espero que en el

baño no pongáis nada, porque eso me cabrearía muchísimo. Ah, por cierto, dentro de una hora tengo una sesión, os vais a entretener un montón porque mi paciente quiere que recuerde quien fue el primero que la desvirgó. Le da vergüenza no saberlo. Ya sabéis, una fiesta universitaria que se fue de madre y terminó con cuatro en la cama. ¿Pero quién fue el primero? Lo tiene algo confuso. Bueno, que paséis un buen día. —Miró a Priscilla. —Por cierto, te va a llamar tu marido por ese mensajito que le has enviado, siempre llaman. Dile que no sea duro contigo, un desliz lo tiene cualquiera. —Se volvió dejándola con la boca abierta y en ese momento un coche se detuvo ante ella. De él salieron tres hombres con trajes negros y camisa blanca que caminaron directos hacia Ginger. —Bien, esto va muy bien.

La agarraron de los brazos para llevarla hasta el coche. —¿Sabéis que sé andar solita? ¿Y que tengo derechos? —Uno le agachó la cabeza para sentarla al lado de un tipo con cara de mala leche. —Vaya, ¿el jefe? Siento haberle molestado. Son casi las cinco, igual tenía algo que hacer.

—No es una molestia, señorita Linney. Todo lo contrario, es un gusto conocerla.

—Pues su mirada dice que no está nada contento de tenerme aquí.

—¿Y qué dice mi mente?

Se le heló la sangre porque estaba pensando en matarla si era necesario. —Tiene una mente hermética y para leerla necesito un poco de colaboración.

—Colaboraré con usted si usted lo hace conmigo.

—Entonces creo que nos vamos a llevar bien, agente…

—Williams. Soy el agente Williams. Bienvenida a la CIA.

Estaba sentada en una sala que tenía un espejo frente a ella. Qué trillado, ya se podían buscar otro método con todos los avances que había ahora. Suspiró y tamborileó los dedos sobre la superficie de la mesa. ¿Cuánto tiempo más iban a tenerla allí? Esperaba que Duncan estuviera bien. —"¿Estás bien, cielo?"—Esperó unos segundos y suspiró cuando no le contestó. Sería cabezota.

La puerta se abrió sobresaltándola y Priscilla entró con una carpeta en la mano. —¿Has hablado ya con tu marido?

—Aquí las preguntas las hago yo.

—Vaya, la conversación ha ido mal, ¿eh? Lo siento.

Se sentó ante ella y abrió la carpeta. —Ginger Jessica Linney, nacida en Manhattan en el Presbyterian en mil novecientos noventa y ocho.

—El quince de abril, fui al colegio Santa Martha y después a Columbia.

—Donde estudió psicología.

—Y me especialicé en psicología del comportamiento. Cómo actúa el individuo o el grupo ante determinadas situaciones. Pero luego me desvié un poco por un estudio que hice de viajes astrales. ¿Sabe lo que son?

—Tengo cierta idea.

—Sí, claro. Pues eso me hizo pensar en que si nuestro ser era capaz de viajar durante los sueños, mi mente podría viajar también y ¿por qué no llevarlo a mi campo para meterme en la memoria de mi paciente mientras ellos duermen? Una vía de dos direcciones, ¿lo pilla?

—Lo pillo.

—Con el sueño es como si se abriera un portal y mis pacientes me permiten rebuscar entre sus recuerdos para encontrar

la razón de su mal.

—Pero también lo hace despierta.

—Yo siempre estoy despierta. Relajada, pero despierta.

—Al señor Fellman se lo hizo despierto.

—A veces hay despistes en nuestras mentes, momentos de distracción que desbloquean el camino para que yo pueda entrar. Y si es algo evidente lo descubro enseguida. Con el señor Fellman no fue difícil porque llevaba buscando esa clave mucho tiempo. Es como esos que dicen, lo tengo en la punta de la lengua. Pues así fue con él.

—Dijo que se sentía conectada a él.

—Y lo estoy. Es la persona a la que más conectada me he sentido en la vida.

No pudo menos que mostrar su admiración porque no ocultaba nada cuando otro en su lugar estaría cagado de miedo. —¿Lee sus pensamientos?

—Mire, ¿por qué no vamos al grano? Si quieren saber si sé en qué trabaja realmente la respuesta es sí. Si quieren saber si me molesta, la respuesta es no, mientras esas armas no caigan en

malas manos y puesto que las envía el gobierno, deduzco que deben ir a esos sitios por algo.

Se la quedó mirando fijamente. —¿Lo sabe todo?

Se echó a reír. —Claro que no. No he tenido tiempo a rebuscar. Pero si estás intentando que te demuestre los resultados de mis estudios, te diré que sí, dejaste abierta la jaula de tu periquito y se escapó por eso.

Priscilla separó los labios de la impresión. —¿Cómo sabe eso?

—Tenías siete años, no te fustigues. Tú no tienes culpa de que se lo comiera el gato de la vecina.

—¿Cómo sabe eso?

—Pues mira, como sé que detrás de ese cristal hay dos pensando que soy la tía más rara que han visto nunca. Y repito, esto es un estudio de lo más científico. Estoy harta de que piensen que soy bruja o algo así. Hay que practicar mucho para conseguir esto, ¿sabes?

La mujer entrecerró los ojos. —¿Sí? ¿Cuánto?

—Yo llevo años y me quedará media vida para entenderlo todo o mejorar mi técnica. Pero lo importante es continuar y…

La puerta se abrió de golpe y Duncan entró en la sala haciéndola sonreír. —¿Tenías que hacer esto?

—Sí cielo, tenía que hacerlo. No pienso perderte.

Priscilla se levantó. —Señor, lo siento, pero…

—Cállate y déjanos solos.

—No puedo hacerlo, señor. Sigo órdenes.

—¿Órdenes de quién?

—Mías. —El agente Williams apareció tras Duncan. —¿Qué haces aquí?

—¿Qué hago aquí? ¡Detener esto! ¡Ella no debería estar aquí! ¿Y desde cuándo he perdido el mando en esta operación?

—Desde que nos hemos enterado de que ella lee mentes. Los de arriba la quieren.

Se le cortó el aliento mientras Duncan gritaba —¡Debes estar de broma, joder! ¡Es una civil!

—Una civil que puede hacer mucho por los Estados Unidos.

—Uy, yo mientras me dejen publicarlo en mis estudios…

Los tres la miraron como si acabara de decir una estupidez. —Cómo os poneis. Vale, no pondré nombres.

Duncan dio un paso hacia ella. —Cierra la boca. ¿Sabes en el lío en el que estás metida?

—¿En el mismo que tú?

—Llevas dos años en esta puta operación, ya va siendo hora de cerrar —dijo Williams—. Ella nos ayudará, ya lo han decidido y sabes que cuando deciden algo no cambian de opinión.

Asombrada le miró. —¿Dos años? ¿Por qué no me has pedido ayuda?

—Nena, cállate —dijo entre dientes.

Sonrió de oreja a oreja. —Yo os ayudo en lo que queráis.

—Mira qué bien —dijo Priscilla satisfecha.

—¡Jerry ni de coña!

—Estarán drogados, ni la verán ni sabrán que ha ocurrido. Solo tiene que hacer su trabajo e irse antes de que se despierten. Tan simple como eso. —Williams se volvió y dijo —Que traigan al primero. ¡Ya!

Priscilla salió corriendo y Duncan la miró como si quisiera soltar cuatro gritos.

—Cielo, no me mires así, no pensaba dejarlo estar y lo sabías. Te lo dije.

—Nena, no tienes ni puta idea de donde te estás metiendo.

—En tu vida, cielo. Me estoy metiendo en tu vida. —Se acercó a él y le abrazó por el cuello antes de besar suavemente sus labios. —Así que jefe, ¿eh? —Le miró a los ojos y lo vio en su mente. —¿Y Edward? ¿Lo sabe?

—No. Y no debe saberlo nunca. —Asintió antes de abrazarle y Duncan la pegó a él. —Nena, esto no ha sido buena idea —susurró a su oído—. Ahora no te dejarán en paz.

—Pero al menos estaré a tu lado. —Disfrutando de su contacto preguntó mentalmente —"¿Por qué no querían darte la clave de videovigilancia?"

—Porque no querían que mi ex montara otro escándalo como el que hizo en el divorcio. Pretendían que le regalara mi casa en la playa sin protestar para seguir manteniendo la tapadera y esa casa es la que siempre quise, joder. No pensaba dejar que esa zorra me la arrebatara.

—Cielo, ¿y por qué no la matas?

La apartó para mirarla. —¿Qué has dicho?

—Bueno, eres de la CIA. Vosotros matáis gente.

—Nena, yo no soy un agente.

—Ah, ¿no? —preguntó algo decepcionada con su respuesta—. Como te ha llamado jefe y antes leí en tu mente que te reclutaron en la universidad…

—Claro que sí, porque tenía que ocupar el puesto de mi padre pues quería jubilarse.

—¿Tu padre también estaba metido en esto? —Él cerró la puerta. —Cielo, por mucho que cierres nos oyen igual.

—Esto va así. La empresa era de mi padre y del socio de este y después pasó a nuestras manos. Nosotros somos empresarios, son ellos los que utilizan nuestros transportes y ya está.

—¿Y por qué te llamó jefe? —preguntó mosqueada—. Priscilla te llamó jefe. —Le miró fijamente. —Me estás mintiendo. ¡A mí! —dijo alterada—. ¿Pretendes mentirme a mí? ¡Menuda mierda de entrenamiento que has recibido!

—Nena…

—¡Dime la verdad!

Él se tensó. —La verdad es que me reclutaron en la universidad y aparentando llevar una vida normal dirijo seis operaciones de alto secreto en Manhattan mientras desde mi puesto de directivo envío armas periódicamente a varios conflictos armados

de todo el mundo. Estados Unidos apoya a algunos bandos sin que se entere nadie y se hace desde mi empresa. Mi socio no sabe nada, le conocí en la universidad y solo se guía por la avaricia, desea a mi mujer y desea mi puesto, así de simple. Ha llegado el momento de que se largue sin escándalos que pongan el foco en mí. Deben largarse de mi vida lo más discretamente posible para que yo pueda seguir haciendo lo que hago.

—¿Por qué no pudiste conseguir la clave tú mismo…? —Se le cortó el aliento. —La clave te interesaba una mierda, ya tenías las imágenes de tu ex poniéndote los cuernos.

—Oí hablar de ti y…

—Utilizaste a tu hermano. Le hiciste subirse al metro de alguna manera. A mi vagón…

—Sabía que le gustarías, Edward es muy abierto y es evidente que tú eres muy extrovertida con tu trabajo. Conozco lo suficiente a mi hermano como para saber que una pelirroja no se le resiste. Retrasamos su llegada al metro lo suficiente como para que coincidiera contigo y fue en ese vagón porque era el más cercano a las escaleras por las que entrasteis los dos.

Sus ojos brillaron. —¡Sois la leche!

—¡Si fuéramos la leche no estarías aquí!

—No pasará nada —dijo como si fuera muy pesado. Se acercó y susurró —Así que Williams no es tu jefe.

—Se encarga de las operaciones tácticas cuando yo no estoy por mi otro trabajo.

—¿Y esa operación en la que llevas dos años?

—Un empresario del alto Manhattan llamado Sang-Hoo hace negocios con Corea del norte, pero no consigo que confíe en mí lo suficiente como para saber los detalles armamentísticos.

Sus ojos brillaron de la emoción. —Pues ya me tienes aquí.

Él abrió la puerta. —Vete a casa, te iremos a buscar cuando esté listo.

—De eso nada. Yo supervisaré la medicación que se le dé y lo haré desde detrás de un cristal como ese.

—Te aseguro que tenemos médicos que son perfectamente capaces de hacerlo.

—No lo entiendes, ¿verdad? No es lo mismo estar drogado que dormido. Una sedación como la que se usa en una operación es totalmente inútil a la hora de hacer preguntas al cerebro. Debe ser un sueño casi natural.

—Nena, no podemos dormirle de manera natural. ¿Qué hacemos? ¿Le traemos hasta aquí y le decimos tómate la pastilla?

—Entonces tendré que entrar en su habitación de noche, ¿no crees?

—¿Pero estás loca? ¿Tú te estás oyendo?

—¿No eres de la CIA? Arréglalo. ¡Qué Williams monte un operativo de esos!

—¿Para meterte en la habitación de un espía norcoreano? ¿Pero qué clase de psicóloga eres tú?

—Últimamente me está aburriendo un poco mi estudio, necesito acción —dijo con una sonrisa de oreja a oreja antes de besarle en los labios—. Menos mal que te he conocido, todo es emoción. Mi novio es de la CIA.

—Ey, ey, ¿novio?

Se echó a reír. —Sé que lo dices sin sentirlo. —Cogiéndole por las mejillas le besó de nuevo.

Duncan se apartó carraspeando y siseó —Estamos en el trabajo.

—Oh, perdón. —Soltó una risita. —Pero lo del sueño me lo haces esta noche.

Él puso los ojos en blanco antes de abrir la puerta. —Espera aquí.

Se alejó y ella suspiró de gusto viendo cómo se movía. Que novio tenía. ¡Qué novio! Sara se iba a morir de la impresión cuando se enterara de todo.

# Capítulo 5

Tres horas después aún seguía allí sentada esperando. Cuando le pillara le iba a soltar cuatro gritos que le iban a dejar temblando. De repente se abrió la puerta y apareció Priscilla. —¡Al fin! ¿Se puede saber qué estáis haciendo?

—Ven conmigo.

Impaciente fue hasta ella. —¿Qué hacemos, eh? ¿Me voy a colar en su casa sigilosamente y con un cuerpo especial de esos, estilo misión imposible?

La agente abrió una puerta y vio allí a un tío con cara de oriental totalmente grogui atado a una silla. —Empieza cuando quieras.

—¿Pero qué le habéis dado? —Se acercó a él y le levantó un párpado de mala manera. Bufó. —¡Está drogado!

Priscilla hizo una mueca. —Es que cuando me avisaron, el grupo de asalto ya le había tirado un dardo.

—Mierda. —Puso los brazos en jarras. —¿Dónde está Duncan?

—Tenía reuniones en la empresa, tuvo que irse para no llamar la atención.

—Una coartada, entiendo. —Se mordió el labio inferior intentando entrar en la mente de ese tío. —¿Qué preguntas tengo que hacerle?

Priscilla se acercó sacando una hoja de la chaqueta del traje. —Aquí tienes.

La miró y levantó una ceja porque algunas eran personales como con quien se acostaba. —De verdad, os interesan unas cosas…

—¿Puedes hacerlo así?

—Por probar no pierdo nada, pero su cerebro estará tan nublado por la droga que costará. Necesito una silla.

Priscilla salió en ese momento casi chocándose con Williams. —Va a intentarlo.

—Bien.

—Menuda cagada —dijo ella cogiendo al tipo por los cuatro pelos que tenía en la cabeza para levantársela—. ¿Qué le habéis

metido?

—Nitrazepam.

—Mmm… —Le tocó el pulso que era totalmente normal en estado de sueño. —Al menos está relajado. Bien, probemos. —Priscilla llegó con una silla y se la puso al lado. Se sentó y se relajó cerrando los ojos. —La próxima vez necesito un sillón.

—Tendrás lo que necesites —dijo él cruzando los brazos.

Bufó abriendo los ojos. —¿Alguien sabe coreano?

Ambos parpadearon. —¿Qué?

—Este tío piensa en coreano o al menos eso creo, que puede ser chino o japonés porque no tengo ni idea.

—Mierda —dijo Williams furioso —. ¡Mierda!

—Un momento. —Priscilla sacó a toda prisa el móvil y después de pulsar varias veces la pantalla volvió el teléfono hacia ella. —Repite lo que te diga y el traductor de Google hará el resto.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Eso son los recursos que tenéis?

—Ajuste de presupuestos —dijo Williams —. ¿Puedes hacerlo o no?

Miró al tipo y bufó cerrando de nuevo los ojos. Entró en su mente y tomando aire miró a su alrededor. Nada, totalmente oscuro. Caminó algo insegura, nunca había visto una mente en ese estado. Distintos signos que parecían orientales aparecieron en rojo rodeándola y Ginger se detuvo. —"¿Puedes oírme? Necesito que me hables en inglés, ¿me entiendes?"

Varias zonas se iluminaron débilmente mostrando distintas imágenes, pero se oscurecieron enseguida. Sí que la entendía. —"Dime cuántas veces te has reunido con altos cargos del ejército norcoreano." —La imagen de un hombre con uniforme apareció ante ella. —"¿Este tipo es tu enlace?"

—"Sí" —contestó la mente.

—"¿Cómo se llama?"

—"Bon-Hwa Yeong."

Ella lo repitió en alto para asegurarse.

—"Sí."

— "¿Cuál es tu misión? ¿Qué te pide hacer?"

—"Le suministro armas que compro en Oriente Medio."

Una neblina empezó a rodearla y supo que el sueño se estaba volviendo tan profundo que enseguida no podría responder nada

más. Debía darse prisa. —"¿Quién es tu contacto en Oriente Medio?"

—"Hassan Jamal Ab…"

Ella no lo escuchó bien. —"Dime su nombre de nuevo. Más alto."

—"Hassan Jamal Abdala."

Su respuesta fue muy lenta casi no tenía tiempo. —"¿Cuál es tu siguiente misión?"

—"Conseguir misiles."

—"¿De largo alcance?"

—"Los mejores del mundo."

—"¿Dónde los entregarás?"

—"En Turquía, cerca de Kayseri. Dentro de dos semanas."

—"¿Cuánto te pagarán?"

Su mente balbuceó algo y Ginger empezó a agobiarse porque la neblina ya no la dejaba ver. Es más, empezaba a marearla y asustada abrió los ojos rompiendo la conexión.

Priscilla al ver la palidez de su rostro y que casi se cayó de la silla la agarró. —¿Qué te pasa?

—Me he mareado. —Respiró hondo. —Ahora ya es imposible saber nada, está totalmente drogado.

—¿Has averiguado algo aparte del nombre Bon-Hwa Yeong? —preguntó Williams.

Le fulminó con la mirada. —¿Qué coño le habéis puesto?

—Un opiáceo bastante potente.

—¡Me has mentido!

—¿Has averiguado algo o no? —preguntó fríamente.

Ya sabía por qué Duncan no quería que se metiera en eso, porque Williams era peligroso, no le importaba hacer lo que fuera para conseguir su objetivo incluso dañando a personas inocentes.

—No me ha dado tiempo a preguntárselo todo —dijo rápidamente la información y cuando terminó Priscilla miró sorprendida a Williams que estaba de lo más tenso—. ¿Qué pasa? Es lo que me ha dicho él.

—Llévatela. Volveremos a ponernos en contacto contigo cuando te necesitemos.

—Eh, contigo ya no quiero saber nada más, ¿me oyes? ¿Sabes lo que podía haber pasado si no salgo de su mente a tiempo? No, ¿verdad? ¡Pues yo tampoco! ¡Si necesitáis ayuda solo

hablaré con Duncan y las cosas se harán como yo diga! ¡Solo como yo diga o no participaré más en esto!

Sonrió con ironía. —No te has dado cuenta todavía, ¿no es cierto? Ya estás metida y nunca podrás salir de esto, como tú lo llamas. —Dio un paso hacia ella. —Lo que nos acabas de contar ya es razón suficiente para que te mate por saber de más. Si quieres seguir viviendo, cerrarás la boca y vendrás cuando se te pida. Harás tu trabajo y te largarás. Y así una y otra vez mientras nos sirvas, ¿lo has comprendido?

Levantó la barbilla. —Ahora escúchame tú, enano mental. ¡Primero a mí me hablarás con respeto y segundo si no quieres que me cabree te quedarás a un lado y solo trataré con Duncan que para eso es mi novio! ¿Me he expresado con claridad? ¡A ti no quiero verte ni en pintura! ¡Díselo a tus jefes porque esto va a ir así a partir de ahora! ¡Duncan es el jefe de este grupo o como os llaméis y así seguirá siendo, no te des tantos aires, que a mí no me intimidas!

Williams la miró con odio. —Cuidado conmigo.

Sonrió con desprecio. —¿No te acabo de decir que no me intimidas? Creía que los de la CIA eran más rápidos en absorber conceptos.

—¿Qué pasa aquí?

Ginger sonrió a Duncan que estaba entrando en la habitación. —Cielo, este acaba de amenazarme.

Se tensó con evidencia. —¿Qué has dicho?

—He entrado en su mente a pesar de la medicación que le habéis dado, que es como para tumbar a un caballo y encima me amenaza. ¡Estoy harta de que me trate como si fuera una terrorista o algo así! ¡No quiero hablar más con él, no le quiero ni cerca, así que arréglalo!

Miró a Williams con una mirada que congelaría el desierto. —¿Se puede saber qué coño te pasa?

—No me gusta, no me fío de ella. ¿Quién nos garantiza que lo que nos diga es cierto? ¿Sabes lo que acaba de decir? ¡Qué el contacto es Abdala y yo pondría la mano en el fuego por él! ¡Es un buen contacto!

—Eh, eh… ¿Qué mierda voy a ganar yo mintiendo en esto? —preguntó asombrada—. ¿Este cree que soy agente doble o algo así?

—¡Para eso tendrías que ser agente! —le gritó Williams.

La patada en los huevos no se la quitó nadie y este gimió cayendo de rodillas. —¿No te había dicho que no me gritaras,

capullo? —dijo entre dientes—. Puede que no sepa artes marciales de esas, puede que no vaya de James Bond por la vida, pero te juro que como vuelvas a hablarme así te retuerzo las pelotas.

La miró con odio y Duncan la cogió del brazo para ponerla tras él. —Contrólate. Tú te lo has buscado, así que atente a las consecuencias. He hablado con los de arriba y sigo al mando. Si la información que nos ha dado es veraz, a partir de ahora se hará un equipo nuevo, ella estará al mando de la parte científica y yo de la operativa como hasta ahora. Si tengo que ir a la empresa tú quedarás al cargo como segundo, como hemos hecho siempre, así que no quiero más problemas. Seguirás las órdenes como todos e intenta actuar de la manera más profesional posible, ¿quieres?

—Como nos la esté jugando, pienso meterle un tiro entre ceja y ceja.

Jadeó. —¡Uy, lo que me ha dicho! ¡Encima que os ayudo!

—Nena, cálmate.

—No me gusta. —Entrecerró los ojos. —Dejadme entrar en su mente, este oculta algo.

—¿Pero qué coño dices, pirada?

—¿Pirada? Mucho protestas tú. Y lo de ese Abdala me mosquea mucho. ¿Qué agente secreto pone la mano en el fuego por nadie, cuando en las pelis no hacéis más que traicionaros los unos a los otros continuamente? ¡Pobre Tom Cruise, que no sabe nunca la que le va a caer encima!

Duncan se tensó. —Sí, es algo sospechoso.

Williams se levantó de golpe. —¿Ahora soy sospechoso? ¿Porque lo diga esta?

—Ella no podía saber el nombre de tu contacto —dijo entre dientes—. De momento tiene más credibilidad que tú.

—Bien dicho, cielo.

—¿Sabes lo que es sospechoso? Vuestra relación. ¿Ahora la crees? ¿Dijiste que era una timadora de medio pelo y ahora la crees?

—Ha demostrado que sabe lo que hace. ¡Me lo ha demostrado a mí y los de arriba la creen!

—¡La creen por lo que has dicho tú! ¿Quién dice que no le has hablado tú de Abdala? ¿Que no se lo has contado todo?

—¿Con qué fin?

—Un intento de querer salvar la cara frente a los de arriba. ¡Una excusa patética para que no te sustituyan porque no has

dejado de mostrar tu ineficacia en los últimos años!

Duncan dio un paso hacia él. —¡Este grupo ha demostrado su valía desde que yo estoy al mando! ¡Lo que no soportas es que te pusieran a ti de segundo a mi sombra! Y siempre estarás a mi sombra.

Su rostro mostró su odio antes de salir de la sala golpeando la puerta contra la pared. Duncan la miró a los ojos y supo que había metido la pata por enfrentarse a él. —Priscilla llévala a casa. Y que dos agentes la vigilen.

—Sí, jefe.

—¿Cómo que me vaya a casa?

—Nena, tengo que hacer unas comprobaciones. Hazme caso.

Estaba claro que no estaba el horno para bollos. Parecía a punto de soltar cuatro gritos. Vale que lo de decir cielo y eso no era muy profesional, pero todos sabían que era novata en ser agente secreto, deberían darle algo de cancha y no ser tan exigentes. Suspiró. —Muy bien, te espero para hablar de todo esto. Pero antes de irme, quiero exigir que quiten todos los micros y cámaras de mi casa. Todas, ¿me habéis entendido? —Fue hasta la puerta. —No tardes, llevo sin dormir un montón de días por vuestra culpa

pensando que algún pervertido estaba observándome en mi cama. ¡Y todo es culpa tuya! —Entonces frunció el ceño mirando hacia el coreano. Se le cortó el aliento. —Está muerto.

—¿Qué dices?

—¡Está muerto, Duncan!

Él se acercó a toda prisa y le puso los dedos en la carótida mientras Ginger se llevaba la mano a la garganta, pues lo que había sentido inmersa en esa neblina era la muerte. Tembló sintiendo un miedo atroz porque ni se quería imaginar lo que hubiera pasado si se hubiera quedado dentro de su mente más tiempo. Duncan se volvió para mirarla a los ojos y escuchó que pensaba que nunca tendría que haberla utilizado. ¿Utilizado? Él se acercó y pálida dejó que la cogiera del brazo. —Priscilla la llevaré yo a casa. Que se encarguen del cadáver.

—Sí, jefe.

La sacó de la habitación. —No digas una palabra más —susurró. Recorrió el pasillo y bajaron unas escaleras. No habían entrado por allí y sin poder evitarlo sintió miedo porque fue consciente del lío en el que se había metido—. ¿Ahora? ¿Ahora te das cuenta? —preguntó él entre dientes.

Sin aliento le miró. —Me oyes.

—Alto y claro, nena. Alto y claro. —Cuando llegaron a la planta baja, Duncan le hizo un gesto a un hombre de traje para que abriera la puerta de atrás del edificio. Tiró de su brazo hasta un BMW cuatro por cuatro gris y abrió la puerta del pasajero. —Sube.

Lo hizo de inmediato y él rodeó el coche por delante mirándola como si temiera que saliera corriendo. Se subió al coche y pulsó el botón de encendido antes de salir del callejón quemando llanta. —Ponte el cinturón.

Asustada de veras lo agarró, pero aquello no salía. Poniéndose muy nerviosa tiró fuerte varias veces, pero nada. —Vete más despacio.

Giró de golpe para meterse en el tráfico de Manhattan y como un loco empezó a esquivar a varios vehículos antes de girar de nuevo en la intersección. Ginger gritó agarrándose al salpicadero. —¿Pero qué haces?

—¿No es evidente? ¡Huir! —De repente giró a la derecha metiéndose por un callejón y cuando el coche rozó un contenedor ella gritó de nuevo. —¿Pero cómo se te ocurre acercarte a ellos?

—¡Quería volver a verte!

La miró furioso. —¡No era el momento, Ginger!

—¡Eres agente de la CIA, tú no tienes momentos buenos para meter a alguien en tu vida!

—¡Pues si lo tenías tan claro no sé por qué estás aquí!

—¿Estás sordo? ¡Quería volver a verte!

—La madre que la parió. —Mirando al frente aceleró.

—¡Duncan frena, nos vas a matar!

—Nena, como no acelere más sí que nos van a matar.

Le miró con los ojos como platos. —Pues si hay que acelerar se acelera. —Con el corazón en un puño miró hacia atrás y vio que un coche negro igual al que llevaban les seguía también conduciendo como un loco. —Nos siguen.

Él miró por el espejo retrovisor. —Es Williams.

—Él mató a ese hombre, ¿no? Lo de la droga fue a propósito.

Se quedó en silencio y por mucho que intentó leer sus pensamientos no logró nada. —Ah no, ahora no me vas a dejar con las dudas. ¡Dímelo!

—¿Te das cuenta del arma que tienes en las manos? ¿Hasta dónde puedes llegar y lo útil que le eres al gobierno? ¡Muchos enemigos harán lo que sea por deshacerse de ti, Ginger!

Pálida susurró —¿Qué quieres decir? ¡Llevo haciendo esto años!

—¡Pero antes no te creían! ¡Eras una timadora más que usa las seudociencias para vivir del prójimo!

Jadeó ofendida. —¿Qué has dicho? ¡Yo soy una profesional como la copa de un pino!

—Creo que de eso ya se han dado cuenta —dijo entre dientes —. Nena, no sé cómo voy a protegerte.

Ay madre, que su cara decía que estaban en un lío de primera. —¿Qué quieres decir?

El cristal de atrás estalló y Duncan la agarró de la cabeza para agacharla sobre sus muslos. —¡No te muevas!

—Dios mío, Dios mío… ¡Nos están disparando!

—Así se suele matar en la CIA, sí. —Él giró en redondo y el rostro de Ginger acabo en su ingle, pero un disparo la sobresaltó y empezó a gritar como una loca mirando hacia arriba para verle disparando por la ventanilla. —¡Nena, deja de gritar! ¡También gritas mentalmente y me chirrían los oídos!

Parpadeó asombrada. —Duncan.

Disparó de nuevo tres veces y siguió conduciendo. —¿Sí?

—¿Te das cuenta de que podemos demostrar que la gente puede comunicarse mentalmente?

—Eso no me preocupa en este momento, la verdad. —Un golpe en el costado del coche la hizo gritar de nuevo mientras su culo se deslizaba hasta caer al suelo. Con los ojos como platos miró hacia él que intentó disparar de nuevo, pero no había balas en el cargador y Duncan jurando por lo bajo siseó —¿Sabes nadar?

—Ajá…

—Agárrate.

Sintió el golpe antes de que el coche saliera despedido. Gritó mientras los airbags se abrían agarrándose con fuerza donde podía antes de que el coche impactara de nuevo. Ginger sintió el golpe en la cabeza que la dejó medio atontada. Mierda, eso no se lo esperaba. De repente todo empezó a llenarse de agua tan rápidamente que apenas le dio tiempo a tomar aire y Duncan la agarró del brazo para tirar de ella hacia su ventanilla. Cuando al fin salieron del coche se espabiló lo suficiente como para darse cuenta del peligro y se asustó queriendo subir a la superficie, pero él lo impidió. La luz de los faros del coche le mostró el rostro de Duncan que cogió sus mejillas para decirle mentalmente — "Tenemos que llegar a los pilares del puente."

Asintió y nadó hacia donde él iba. A medida que se alejaban de los faros del coche la oscuridad les rodeaba y sintió miedo. Él volvió la cabeza y le dijo —"Estamos a salvo, ahora estamos a salvo."

—"¡Me falta el aire!"

—"Aguanta, no queda mucho."

Debió sentir su necesidad porque nadó más rápidamente tirando de ella hasta que por fin ascendieron, pero la superficie no llegaba y sintió auténtico pánico necesitando aire. Su corazón latía como loco y escuchaba su sonido en sus oídos aumentando su miedo. Duncan la agarró por la cintura y de repente el aire le dio en la cara. Respiró con fuerza agarrándose a sus hombros como si fuera su salvavidas y la abrazó a él. —Ya pasó, nena.

Cuando pudo recuperar el aliento susurró —Dios mío…

Él la agarró por el cabello con delicadeza para mirar su rostro y juró por lo bajo —¿Qué pasa?

—Tienes una herida en la frente. No es nada, pero necesitarás un par de puntos. —Miró a su alrededor. —Tenemos que llegar a la orilla.

—Duncan.

La miró de nuevo y ella le besó. Por un momento pensó que iba a rechazarla, pero él la abrazó por la cintura pegándola a su cuerpo respondiendo con una pasión que les arrolló. Se abrazó a su cuello saboreándole y en su mente sintió que era suyo. Él se apartó de golpe para mirarla a los ojos con la respiración agitada. —¡No te montes películas!

Jadeó al darse cuenta de lo que quería decir —¡No entres en mis pensamientos cuando me besas!

—¡Me has besado tú! —Él gruñó antes de mirar a su alrededor. —Vamos.

—No, vamos por aquí.

—Nena, tenemos que volver a Manhattan.

—Joshua vive al otro lado del puente de Brooklyn. Él nos ayudará. —Empezó a nadar y Duncan jurando por lo bajo la siguió.

No le escuchaba de ninguna de las maneras y miró hacia atrás. —Has cerrado tu mente.

—Ah, ¿sí?

Pasó ante ella como si nada y Ginger jadeó antes de seguirle. —¿Cómo lo has hecho?

—Nena, he recibido un entrenamiento y fíjate me sirve para evitarte.

—Mucho tienes que explicarme tú.

Escucharon el sonido de las sirenas sobre sus cabezas y sin decirse nada nadaron más rápido. —¿Qué me ocultas?

—Ahora no, nena. Date prisa, enseguida llegarán los helicópteros de las noticias y la policía. Muévete.

Nadaron tan aprisa como podían y cuando llegaron a la escalerilla Ginger agotada subió sin aliento. Se tiró de rodillas sobre la plataforma de madera porque ya no podía más.

—Vamos, vamos —dijo él cogiéndola de la mano para levantarla—. Aquí estamos a la vista. —Tiró de ella hacia un edificio y se escondieron entre las sombras ocultos de la luz de las farolas.

—¿Dónde vive tu amigo?

—A dos calles de aquí. —Apoyó las manos en las rodillas para respirar hondo.

—¿Estás bien?

—Está claro que estoy baja de fondo para ser espía.

Él sonrió de medio lado. —Tranquila, que ya me tienes a mí. Ya sé lo que vamos a hacer.

Entrecerró los ojos y levantó la cara para mirarle. —¿El qué?

—Ya lo verás.

Ginger se incorporó. —Oye majo, antes vamos a hablar largo y tendido, ¿me oyes? Me lo vas a contar todo.

—Shusss… —La cogió del brazo pegándola a la pared. Una pareja pasó a unos metros y estaban tan distraídos discutiendo que ni los vieron. Entonces el coche negro pasó también y a Ginger se le pusieron los pelos de punta. —Sí, nena… ¿Creías que iban a dejar de buscar? Eres muy valiosa para ellos. —Sin soltar su brazo empezó a caminar. —Vamos, tenemos que escondernos cuanto antes. Y recemos porque no vayan a casa de tu amigo.

Siguiéndole se mordió el labio inferior porque podía estar poniéndoles en peligro, pero necesitaban cambiarse de ropa y un coche para largarse de allí. Joshua les ayudaría. —¿Tenemos otra opción? Así llamaremos la atención y mi amigo puede curarme la frente, uno de sus novios fue médico.

Incrédulo la vio pasar. —¿Y eso qué? ¿Acaso se le pegó algo de ese novio suyo?

Rio por lo bajo. —¿Acaso no se me ha pegado algo de ti?

—¡Tú y yo no somos novios!

—Ya, claro. ¿Quieres darte prisa?

Gruñendo la siguió y le escuchó decir en su mente —"Esta mujer está algo loca."

—Lo he oído. Y sí amigo, te ha tocado la loca. Mueve el culo y no me rechistes. —Algo le caía por el tabique nasal y se llevó la mano allí para ver la sangre. Afortunadamente no era mucha. —Estupendo, me has dejado hecha un cuadro.

—Nena, a ti no te importa la apariencia.

—Pero a ti sí.

—¿Ahora soy un superficial?

—Cariño, llevas un traje de diez mil dólares, no me digas que no eres superficial.

—Debo mantener una imagen en mi em… —Apretó los labios. —Aunque ahora ya no tengo nada.

—Vamos, tienes mucho que contarme. —Llegaron a la esquina y Ginger se detuvo mirando el edificio de ladrillo rojo.

—¿Es ese?

—Ahí tiene su taller y su casa. Necesitaba algo grande y después de su primera exposición compró ese edificio.

Duncan silbó. —Sí que da dinero hacer figuras de cristal.

Mira como su hermano le había hablado de Joshua. —Ni te lo imaginas. Le envió una de sus obras a una influencer amiga suya y la sacó en redes. Se ha hecho rico con su arte. —Sonrió orgullosa. —Y es feliz, que es lo que importa.

Pasó una familia ante ellos y Duncan cogió su mano para seguirles hasta llegar al paso de peatones. Allí había más gente y una chica que venía de frente miró a Ginger con el ceño fruncido. —Mierda, llamamos mucho la atención.

—Sí, nena. Sobre todo por la frente y porque no llevas sujetador. Esa camiseta está demasiado mojada.

Jadeó cubriéndose con los brazos, pero él agarró su mano para cruzar la calle. Al llegar al otro lado corrieron hasta el edificio, pero Ginger tiró de Duncan hasta la parte de atrás y entrar en el callejón. Aliviada se acercó al portón y pulsó el timbre. —Por aquí entran las camionetas para el transporte, por eso puso timbre. Nos oirá igual y no estaremos tan expuestos.

—¿Sí? —escucharon a través del micro.

—Joshua, ¿estás solo?

—¿Ginger?

—Sí, soy yo, ¿estás solo?

Tardó unos segundos en contestar —Dame dos minutos.

Miró a Duncan a los ojos. —Se deshará de él.

—Le has hablado de mí, ¿verdad?

Gimió por dentro y él la fulminó con la mirada. —Nena…

—Es mi mejor amigo y es un tío legal, al contrario de tus socios.

—¿Es que estás loca? No puedes ir por ahí contando a qué me dedico.

—Oye, tú vas por ahí diciendo a qué me dedico yo. Eres tú quien me has metido en este lío, así que menos protestas.

—Había conseguido apartarte.

—Menuda mentira, me estaban siguiendo.

—Te hubieran dejado en paz en unas semanas, pero tuviste que acercarte a ellos.

—Cielo, sabes perfectamente que mi destino estaba sellado en cuanto te di esa clave. ¡No me toques la moral con el tema, que la tenemos!

El sonido del timbre hizo que empujara la puerta que tenía el portón y esta se abrió hacia adentro. —Vamos. —Duncan la siguió para ver el enorme garaje de su amigo. En él había dos motos de

gran cilindrada y dos coches. Una pick-up negra y un Porche rojo. —¿Impresionado?

—Bastante, la verdad.

—Pues ya verás su casa.

Una puerta se abrió al fondo del garaje y su amigo salió únicamente vestido en vaqueros para mirarla pasmado. —¿Qué coño te ha pasado?

—Un accidente en el puente. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla, pero él la cogió por los mofletes para mirar su frente. —¿Tiene mala pinta?

—Hostia. Necesitas al menos dos puntos.

—Arréglalo, ¿quieres?

Su amigo asintió antes de mirar a Duncan y entrecerrar los ojos. Ginger lo vio clarísimo antes de mirar a su chico, fue odio a primera vista por ambas partes. —¡Eh! —Ambos la miraron. —Ni se os ocurra llevaros mal, ¿me oís?

—¿Este es el tipo ese del que me hablaste?

Bufó yendo hacia las escaleras y empezó a subir mientras Joshua la seguía. —¿No me contestas?

—Sí, es él.

—¿Y estás así? No ha sabido protegerte.

—Está viva porque la he protegido —dijo Duncan tras él.

—No me hagas reír, tú la has metido en este lío.

—Eso no puedo negarlo.

—¡Cómo para que lo negaras, es evidente!

Ginger siguió subiendo hasta el tercer piso.

—¿No piensas decir nada? —preguntó Joshua indignado—. ¡Tienes que dejar a este tío! ¡Mírate!

—A eso voy, a mirarme.

Entró en el salón y fue directamente al enorme espejo que tenía al lado de la puerta. Jadeó mirándose la frente. Menudo tajo. Joshua la cogió por la cintura antes de que se desmayara de la impresión. —Tranquila cielo, conseguiré que te lo arreglen y que no se note nada.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿De veras?

—Llamaré a Luke, no hará preguntas. —Hizo una mueca. —Jamás me preguntaba nada, no va a empezar ahora.

Duncan dio un paso al frente. —Insistirá en que vaya al hospital. Lo haré yo, ¿tienes hilo y aguja?

—¡Y una mierda! —gritó Joshua después de tumbarla en el sofá—. ¡No pienso dejar que le dejes una cicatriz horrible de por vida! ¡Ni yo me atrevo a tocarla! Luke es cirujano plástico y puede arreglarlo sin que se note demasiado.

—¡No podemos dejar que nadie entre aquí! ¿No te das cuenta de que todos estamos en peligro?

—¿Sabes de lo que me doy cuenta? De que eres tú quien nos ha puesto en peligro, de eso me doy cuenta. ¡Pero también me doy cuenta de otra cosa, que como mi Ginger salga de esta, tendrá la boda de su hermana y no querrá verse en las fotos con una cicatriz horrible en la frente!

—Uy, no —dijo ella horrorizada—. Mi madre me mata.

—Nena… —Ambos le fulminaron con la mirada y este levantó los brazos en son de paz. —Perfecto. Esta mierda es perfecta para que nos peguen un tiro a todos.

—Tú no conoces a mi madre. —Soltó una risita. —Pero le vas a encantar.

—¡Eso será si puedo llegar a conocerla!

—¿Ves Joshua? Ya va entrando por el aro.

Su amigo gruñó cogiendo el teléfono móvil y se lo puso al oído. —Cielo, necesito tu ayuda —dijo muy cabreado—. ¡Pues dile que tienes que irte por una urgencia o yo qué sé! Tienes que venir a mi casa cuanto antes. Tráete el maletín. No preguntes, hazlo. —Colgó molesto. —Jamás me ha preguntado nada y ahora quiere respuestas.

—Cariño, no te preguntaba nada porque ya se lo contabas tú sin tener que preguntarlo. Luke me caía bien. —Alargó la mano y Joshua se la cogió de inmediato sentándose a su lado. —Es un buen tipo.

—Está con otro.

—Tú también estabas con otro cuando llegamos.

—Fue él quien quiso cortar.

—Porque le echaste de casa en uno de tus arrebatos.

—Soy artista, tenemos arrebatos.

Duncan puso los ojos en blanco. —Oye, ¿puedo ducharme y cambiarme de ropa?

Le miró con rencor antes de indicar con la cabeza donde estaban las habitaciones.

—Gracias —dijo con ironía.

Cuando Duncan desapareció los amigos se miraron a los ojos. —No me gusta —dijo Joshua.

—No hace falta que lo jures, se nota a la legua.

—No te cuida, no te merece.

—Si no fuera por él, estaría muerta. —Joshua apretó los labios. —Estamos conectados. Me escucha. En su mente y en la mía, ¿entiendes?

Asombrado negó con la cabeza. —Eso es imposible.

Sonrió radiante. —Es él. Podemos hablar de lo que pienso sin que lo sepa nadie.

—No jodas.

—Nunca creí que llegáramos a tanto, pero es así. Y el muy cabrito es capaz de cerrar su mente cuando quiere. —Frunció el ceño. —Tengo que aprender cómo lo hace para evitarle porque eso me deja en desventaja.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Acabáis de demostrar…

—Que podemos comunicarnos sin hablar.

—Te darían el Nobel si te interesara esa mierda.

Soltó una risita. —Sí. —Pensándolo bien hizo una mueca. —Aunque jamás lo permitirán, ahora que el gobierno sabe lo que hago mira lo que ha pasado como para que se enteren de esto. —Sus ojos brillaron mirando la puerta abierta de la habitación donde estaba Duncan. —Nos utilizarían en sus misiones.

—Ni se te ocurra. Acabas de salvar el pellejo.

—Ya estoy dentro, es inevitable. Por otro lado, acabo de descubrir a un espía doble, ya se han dado cuenta de que soy imprescindible en su equipo.

Duncan salió con unos vaqueros y un polo negro. Vestido de sport también estaba guapísimo. —Gracias por la ropa, tío.

—De nada. Al parecer tenemos la misma talla.

Duncan se acercó y le puso a Ginger una toalla en la frente. —Gracias, cielo. Tienes que llamar a Edward. ¿No deberías ponerle a salvo?

—¿Y tu familia? Williams…

Palideció. —¿Crees que están en peligro?

—No me fío de Williams, está acorralado, hará lo que sea.

—Dame el teléfono.

Joshua se lo entregó a toda prisa y Ginger se sentó para marcar. Se mordió el labio inferior poniéndoselo al oído cuando su hermana contestó —No te vas a creer esto Joshua, ahora mamá quiere que los cubre-sillas sean dorados. ¡Eso me cambia toda la decoración!

—Liza…

Su hermana se detuvo en seco. —¿Qué pasa?

—Esto va muy en serio. Mucho. Pon las noticias. —Escuchó como su hermana se movía por la habitación. También escuchó el sonido de las noticias. —Un coche ha caído desde el puente de Brooklyn, yo iba en él.

—¿Pero qué dices? —preguntó su hermana asustada.

—Coge a tu novio y vuestro coche, id a por papá y mamá, quiero que os alejéis de la ciudad. No digáis a nadie a donde vais. No os llevéis los móviles y cambiar el coche en cuanto podáis. Robar uno si es necesario, pero deshaceros de él en cuanto salgáis de la ciudad.

—Ginger, ¿pero qué pasa?

—El gobierno se ha enterado de mi estudio. —Escuchó como se le cortaba el aliento. —Y he descubierto algo que se supone que

no debía saber. Estamos todos en peligro porque intentarán utilizaros para atraparme, largaos cagando leches.

—¡Y a dónde vamos!

Intentó pensar rápidamente. —No digas el sitio. ¿Te acuerdas de nuestras vacaciones cuando teníamos siete años? ¿Dónde nos llevó papá?

—Sí, sí.

—Ve ahí. ¿Yo iré a buscaros cuando todo esto haya pasado?

—¿Y cómo sabremos que estás bien?

Miró a Duncan a los ojos. —Un anuncio en el periódico.

—Buena idea, cielo. Liza pondré un anuncio en el periódico local.

—¿Y cómo sabré que es tuyo?

—Lo sabrás, te aseguro que lo sabrás. Pondré uno a la semana hasta que vaya a buscaros. Aunque no creo que esto se dilate en el tiempo. No os preocupéis, ¿me oyes? Estoy bien, pero necesito que os pongáis a salvo cuanto antes.

—De acuerdo, salimos de inmediato.

Emocionada susurró —Te quiero.

Liza sollozó. —Y yo a ti. Cuídate mucho, por favor.

—Lo haré.

Colgó y le entregó el teléfono a Duncan que de inmediato llamó a su hermano. Se pasó la mano por su húmedo cabello. —¿Edward? Escúchame bien, ¿recuerdas aquella vez que hablamos y que te dije que no hicieras preguntas que…? —Suspiró del alivio. —Exacto, ha llegado el momento. Haz lo que hablamos. —Colgó el teléfono y al volverse vio su cara de asombro. —Nena, en algún momento podía pasar, ya tenía un plan con mi hermano.

—¿Y se supone que no sabe nada? ¡Me has mentido!

—No sabe lo que ocurre exactamente, pero lo de las armas le tenía con la mosca tras la oreja. Una vez fue a llevarme a una pista privada de vuelo y al subir el cargamento una de las cajas se rompió dejando a la vista varias MG5.

—¿Y eso qué coño es? —preguntó Joshua cada vez más alterado.

—Ametralladoras.

Ginger dejó caer la mandíbula del asombro. —¡Tu hermano cree que eres un traficante de armas!

—Bueno, algo tenía que decirle.

—¡Increíble!

—¿Alguien puede decirme a mí qué coño pasa aquí? —Joshua dio un paso hacia Duncan.

—Eso me gustaría saber a mí. —Ginger miró a Duncan a los ojos. —Cielo, desde que salimos del agua no dejas que te lea la mente y quiero saberlo todo. —Él iba a decir algo. —Ni de coña, abre tu mente para que lo descubra yo. No pienso dejar que me mientas.

—Nena…

—A mí ese tonito no. Abre tu mente Duncan.

—No puedo hacer eso —siseó—. Hay cosas que jamás debe saber nadie.

—¿Seguridad nacional? ¿Alguna misión que debe ir contigo a la tumba?

—Exacto.

Joshua dio un paso atrás. —Hostia, eres de la CIA.

—Joder, nena… Esto ya lo sabe mucha gente.

—¡No les hemos contado nada!

—¡Pero mis jefes no lo saben!

—¡Pues si me van a matar igual, quiero saberlo todo! —gritó Joshua—. ¿Por qué me estoy jugando el pellejo?

Ginger empezó a contar lo que había pasado esa tarde.

—¡Nena, no!

—Tiene que saberlo. —Siguió contándole lo que ocurrió cuando les llevó los cafés a los agentes. Fue muy detallada porque le interesaba su punto de vista. A veces Joshua veía cosas que los demás no veían.

Cuando terminó su amigo fulminó a Duncan con la mirada. —Así que ese tío ahora intenta mataros para que no le descubráis. Mató al chino para que no le delatara, pero antes de que muriera mi amiga entró en su mente para sacar información dejándole con el culo al aire.

—Era coreano, pero lo demás lo has pillado todo.

—¡Pues llama a tu jefe, coño! ¡Él os pondrá a salvo!

—No es tan sencillo, ¿verdad cielo? —preguntó ella con ironía.

—Nena…

—Aquí mi novio me oculta algo, por eso ha cerrado su mente para que no lo descubra.

—¡Oye mamón, que aquí nos jugamos todos el cuello! ¡Dinos la verdad!

—Haré lo que sea por proteger a mi país —dijo helándoles la sangre.

Sobre todo a ella que no se lo esperaba. —¿Incluso a costa de mi vida?

—Incluso a costa de la mía.

Sintiendo un nudo en la garganta susurró —Entiendo. —Se levantó lentamente. —Creo que voy a ducharme antes de que llegue Luke. Después no podría lavarme el cabello.

—¿Te acompaño? —preguntó Joshua.

—¡Oye tío, si alguien va a acompañarla ese seré yo!

—No os necesito a ninguno, ¿vale? —Se alejó pensando que empezaba a dolerle la cabeza, necesitaba un analgésico.

—¿Tienes algo para el dolor de cabeza de Ginger? —preguntó Duncan.

—Esperemos a que llegue Luke. Igual es algo del golpe y nos indica otra cosa.

—Nena, ¿puedes esperar un poco?

—Sí —dijo antes de cerrar la puerta de su habitación. Se llevó las manos a la cabeza sintiéndose acorralada porque él escuchaba algunas cosas de su pensamiento cuando Duncan no le contaba

nada. Ginger cálmate. Piensa en cosas sin importancia. Entró en el baño y apartó la mampara para abrir el grifo del agua. Se volvió para quitarse la ropa y entonces se dio cuenta. No es que Duncan bloqueara su mente, es que ponía una barrera en medio que la distraía. Como esa mampara, una barrera entre los dos. Duncan había aprendido a abrir ese acceso cuando le convenía para comunicarse con ella y ella tan acostumbrada a salir de su mente siempre dejaba la puerta abierta. Era ella la que tenía el problema, estaba tan habituada a salir, que su mente había derribado la barrera que todo el mundo tenía. Debía aprender a levantar ese muro de nuevo. Entonces recordó cuando él le dijo que también chillaba en su mente y lo mucho que le molestaba. Sonrió maliciosa, ya sabía lo que tenía que hacer.

# Capítulo 6

Salió de la habitación con un pantalón corto y una camiseta de deporte. Duncan entrecerró los ojos. —¿Esa ropa es tuya?

—Sí. —Se dejó caer en el sofá mientras se cepillaba el cabello. —A veces duermo aquí.

—¿Ocurre algo? —preguntó Joshua con pitorreo.

—¿Y por qué duermes aquí sí puede saberse? ¿Y por qué coño piensas en los Beatles? ¡Odio esa canción!

Sonrió radiante porque estaba funcionando. —¿Te molesta?

—Sí, bastante.

—Pues deja de entrar en mi mente sin permiso.

La miró con desconfianza. —¿Qué estás tramando?

—¿Yo? ¡Solo quiero intimidad!

—¡Habló la que entra en mentes ajenas!

—¡Con su permiso, majo!

—Nena… Deja de cantar, me vas a volver loco.

—Desconecta.

—¿Cómo?

Parpadeó. —¿No sabes hacerlo?

—Desde que te he visto esta tarde no puedo desconectar cuando estás cerca.

—Leche. —Miró a su amigo. —Alguna sugerencia.

—¿Yo? —preguntó pasmado—. Tú eres el genio, como no se te ocurra a ti.

Bufó.

—Nena, pasa del submarino amarillo, ¿quieres? —Le miró horrorizado. —¿Una nana?

Para su asombro vio que se tambaleaba. —¿Cielo?

—Nena, deja de… —Cayó redondo sobre la alfombra y Ginger gritó acercándose a él. —¿Cielo?

—Hostia, ¿qué has hecho?

—¡No lo sé! —Se arrodilló a su lado y le iba a dar palmaditas en la mejilla cuando se dio cuenta. —¿Cielo? —Entonces se le cortó

el aliento. —Se ha dormido. Está dormido.

Su amigo se dejó caer en el sofá de la impresión. —Hostia, ¿así sin más?

—En su niñez su madre debía dormirle así y el cerebro se ha puesto en modo pausa. Está tan relajado que puedo entrar. —Cerró los ojos y cientos de imágenes aparecieron en su mente. Entonces vio ante ella a su socio sonriendo con ironía al ver su reloj.

—"Lo sabes, ¿no?"

—"No sé de qué me hablas" —dijo Duncan sintiendo la rabia en su interior.

—"No pierdas el objetivo de vista, amigo. Puedes perder la vida."

—"¿Qué te propones?"

—"Órdenes de arriba. No era buena para ti, te estaba desviando de tu camino. Ahora está solucionado."

—"¿Seguro que está solucionado?"

—"Totalmente." —Escuchó como la mente de Duncan decía que eso estaba por ver. Llegaron a ella sus ganas de vengarse de él, de su esposa por serle infiel. Sus pensamientos de que aquello no iba a quedar así. Le vio ante su hermano discutiendo sobre el

divorcio y como él dijo que le diera lo que quisiera para apartarla de su vida. Se le cortó el aliento, quería protegerla. Quería proteger a esa zorra porque había sido engañada. La vio ante él sonriendo, con su espesa melena rubia y esos bonitos ojos azules. Su sonrisa de satisfacción al decirle que le daba la casa de los Hamptons o diría que se le iba la mano. Es más, diría que había perdido los nervios y que podía llegar en sus acusaciones a mucho más. —"La prensa estaría encantada con una violación, ¿no crees?"

—"Elisabeth, ¿estás segura de esto?"

—"Muy segura. Tengo muchos planes y esa casa debe ser mía. ¿Sí o no?"

—"¿No me das tiempo para pensarlo?"

Ella se levantó mostrando un bonito vestido azul. —"Claro que sí. Tienes hasta el lunes." —Fue hasta la puerta de su despacho y antes de salir le miró a los ojos. —"Dame lo que quiero o acabaré contigo."

—"Preciosa, antes de que acabes conmigo hay muchas otras opciones."

—"En este caso no, querido, en este caso mandaré yo." —Salió de allí con aires de superioridad y sintió que la rabia de Duncan

aumentaba por momentos. Hasta pensó en matarla, pero el amor que sentía por ella era mucho más fuerte que su odio. Imágenes con ella cuando la conoció, como se enamoraron y como él le ocultaba su verdadera vida dejándola a un lado para no dañarla. No solo vio su historia, sino que sintió su amor y fue doloroso, para qué negarlo. Entonces se vio caminando por un pasillo y entró en una habitación. Su mujer hizo un gesto hacia el pantalón que estaba en el suelo mientras se escuchaba el sonido del agua de la ducha al otro lado de la puerta. Fue hasta allí y se agachó para cogerlo. Miró a toda prisa los mensajes del móvil. "23:58. Puerto, dársena 14." En otra imagen estaba sentado en su coche y observaba como cargaban el barco. Entrecerró los ojos al ver a su socio hablando con uno de los obreros y vio cómo iba hacia su coche gritando que se dieran prisa. Duncan se puso el teléfono al oído. —"¿Has conseguido la clave?"

—"No" —contestó su mujer—. "No la llevaba encima y en sus dispositivos no está."

—"Me encargaré yo."

—"Ten cuidado, creo que empieza a sospechar."

—"Tranquila, todo va bien."

Entonces se vio a sí misma cuando abría la puerta y como al darse la vuelta con la lata de refresco en la mano le miraba pasmada. Asombrada miró a Joshua. —Todo es mentira.

—¿Qué quieres decir?

—Todo fue una prueba. Una prueba para saber si podía conseguir una clave. —Se levantó. —Claro que su hermano sabe lo que ocurre, forma parte de la organización. Hasta su exmujer está implicada. Todo ha sido una mentira para descubrir a su socio que quiere deshacerse de él, quiere quedarse con todo, con su negocio y ser el jefe de su equipo.

—¿Y por qué ese otro no le ha matado y ya está? Los de la CIA no se andan con chiquitas.

—Porque Duncan es muy valioso para los de arriba. Sospecharían de Henry, ¿no te das cuenta? Tiene que esperar a que en una misión esté en peligro y actuar.

—¿Cómo ahora?

—Exacto, como ahora. Hemos descubierto a un espía doble que va en nuestra busca, seguro que Henry ya se ha enterado de que ha ocurrido algo, aunque no sepa el qué. Allí había cámaras de seguridad, había micros, nos observaban a través del espejo. Saben

que descubrí que el coreano estaba muerto y que Duncan me sacó de allí a toda prisa. No sé lo que saben los de arriba, pero seguro que saben que Williams nos siguió y quiso matarnos. No sé qué historia les habrá contado, seguramente que somos traidores o algo así. Si le han creído, este es el momento en que Henry debe actuar para quedarse con todo.

—¿Crees que se acostó con su esposa por información?

—Creo que la engatusó haciendo que rompiera su matrimonio simplemente por celos a Duncan. Una manera muy masculina de demostrar superioridad, ¿no? Te he quitado a tu esposa, jódete.

—Muy primitivo.

—Y que lo digas.

Joshua entrecerró los ojos. —Pero ella ayudaba a su marido.

—Duncan debió hacerle ver que la estaba utilizando. Estaba furioso con ella, pero no tanto como para matarla, decidió utilizarla para averiguar qué se proponía Henry.

—¿Así que estaba lo suficientemente furioso como para dejar que la matara otro si la descubría?

—No lo sé, eso no lo he visto.

—Amiga esto no me gusta nada. No puedes fiarte de él.

Apretó los labios. —Me he dado cuenta de ello en cuanto dijo que nuestro país era lo más importante, mucho más que mi vida.

—¿Y qué vas a hacer?

—Demostrarle que sí soy importante para él, que lo que tenemos no se parece en nada a lo que tenía con esa zorra y que nada debe ser más importante que nosotros.

Le tiró el vaso de agua a la cara y Duncan se despertó sobresaltado mirándola sorprendido. —¿Ginger?

—Cielo, te has quedado dormido.

—¿Qué?

Se llevó la mano a la nuca y ella hizo una mueca. —Sí, te has pegado un coscorrón.

De repente se tensó. —Nena… ¿Me has hipnotizado?

—¿Yo? —preguntó con cara de inocencia.

—No te oigo.

—¿Estás sordo?

Se levantó de golpe. —Conmigo no juegues.

—Como has hecho tú conmigo desde que nos conocemos, ¿eso quieres decir?

—Has entrado en mi mente.

—Tranquilo, solo he ido a ver lo que me interesa, que ya es bastante. —Le fulminó con la mirada. —Me has mentido.

—Pensaba contártelo.

—¿De veras? —preguntó con ironía. —¿Qué pensabas contarme exactamente? ¿Que estás aún en contacto con tu mujer y que es tu cómplice? ¿O que me engañaste para sacarle esa clave que buscas de tu socio? ¿O debo llamarlo compañero de hazañas?

Escucharon el timbre de la puerta. —Hablaremos de esto después —siseó furioso mientras Joshua iba a abrir.

—Claro que hablaremos largo y tendido, te lo aseguro. Porque ya no puedes mentirme.

Él apretó los labios cogiendo la toalla. —Nena, sangras de nuevo.

Juró por lo bajo arrebatándole la toalla. —Te juro por lo más sagrado para mí, que como hayas puesto en peligro a mi familia para quedarte con esa, te voy a destripar.

—¿Celosa?

—Imbécil.

—Casi prefería escuchar a los Beatles.

—Te la pondré en tu funeral, capullo.

—Nena, básicamente es lo mismo de antes.

—¡No, porque antes tu mujer era una zorra manipuladora!

—Sigue siendo una zorra manipuladora. Se ha dado cuenta de que la han utilizado y quiere volver conmigo.

—Ah, qué bonito. ¿Y tú qué piensas hacer?

La miró furioso. —¿Tú qué crees?

—No sé, como cambias de opinión a cada segundo que pasa…

Él iba a decir algo, pero un tipo entró en la casa. —Joder, lo que me ha costado cruzar el puente. He tenido que decir que venía a una emergencia médica, lo han cortado.

—¿De veras? —preguntó Joshua.

—¿No os habéis enterado? Ha caído un coche… —Al mirar la brecha de Ginger, su pelo mojado y el morado en su brazo se detuvo en seco. —Hostia, ¿has sido tú?

—Digamos que ha sido un accidente. Este es Duncan. Duncan, Luke.

—¿Puedes curarla, por favor? No deja de sangrar cada poco.

—Voy a llamar a una ambulancia.

—¡No! —dijeron los tres a la vez deteniéndole en seco—. Mejor no llames —dijo Joshua.

—¿Qué está pasando aquí? ¡Hay un montón de buzos buscándoles!

Duncan entrecerró los ojos. —¿Cómo lo sabes?

—Al ver el accidente puse la radio. No dejan de decirlo.

A toda prisa Duncan puso la televisión y en el canal de noticias allí estaba el puente. Lleno de policías, bomberos y efectivamente en el agua había varias zodiacs.

—Dios mío —dijo ella.

Las imágenes del puente mostraron a varios tipos vestidos de traje hablando entre ellos. Duncan señaló a uno. Williams. —A saber lo que les está contando. —Duncan se incorporó. —Cúrala, ya. Tenemos que irnos.

A toda prisa Luke fue hasta el sofá. —Siéntate.

Lo hizo y miró a Joshua a la cara. —¿No piensa preguntar nada?

—Te lo dije.

—Cuanto menos sepa mejor. Esos tipos de traje no me han gustado nada. —Se agachó ante ella. —Y tu novio tampoco me gusta.

—Sí, no le cae bien a nadie.

—Esto va a escocer. —Le pasó la gasa por la herida, pero tan ensimismada estaba mirando la televisión que casi ni lo sintió.

Luke sacó una jeringuilla y Duncan dio un paso hacia él. —¿Qué es eso?

—Es para adormecer la zona.

—Ni hablar.

Ginger le miró con horror. —¡Ni de coña me va a poner puntos sin eso!

—Nena, no me fío de nadie, ¿está claro? ¡No voy a dejar que te inyecte nada! ¡Mira lo que le pasó al coreano!

—¡Es Luke!

—¡Cómo si es mi padre! ¡A pelo o te los pongo yo, tú decides!

—Puto paranoico —dijo Joshua—. ¡Luke nunca le haría daño!

—Mira tío, me importa una mierda lo que creas, a Ginger nadie le va a inyectar nada, ¿entendido?

—Tranquilos, tengo un spray que le adormecerá la zona.

Ella suspiró del alivio. —Gracias Luke.

Forzó una sonrisa. Duncan miró de nuevo hacia la televisión y en ese momento llegaba un coche al puente. De él se bajó un hombre de unos sesenta años y cabello canoso que corrió hacia el borde para mirar el agua. —¿Quién es? —preguntó ella.

—Mi jefe.

—¿Confías en él?

—En este momento no me fío de nadie. —Miró hacia Luke que estaba palpándole la zona para comprobar si le sentía. Como ella no dijo nada empezó a coser. —¿Cuántos le vas a poner?

—Tres, pero casi no se notarán. Este hilo se reabsorbe solo. En cuanto se cure se caerán los puntos. —La miró a los ojos. —Debes limpiar la zona cada día, ¿me has entendido?

—Sí.

—Te daré un antibiótico. Una pastilla cada doce horas. —Cortó el hilo y asintió. —Muy bien. —Pasó la gasa sobre la herida. —¿Te duele la cabeza?

—Un poco. Pero creo que no es del golpe.

—¿Y de qué es?

—Mejor no preguntes.

Luke suspiró cogiendo un apósito. Lo midió con su cicatriz y lo cortó antes de colocárselo en la frente. —Aguanta.

—¿Tengo que ir con esto? Se notará mucho.

—Al menos durante unos días. No quiero que esa herida tenga contacto con nada.

Duncan suspiró. —Ginger no pasa nada.

—¡Claro que pasa, así llamaré más la atención!

—No vas a salir de casa, así que no hay problema.

—¿Que no qué?

—Te voy a esconder.

—¿Dónde?

—Evidentemente no lo voy a decir aquí.

—Tío, estás empezando a tocarme las pelotas —dijo Joshua —. ¡Es de ti de quien no se debe fiar!

Le miró fríamente. —Te aseguro que en este momento no hay persona en el mundo que pueda protegerla mejor que yo.

—¡Hasta que consigas lo que quieres!

Se pusieron a discutir y Luke dijo por lo bajo casi sin mover los labios —Cuando cruzaba el puente me detuvieron al lado de esos

hombres y un policía me hizo bajar la ventanilla para verificar mi identidad. Les oí decir que debían encontrar a la mujer cuanto antes, que no podían perderte. Te quieren a ti. Él no les importa nada. Solo hablaron de la mujer.

—Gracias Luke —dijo en alto como si nada deteniendo su discusión—. Las pastillas…

—Oh, sí. —Le entregó un bote. —Creo que tienes para una semana. Será suficiente.

—Gracias. —Se levantó y miró a Duncan. —¿Nos vamos?

Joshua le rogó con la mirada. —Ginger… No te vayas con él.

—No me queda más remedio. —Se acercó y le besó en la mejilla para susurrar —Vete al lago. —Se apartó para mirarle a los ojos y este asintió. Ginger sonrió. —Te quiero.

Joshua la abrazó a él con fuerza como si no quisiera dejarla ir y Ginger se emocionó. —No me va a pasar nada.

—Si me necesitas…

—Lo sé. —Le besó en la mejilla de nuevo antes de apartarse. —Debemos irnos, ¿nos dejas la camioneta?

—Ya sabes dónde están las llaves.

—Gracias.

Duncan abrió la puerta advirtiéndoles. —No nos habéis visto, quemad nuestra ropa, limpiad la casa, nunca hemos estado aquí.

—Entendido.

—Gracias —dijo antes de seguirla escaleras abajo.

Joshua miró a Luke que sentado en el sofá esperaba. —Cielo, es momento de que te tomes unas vacaciones.

Él mirando hacia la puerta vio como Joshua se acercaba allí y miraba hacia las escaleras, así que dijo bien alto —¡Tengo pacientes!

—¡Pues tendrán que esperar!

—¿Me vas a explicar qué está pasando? He intentado retenerme, pero me mata la curiosidad.

Sonrió de oreja a oreja. —Al fin haces una pregunta.

—Muy gracioso.

# Capítulo 7

Sentada a su lado le miró de reojo mientras cruzaban el puente de Williamsburg hacia Manhattan. —¿Qué vas a hacer?

—Vamos, vamos a hacer.

—¿Qué vamos a hacer?

—Mi hermano ya está en ello. En cuanto le llamé se puso en acción.

—Es increíble todo lo que me has mentido.

—Nena, estaba en una misión.

—El encuentro con tu hermano no fue casualidad, ¿no es cierto?

—¿En serio crees que dejaría algo así al azar?

—¡Es evidente que no! Y caí en la trampa como una pringada.

—Cuando Edward se dio cuenta de que lo que se decía de ti era cierto, me llamó. Tú podías conseguir la clave, tú podías ayudarme. Pero antes tenía que corroborarlo.

—Sacando de tu mente la clave que tenías preparada. La de las cámaras de tu casa que tú nunca habrías olvidado.

—Exacto. No olvido nada, me han entrenado para ello.

—¡Quiero saberlo todo!

—¿Todo? ¡Pues es simple, no voy a dejar que me roben todo aquello por lo que he luchado tanto!

Se le cortó el aliento. —Iban a eliminarte.

—Mi jefe sacó tajada en uno de los cargamentos sin que lo supieran los de arriba. Lo descubrí, pero me callé porque sabía lo que pasaría.

—¿Y qué pasaría? ¡No te calles ahora!

Él apretó el volante con fuerza. —¡Con la ayuda de mi socio yo sería el culpable, así que cerré la boca! Pero de alguna manera creen que lo sé todo y quisieron descubrir si tenía pruebas.

—Así que utilizaron a tu mujer.

—Querían averiguar hasta donde sabía ella, pero jamás le dije nada de mi otra vida. Una noche pilló a Henry registrando el

despacho de mi casa. Simuló que le creía cuando dijo que buscaba algo de la empresa, pero en cuanto se fue de su casa me llamó de inmediato porque había conseguido abrir la caja fuerte y eso la asustó.

—¿Qué le contaste?

—Que quería quedarse con el negocio.

—Y temió por su pensión, ¿no es cierto? Por eso se ofreció a ayudarte.

La fulminó con la mirada. —Sí.

—Menuda joyita con la que te casaste. ¿Qué más?

—Necesito la clave de acceso al ordenador de Henry. Estoy seguro de que allí lo guarda todo. Cuando consiga las pruebas se las enviaré a un contacto que tengo en la Casa Blanca. Uno de mis contactos ha intentado entrar en su base de datos, pero está tan encriptada que es imposible sin esa clave.

—Por eso me necesitas a mí. ¿Y Edward?

—Es un agente como yo.

—¿Cómo os reclutaron?

—Mi padre fue agente.

—Así que se lleva en la sangre.

—Muy graciosa. Mientras estudiaba me llamaron para hacer de gancho en una misión. Lo hice encantado y les gusté. Al terminar mis estudios ya hacía misiones habitualmente. Pasé un verano de entrenamiento mientras mis amigos pensaban que estaba de viaje por Europa. Cuando inicié la empresa ya era parte de la CIA.

—Ellos te financiaron tu tapadera.

—He trabajado como un cabrón, te lo aseguro.

—No lo dudo. ¿Y Jerry Williams?

—Es un gilipollas que siempre ha estado a mi sombra. Otro trepa como Henry, pero mucho más estúpido.

—¿Sabías que os traicionaba?

—¿Dos años con una misión? Sabía que teníamos un topo, y los de arriba también. Siempre imaginé que era él. Pero tú lo has dejado al descubierto con lo de esta tarde.

—Ahora dirá que el traidor eres tú y que con mi ayuda has querido echarle las culpas a él.

—Seguramente, pero no me preocupa tanto como Henry.

—¿Qué función tenía Henry en tu empresa?

—Cuando la fundé Henry fue una obligación que me impusieron. No podría estar en las misiones, enviando armas y

mantener mi tapadera, le necesitaba como necesitaba a Williams al otro lado.

—Entiendo. Son como tus ayudantes.

—Exacto. Si tenía que estar en una reunión en Arabia Saudí, Henry me cubría en la empresa y cuando tenía que estar en una reunión con un proveedor en Manhattan, Williams controlaba a nuestros enemigos. Eran mis ojos y oídos cuando yo no estaba. Pero en algún momento ambos han pasado por encima de mí —dijo furioso.

Le miró incrédula. —Cielo, ¿no me digas que todavía no te has dado cuenta? —Su rostro mostraba que no entendía ni una palabra. —¡Son cómplices! ¡Ambos querían deshacerse de ti con el consentimiento de tu jefe!

—Nena, eso no puede ser.

—¿Que te pase todo esto no es una casualidad enorme? ¿De repente todos se ponen en tu contra? Tu jefe cogió el dinero de ese cargamento con el consentimiento de Henry y Williams, que seguro que también han sacado tajada. ¡Se han dado cuenta del negocio y tú estorbas! ¡Los tres están intentando cubrirse las espaldas

quitándote del medio y van a utilizar lo del coreano ese para cargar a toda la CIA contra ti!

—Y contra ti nena. Joder, no tendría que haberte metido en esto.

—¿Por qué me dejaste tirada cuando ibas a llevarme a la ópera? Si querías la clave tendrías que haber mantenido el contacto.

—Me di cuenta de que nos seguían.

—Y decidiste dejarme en casa de nuevo.

—Pero ya te estaban investigando.

—Y pusieron un equipo tras de mí.

—Mi jefe quería saber qué relación teníamos.

—Y la descubrió con las sesiones a mis pacientes, con las cámaras en mi casa.

—Demasiado bueno para ser verdad. En cuanto te vi en la base supe lo que se proponía.

—Averiguar lo de Corea del Norte, era un tanto que no iba a dejar pasar, pero se ha dado cuenta de que ha metido la pata. Al meterme en esto les he dejado con el culo al aire, porque al mencionar al Abdala ese podía descubrir a Williams y todo lo demás vendría rodado.

La miró de reojo. —Te has convertido en un arma de doble filo. Puedes averiguar cosas que seguro que muchos intentarían ocultar a toda costa. Estoy seguro que ahora mismo no saben qué hacer contigo.

Palideció. —¿Qué quieres decir?

—El peligro que conllevas a este gobierno, a cualquier gobierno no es algo que vayan a pasar por alto. Si cayeras en manos del enemigo, los Estados Unidos no tendrían nada que hacer. Eres peligrosa para ambos bandos.

—Nuestro gobierno mantendrá el secreto. No querrán que se sepa lo que puedo hacer. Lo que puedo llegar a saber.

—Si el secreto estuviera en manos de agentes de fiar no te negaría que tienes razón, pero sabiendo quien tiene la información y los criminales con los que tratan…

—Crees que ya lo saben, ¿no es cierto? —dijo sin aliento—. Crees que esto ya se ha convertido en una cacería.

—Es una posibilidad.

—En ese puente había muchos agentes, mucha gente sabía que… —Se le cortó el aliento. —Dios mío, les hemos facilitado el trabajo, ¿no es cierto? Van a decir que he muerto.

—No hasta que te hayan cogido. No dirán nada de tu paradero hasta que te hayan cogido para que no des sorpresas apareciendo en un video o en las imágenes de una cámara de vigilancia. Incluso puede que te viera alguno de tus pacientes por la calle. No, querrán asegurarse de que ya estás en sus manos antes de comunicar tu fallecimiento. Tranquila, voy a impedir que lo hagan.

—¿A dónde vamos? —preguntó empezando a agobiarse.

Él cogió su mano. —Nena, tranquila, no pasará nada. Te sacaré del país si hace falta, pero prométeme una cosa.

—¿El qué?

—Nunca confíes en nadie, solo en Edward y en mí, ¿me has entendido?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Jamás podré volver a mi consulta, ¿no es cierto?

—Haré lo posible y lo imposible para que vuelvas, te lo prometo. —En ese momento soltó su mano y giró el volante para entrar en un callejón. Un portón se abrió. —Edward nos está esperando. —Metió la camioneta y en cuanto se cerró el portón se encendió una luz mostrando a Edward y a Priscilla con el arma en la

mano. Asustada porque esa mujer estuviera allí, agarró del brazo a Duncan cuando iba a salir. —Es de las nuestras, nena. Ella me avisó del tráfico de armas.

—¿Estás seguro? Eres el primero que dice que no hay que fiarse.

—Hazme caso, sal del coche.

Soltó su brazo porque no le quedó más remedio, la verdad, pero sintió como abría su mente para hablar con ella cuando fuera necesario. Ella hizo lo mismo y se bajó de la camioneta. Edward hizo una mueca. —Siento que te hayas visto implicada en esto.

—No te preocupes. Lo importante es que se resuelva todo.

Duncan cogió su mano sin dejar de mirar a la agente. —Priscilla, ¿qué es lo que sabes?

—Os buscan por toda la ciudad, saben que no estáis en el río.

—¿Mi familia? ¿Les buscan? —preguntó asustada.

—Sí, pero han conseguido largarse. Despistaron al coche que los vigilaba porque salieron por detrás. Tu hermana es muy lista. Al parecer entró en casa de tus padres por el patio de los vecinos y les robó el coche para huir —dijo divertida—. Pero agárrate, antes de llevárselo desconectó el GPS para que no localizaran el vehículo.

—Nos pirraban las pelis de espías.

—Bien hecho.

Duncan miró a su hermano. —¿Qué te han dicho a ti?

—No se fían, en cuanto desapareciste me han llamado para presentarme, pero como comprenderás no he ido.

—Así que la única que no está bajo sospecha eres tú —dijo a Priscilla.

—Dime qué tengo que hacer, jefe.

—Ahora todos los agentes estarán bajo el microscopio. Te seguirán, interceptarán tus llamadas…

—Lo sé, por eso he venido limpia. Mi coche está en el otro lado de la ciudad y mi móvil está dentro.

—Perfecto. Vuelve a la base, eres mis ojos y mis oídos. —Edward le entregó un móvil. —Irrastreable, ya sabes cómo se usa. —Priscilla asintió. —Solo llama si es imprescindible y no dejes que te lo descubran.

—¿Qué vais a hacer vosotros?

—Poner a Ginger a salvo. Después me pondré en contacto contigo. Ahora vete.

Asintió y fue hasta la puerta. Asombrada vio que se iba sin rechistar. —Nena, es un agente, está acostumbrada a recibir órdenes.

—Yo tendría mil preguntas.

—Sí, lo sé muy bien y me van a volver loco. —Miró a su hermano. —¿Has hablado con papá?

—Tiene el barco preparado.

Ginger parpadeó. —¿Barco? ¿Ha dicho barco? Uy, uy…

Duncan juró por lo bajo. —No me fastidies, nena. ¿Te mareas?

—¿Un barco? No, no… Me pongo malísima. —Hizo una arcada. —Uf, solo de pensarlo… Argg…

Duncan con cara de asco de repente tuvo una arcada.

—¡Joder, dejad de hacer eso! —gritó Edward antes de tener náuseas.

—Nena, para… —Duncan se llevó la mano a la boca.

—Para tú. Argg.

—¡No hay barco! —gritó Edward—. El puto barco se ha hundido, ¿de acuerdo?

Ginger respiró hondo recuperando algo de color. —Ay, qué alivio.

Duncan incrédulo gritó —¡Si acabas de salir del agua!

—¡Será algo del equilibrio, yo qué sé!

—¡Pero si estamos en tierra firme! —gritó señalando el suelo.

Levantó la barbilla. —Qué insinúas, ¿eh?

—¡Qué está en tu cabeza! ¡Menuda marejada te has montado solo con mencionarlo! ¡Había olas que ni un tsunami!

—¡No puedo detener mi imaginación!

—Nena, vamos a solucionar esto porque tienes que irte en barco.

—Uy, que lo ha dicho de nuevo. —Intentó reprimir una arcada. —Ay, que no puedo.

—"Ginger mírame" —dijo mentalmente.

Le miró a los ojos.

—"Es irreal, no va a pasarte nada en el barco."

—"No me hagas esto, me da miedo, me siento mal."

—"Tú has creado el miedo en tu cabeza, el barco no te hará daño. Más daño pueden hacerte los que están en tierra. Debes ir."

—"No, por favor…" —Sus ojos se llenaron de lágrimas y Duncan apretó los labios antes de abrazarla. —"No me hagas esto."

—"Necesito que estés segura. Necesito saber que no va a pasarte nada. Mi padre te protegerá. En el barco estarás bien, te lo prometo. Nena reprime esas olas, respira hondo." —Ella lo hizo. —"Así me gusta, todo irá bien."

—No lo soportaré, no podré subirme al barco siquiera.

—Subiré contigo y hasta que no te sientas bien no me iré de tu lado.

—¿Me lo juras?

Preocupado miró a su hermano a los ojos y susurró —Te lo juro, nena. Tú intenta que esas olas desaparezcan, respira hondo.

Al ver el barco ante ella por poco le da algo y vomitó al lado de la camioneta sin poder evitarlo. Duncan la agarró por la cintura porque parecía al borde del desfallecimiento.

—Joder, así no puede irse, hermano —dijo Edward.

—Lo va a superar. Vete a ver si papá lo tiene todo bajo control.

—¿Papá? Sabes que sí.

—¡Edward lárgate!

Bufó. —Voy a tomarme un café, lo necesito.

—Estupendo. —Cuando su hermano se subió al barco, la volvió entre sus brazos.

—Ay mamita, que bien estaba yo con mi vida —dijo medio mareada—. Si solo tenía que descubrir secretillos tontos. ¿Para qué me meto yo con uno de la CIA si no se ni programar el horno?

De repente Duncan sonrió. —Y eso tiene relación por…

—¡No soy lo bastante lista como para lidiar contigo!

—Nena, yo tampoco sé programar el horno.

—Anda, ¿pero tú cocinas?

—¿Crees que tengo tiempo para cocinar?

Gimió. —No me obligues.

—No pienso obligarte. Subirás tú sola.

—¿De veras? —Parpadeó asombrada. —¿Cómo?

—Porque como no subas a ese barco, me van a terminar metiendo un tiro entre ceja y ceja porque tarde o temprano

descubrirán que estoy aquí, porque aquí está mi padre y aquí está el barco de su mejor amigo.

—Ah… —Miró hacia el barco. —No se mueve mucho.

—Eso es, cielo, reprime las olas. El mar está muy calmado, ¿ves? Casi ni se mueve. —Dieron dos pasos hacia la pasarela. —¿A qué viene esta fobia?

—Ni idea, de pequeñita mi madre me decía que ya no quería subir a un barco desde que iba a gatas.

—Nena, no te estaba preguntando a ti, le estaba preguntando a tu cerebro.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué te ha dicho? —preguntó interesada mientras él la guiaba hasta la pasarela sin que se diera cuenta.

—Parecía que estabas en una bañera. Alguien te sujetaba y de repente dejó de sujetarte. —Duncan hizo una mueca. —Y tú te hundiste viendo agua por todas partes. Había un patito. Amarillo.

Le miró con horror. —¿Mi madre me estaba bañando y me soltó?

—Bueno, un error lo tiene cualquiera.

—¡Me soltó! ¡Menudo trauma me ha dejado! ¡Ni siquiera conozco la estatua de la Libertad por no poder coger el ferry!

—Tranquila preciosa, que lo arreglaremos.

Un hombre subió a la cubierta y al verla levantó una ceja. No podía negar que era su padre, eran clavaditos. —¿Es ella?

—La mismita —dijo Ginger acercándose—. Hola suegro.

Parpadeó sin mostrar nada en su rostro.

—Qué bien disimula, cielo. Mucho mejor que tú.

—Más años de experiencia, nena.

—Entiendo. —Puso los brazos en jarras. —¿Ha visto el lío en el que ha metido a su hijo?

—¿Yo? —preguntó. Mira, eso sí que le había sorprendido.

—Cuando se juega con fuego uno se acaba quemando. De pequeñitos le decimos a los niños, eso no que hace pupa, pues lo mismo tenía que haber hecho usted con sus hijos respecto a la CIA. Uy, ¿aquí hay baño? —De repente bajó las escaleras corriendo. —Que cuqui, todo es pequeñito. Qué cocina.

Su hermano y su padre le miraron interrogantes. —Está pasando por mucho estrés.

—Hijo…

Escucharon un chillido abajo. —¡Duncan, hay bañera! ¡Me encanta!

Alfred abrió la boca, pero Ginger gritó desde abajo —¿Depósito? Vaya, ¿no puedo bañarme?

Asombrado miró a su hijo y este hizo una mueca. —Sí, padre. Te lee la mente y cada vez lo hace mejor.

—Hostia.

—Y no solo eso, yo puedo leer la suya. Ven, tenemos que hablar, has de ponerla a salvo cuanto antes.

Cuando Ginger subió las escaleras se tambaleó un poco y Duncan que estaba hablando con su padre se levantó de inmediato para cogerla del brazo. —Nena, deja de pensar en olas. Aquí no hay olas.

—No hay olas. No hay agua que me rodee, que me ahogue.

—Exacto. Estás sobre el agua. —La miró a los ojos. —Podrás hacerlo, ahora tengo que irme. Mi padre se encargará de tu seguridad.

—"No quiero que te vayas"—dijo mentalmente.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. Debo encontrar a Henry antes de que ellos nos encuentren a nosotros. Te lo llevaré para que

le saques la clave y después con las pruebas que consiga les descubriré. —La abrazó y la besó en la sien. —Pórtate bien. Mi padre está algo alucinado con lo que ha pasado y eso que ya ha visto de todo en la vida.

—De acuerdo.

Se apartó para mirarla a los ojos y rio por lo bajo. —No, nena. No va a haber sexo de despedida. —La besó suavemente en los labios. —Yo también lo estoy deseando, ya lo sabes. —La besó de nuevo pegándola a él y Ginger le respondió con ansias. Duncan se apartó poco a poco y dijo como si no quisiera soltarla —"Recuerda una cosa, nena. No te fíes de nadie. No llames a nadie, no envíes mails ni nada por el estilo, te encontrarían. Mantente cerca de mi padre y haz lo que él te diga."

—"No te preocupes, he visto muchas pelis de espías, ¿recuerdas? Ten cuidado."

—"Lo tendré."—Le dio un beso rápido y fue hasta la pasarela con su hermano.

Preocupada les vio subir al coche y se alejaron rápidamente. Se apretó las manos antes de volverse y allí estaba su posible suegro. —Lo sé, todo esto es una locura.

—Y que lo digas, niña.

—Me llamo Ginger.

—Alfred.

Ella hizo una mueca. —Lo siento.

Se echó a reír. —Sí, siempre he odiado mi nombre.

—Y por eso no se lo puso a su hijo mayor.

—Mejor cortar la tradición cuanto antes. Bueno, grumete, nos ponemos en camino. Levemos ancla y naveguemos.

Su estómago se revolvió. —¡Eh! —exclamó Alfred—. Nada de olas, estamos seguros.

Sonrió. —Entendido capitán.

# Capítulo 8

Dos semanas después

Nerviosa pasó la hoja del libro y Alfred suspiró. —Estas cosas llevan su tiempo.

Tiró el libro sobre la arena y se levantó para entrar en la casita que Alfred había alquilado en las Barbados con un nombre falso. —Niña, no te pongas así.

Salió con la jarra de limonada en la mano. —¿Que no me ponga así? ¿Dónde está?

—Arreglando vuestra vida.

—Y una leche, sin descubrir a Henry no podemos arreglar nada. Y es obvio que no lo ha encontrado para que le lea la mente. —Se sentó en la tumbona de al lado y le sirvió un vaso.

—Gracias.

—Voy a volver.

—Ni de coña.

—Alfred, ha pasado algo, tenemos que volver.

—Si hubiera pasado algo, Edward hubiera avisado.

—¡Eso si no le han cogido también!

—Entonces tendrán que arreglárselas, porque no pienso poner tu cabeza sobre una bandeja de plata y entregársela tan ricamente. Te quieren a ti, voy a mantenerte lo más lejos posible.

—Tú lo has dicho. Me quieren a mí, si negociamos…

Él dejó el vaso y cogió su mano. —Nosotros no vamos a negociar nada, se lo prometí a mi hijo.

Se le cortó el aliento. —¿Qué?

—No te dejaré en manos de nadie, lo he jurado y pienso cumplirlo.

—Alfred… —Entrecerró los ojos. —¡Mira cómo me ocultas cosas!

—He sido espía cuarenta años, si puedo ocultar la verdad a un polígrafo también puedo hacerlo contigo.

—Te ha dicho tu hijo como esquivarme, ¿verdad?

Rio por lo bajo. —Y ni te has dado cuenta.

—Has dejado que vea lo que te interesa —dijo con admiración antes de darse cuenta de lo que quería decir. Asustada se levantó—. ¿Duncan también lo ha hecho?

Él hizo una mueca. —No pienso hablar por mi hijo.

—¿Me ha ocultado algo?

—No tengo ni idea de lo que hablas.

Gruñó furiosa y empezó a caminar de un lado a otro. Él tranquilamente bebió de su vaso mirando el periódico local. En él salía la foto de una mujer que se parecía a su difunta esposa. A la segunda. Sintió como se entristecía, así que se sentó a su lado de nuevo para mirar la fotografía. —¿Qué pasó?

—Murió cuando nació Edward. —Sonrió con tristeza.

—¿La echas de menos?

—Cada día. Cada minuto de cada maldito día.

—Volverás a verla.

La miró sorprendido. —¿Eso crees?

—Estoy convencida. Todo esto que tenemos en nuestra mente debe ir a algún sitio. Incluso cuando un ordenador se apaga la

memoria permanece. Nuestra alma está ahí y va a algún sitio. —Él asintió. —Cuéntame algo de tu segunda mujer.

—No solo era preciosa sino muy lista. —Rio por lo bajo. —Sabía que renegaba de las mujeres después de lo que sucedió con la madre de Duncan, me fue infiel y es algo que nunca le perdoné.

—Una traición.

—Tuvo el descaro de responsabilizarme a mí por dejarla sola y a mi hijo porque según ella la estresaba mucho. En nuestro único enfrentamiento, me gritó que esa aventura había sido como una especie de liberación. Así que la liberé del todo. Da igual, ni quiero pensar en ella. —Sonrió con tristeza. —Rose era distinta, muy especial. Fue ella la que insistió en una cita, ¿sabes? Se dio cuenta de en qué trabajaba incluso de novios por como hablaba con un camarero. Le hablé en ruso y no entendía por qué había aprendido ruso si se suponía que era abogado y mi familia era irlandesa. Entonces buscó la pistola bajo la mesilla, en el baño, en la cocina… Tenías que ver su cara cuando regresé del trabajo.

—Te echó la bronca.

—Me pidió que lo dejara, pero no podía hacerlo. —La miró a los ojos. —Cuando entras en esto ya no se sale a no ser que llegue

el momento de jubilarse. No se fían de los que quieren largarse de repente. Un agente conlleva millones de inversión para el estado, no pueden permitirse deserciones. —A Ginger se le cortó el aliento. —Exacto, todo es cuestión de dinero. Si quieres desaparecer más vale que no te encuentren nunca. Lo consideran traición.

—Pero han dejado que te jubiles.

—Porque ya no les valgo, niña. Te exprimen hasta que ya no puedes más y después dejan que te jubiles con una advertencia.

—Cerrar la boca.

—Por eso tú eres tan importante. Tú puedes descubrir muchas cosas. Si te usaran bien nos harías la potencia mejor informada del mundo, ¿lo entiendes? La información es poder. Pero si te usa el enemigo…

—Los nuestros me matarían.

—Sin dudarlo. —Miró la foto. —Se parece mucho. Qué pena que no te haya conocido, le hubieras encantado.

—Y a mí me hubiera encantado ella. —Mejor cambiar de tema, sentía su dolor y era insoportable. —¿Cómo era Duncan de pequeño?

—Un trasto. —Ambos sonrieron. —Pero el niño con el corazón más enorme que puedas imaginar. Siempre ayudaba a los otros niños del barrio y eso lo convirtió en su líder. A veces tenía que irme por trabajo y Duncan se encargaba de Edward. Ha sido un hijo excepcional y será un agente todavía mejor. Sabe seis idiomas, artes marciales, dispara todo tipo de armas y su equipo se ha convertido en el grupo de más éxito de los últimos años.

—¿De veras?

—Vosotros dos juntos seríais imparables.

Separó los labios de la impresión. —¿Hablas en serio?

—Te he observado durante estos días y estoy convencido de ello. Has aprendido a disparar en cuatro días, tienes una puntería innata. Y los trucos que te he enseñado para defenderte no se te dan nada mal. Con la instrucción adecuada serías muy buena agente. Además, tú tienes una ventaja. Los duermes y ya sabes todo lo que ocultan, ¿sabes lo que significa eso? Si nuestros enemigos no descubren tu identidad, serías la mejor agente de la CIA.

Se le cortó el aliento. —Dios mío, Duncan ha ido a negociar eso con los nuestros, ¿no es cierto?

—Es la única salida para los dos. Te protegerá nuestro gobierno, se darán cuenta de que no queréis traicionarles y trabajarás para ellos. No me digas que no lo habías pensado.

—Sí, pero… Cuando se me ocurrió entrar en esa furgoneta, pensaba seguir con mi vida, con mi consulta. Era como una colaboración, ¿sabes? Pero cuando vi que el coreano se había muerto y cuando nos dispararon…

—Te asustaste.

—Sí, mucho. Es un mundo en el que no te puedes fiar de nadie.

—Claro que puedes fiarte de alguien. De Duncan, jamás dudes de él porque si conozco a mi hijo hará lo que sea por mantenerte a salvo.

Estaba fregando los platos de la cena mientras Alfred salía a cerrar las contraventanas cuando escuchó el golpe en el exterior. Se tensó alargando la mano hacia el cuchillo que estaba sumergido en el agua intentando escuchar la mente de Alfred, pero no se oía nada. Mierda, tenía la pistola justo detrás de ella pegada bajo la

encimera. Intentó escuchar la mente de alguien más y una voz masculina dijo que entraran por atrás. Sin pensar se volvió y agarró la pistola de su funda apuntando a la puerta. Escuchó como alguien también abría la puerta delantera. Miró el pomo de la puerta de la cocina y este empezó a girar, pero llegó antes el que había entrado por delante y por su silueta cubierta por un mono negro se dio cuenta de que era una mujer, aunque su cara estaba oculta con pasamontañas. Al ver la ametralladora Ginger bufó bajando el arma. —¡Ya era hora de que llegarais!

La mujer carraspeó. —Lo siento, pero hubo un problema de coordinación y…

—Me quieren viva, ¿no? Lo acaba de decir ese inútil que no puede abrir la puerta.

—Sí, la quieren viva.

—Más os vale que no le hayáis hecho daño a Alfred porque me voy a cabrear. —Pasó ante ella con el arma en la mano y salió al exterior mientras la chica gritaba que no dispararan, que la habían encontrado. Ginger rodeó la casa y vio a Alfred en el suelo con un golpe en la cabeza. Se agachó a su lado para decir a su oído —No te preocupes, estaré bien. —Le besó en la mejilla antes de levantarse y decir fríamente —Que le atiendan de inmediato. Como le ocurra algo

me vais a oír. —Dio un paso hacia la chica. —No saldré de tu cabeza de por vida, eso te lo juro por mis muertos.

—Se le atenderá de inmediato.

—Bien. ¿Dónde está tu jefa?

—Estoy aquí.

Se volvió para ver a una mujer de unos cincuenta años vestida de negro como los demás. —¿Su nombre?

—Puede llamarme Clare.

—¿Dónde está Duncan?

—En Washington.

—Quiero verle de inmediato. —Se acercó a ella. —Y quiero un careo con todos los implicados. Ya es hora de descubrir la verdad.

—Como diga, agente Amstrong.

Vestida con un traje gris caminó por el pasillo. Un agente le hizo un gesto señalando una puerta. La abrió sin llamar y vio a Duncan sentado a una mesa. La sorpresa de su rostro fue evidente. —Nena, ¿qué haces aquí?

—Tomar el mando.

—¿Qué?

Ella levantó una ceja y cuando Duncan entró en su mente no podía estar más sorprendido. —Eres agente. —Cerró los ojos. —¿Cómo no me di cuenta antes?

—Porque no dejé que te dieras cuenta, por eso. Ir de inocente psicóloga me daba mucha ventaja. —Se sentó ante él. —¿Sabes lo que no tengo?

—Ni idea —dijo con ironía—. Eres muy capaz de ocultar lo que te interesa.

—Como tú, cielo. Lo que no tengo es paciencia. Se acabaron las mascaradas. Tengo órdenes de descubrir el entramado de tu empresa, todo lo que rodea a tu equipo, van a rodar cabezas.

—¿Por qué no te descubriste antes? —dijo furioso.

—Porque me intrigaba qué ibas a hacer en la ciudad en mi ausencia, pero solo has perdido el tiempo y para colmo dejaste que te cogieran. Eso ha sido muy estúpido, cielo.

—No encontraba a Henry, no tenía la posibilidad de llevarle hasta ti para descubrir la clave. Quería negociar, era lo único que me quedaba.

—¿Negociar con mi libertad? Creo que ya puedes olvidarte de eso.

—¿Quién coño eres tú?

Apoyó la espalda en el respaldo de la silla. —Tengo muchos nombres, pero el que uso habitualmente es Rebeca Amstrong.

No podía haberle sorprendido más. —Todo era falso.

—La consulta, mi familia, mi mejor amigo, todo detalladamente preparado para ti y para tu hermano. ¿Crees que fue casualidad que nos subiéramos al mismo metro? Cuando me dieron el encargo supe que tenía que dejar que vinierais a mí. Las escuchas en tu casa nos revelaron que buscabas la clave en el ordenador de Henry y yo era perfecta para echarte una mano. La publicidad de mi negocio únicamente en el periódico de tu hermano fue suficiente para que su mente te llevara a mí. El encuentro casual que habías trazado con Andrew salió de perlas, solo me dejé llevar continuando con una vida fingida de principio a fin. Por cierto, mi mami te manda recuerdos. Eso de vigilar su casa y ponerle micros estuvo muy mal.

—La madre que te…

—Cielo, déjalo ya. ¿Por dónde iba? Ah sí… Allí estaba yo, en la misma parada. Le vi antes de entrar, me senté al lado de la puerta a

propósito. Moderna, desenfadada, era todo lo que Edward busca en sus ligues, así que su misión no le fue desagradable. Le dejé claro los límites y después le conté la historia que se moría por escuchar.

—Las sesiones estaban preparadas.

—Por supuesto. Incluso buscamos un abogado que había estudiado con él para darle credibilidad a la historia. Un gancho perfecto. Sabíamos desde el principio que mentíais con lo de la clave, que era una prueba para comprobar mis habilidades, pero dejé que continuaras con tu plan. Creí que ya te tenía cuando me invitaste a la ópera, que me encanta, por cierto, ahí me di cuenta de que ocurría algo raro entre tú y yo, pero simplemente seguí la corriente. Me sorprendiste, debí tener mucho cuidado cuando me di cuenta de que me leías la mente. Me encontré en un aprieto, pero al final conseguí ocultarte lo que me interesaba poniendo una barrera tras los recuerdos que sí quería que supieras.

—Ocultaste tu pasado.

—Metí algunos recuerdos con mi hermana postiza y te los tragaste.

—Joder nena, eres increíble.

Sonrió. —Gracias.

—¿Lo nuestro fue de verdad o también fingías?

—Cariño, absolutamente cierto. —Hizo una mueca. —Si consigues demostrar tu inocencia, claro, sino tendré que matarte. —Se levantó. —¿Me acompañas?

Divertido hizo lo mismo. —Lo estoy deseando.

Entraron en la sala de enfrente donde estaban todos los implicados incluida su mujer que con cara de susto lloriqueó al verle. —¿Duncan?

—Cierra el pico, zorra —dijo Rebeca con autoridad—. Cielo, siéntate.

Él respiró hondo sentándose en la única silla que estaba vacía a medio metro de su hermano que estaba atado con las manos a la espalda como todos los demás. Rebeca miró hacia Sara, su apreciada hermanita para todos, que de pie en la esquina observaba a los implicados con un arma en la mano y a Jeremy para todos Joshua, que ya vestido de traje preparaba la cámara de video para grabarlo todo. —¿Preparado?

—Cuando quieras, jefa.

—¿Pero qué coño está pasando aquí? —gritó Edward.

—Hijo cierra la boca —contestó Alfred. La miró con odio—. Sabía que eras agente.

—No tenías ni idea, suegro. —Se sentó en la esquina de la mesa observándoles a todos. —No me vengas con rollos, te lo tragaste absolutamente todo. —Pasó la vista por Henry Hayward, Jerry Williams, y el subdirector de la CIA Brandon Parker antes de llegar a los ojos de Elisabeth que parecía que se iba a desmayar en cualquier momento. Volvió la vista hacia Duncan y levantó una ceja. —Cielo, qué lío has montado en tu unidad.

Apretó los labios. —¿Quién te ha enviado?

—Aquí las preguntas las hago yo.

—¿Con qué autoridad? —gritó Parker furioso—. ¡A mí no se me ha comunicado nada!

Rebeca se echó a reír. —¿Qué ha dicho? ¿Comunicado? Si quiere le envío un mail para decirle que voy a investigarle.

—¿Investigarme a mí? ¿Qué autoridad tienes tú para investigarme a mí?

—La que me ha dado el presidente de los Estados Unidos. —Sonrió. —Alguien tiene que controlar a sus espías.

—¿Espías? —Elisabeth empezó a temblar. —¡Tengo que salir de aquí! —Se puso a gritar como una loca y exasperada se acercó a ella para pegarle un guantazo que le volvió la cara. Elisabeth la miró con los ojos como platos. —No me mate. Por favor, no me mate.

—Si eres buena podrás irte.

—Seré buena, lo prometo.

—Bien. —Volvió a su sitio en la mesa y respiró hondo. —¿Lori?

La puerta se abrió y entró la que hacía de su madre con un montón de expedientes que dejó sobre la mesa con un café. —Gracias, guapa.

—Si me necesitas estoy fuera.

—Ajá… —Cogió el primer expediente y silbó. —Suegro es impresionante. Oriente medio, la URSS, Brasil, Colombia… No te falta un país por visitar. Sí, es impresionante.

—A ti no te impresiona nada.

Rio por lo bajo. —Pues tienes razón —dijo tirando el expediente a un lado—. A la agencia le preocupaba un poco que toda una familia estuviera metida en inteligencia. —Los tres se mantuvieron en silencio y ella rio por lo bajo. —Sí, una

contradicción, porque si temían por vosotros, ¿para qué dejar que trabajarais en la CIA? Para controlaros. Si uno la cagaba podían presionar a los otros dos para conseguir lo que se proponían o para averiguar la verdad. —Los tres se tensaron. —Eso fue antes de que yo llegara, claro. Ahora ese tipo de presión ya no es necesaria. —Les miró fijamente. Los tres se habían protegido contra ella, lo que demostraba que ahora la consideraban el enemigo. —Habéis demostrado que sois un frente unido en el que podéis confiar. Algo muy importante para ser agente, aunque sigue habiendo cosas que no me gustan y que se descubrirán de inmediato. Suegro, puedes irte, esto no va contigo.

—Yo no me muevo de aquí sin mis hijos.

—Como quieras. De todas maneras lo sabes casi todo, mereces saber el final. —Miró a Elisabeth. —Empecemos por ti.

Pálida de miedo empezó a temblar. —¿Puedo irme?

Rio por lo bajo. —Que más quisieras. Si tienes suerte igual te vas sin dos dedos menos.

Jeremy dejó una manta sobre la mesa y la desenrolló con un golpe seco mostrando un montón de herramientas de tortura. Elisabeth se puso a temblar con evidencia y a gritar como una loca

antes de desmayarse en su silla. Rebeca se levantó y puso la mano en su frente cerrando los ojos. Sintió su avaricia el mismo día en que conoció a Duncan, sus ansias de más. No podía decir que no se enamorara de él, pero se dejó arrastrar por su tren de vida y lo que podía proporcionarle. Era una trepa y en cuanto Henry la engatusó con que podría quedarse con la parte de la empresa de Duncan, no tuvo tiempo para meter en su cama al socio de su marido. Una zorra que fue utilizada. Furiosa y asqueada apartó la mano antes de mirar a Duncan que leyendo sus pensamientos apretó los labios. —No me puedo creer que te dejaras engañar por ella.

—Un mal día lo tiene cualquiera.

—¡Fueron unos cuantos malos días! ¡Tres años!

—Ya está, no puedo cambiarlo.

—Sabes que tendré que matarla, ¿no?

Duncan se tensó. —¿Ni se te ocurra?

—Sabe demasiado, no es de fiar. ¡Lo mejor es deshacernos de ella!

—¡No tiene la culpa de que la metiera en mi mundo!

—¡Se metió ella sola al traicionarte!

La advirtió con la mirada. —No lo hagas.

—¿O qué? —Sonrió con ironía. —¿No te has dado cuenta todavía? Aquí soy juez y verdugo. Yo sentencio y aplico el castigo. No hay nadie más. Y merece un castigo, a no ser…

—¿Qué?

—Que me des algo a cambio.

—No sé a qué te refieres, te lo he contado todo.

—No cielo, todo no. Última oportunidad.

Jeremy sacó una pistola y se la puso a su exmujer en la nuca.

—¡No sé de qué hablas!

—¿Por qué no les destapaste antes? ¿Por qué no conseguiste la información antes?

La miró a los ojos. —Léelo en mi mente.

—No, cielo. ¿Te crees que soy tonta? Ese truco ya pasó. Desde que supiste lo que yo podía hacer, lo que podías hacer tú, me has intentado manipular. ¿Por qué no conseguiste la información antes?

—Ya te lo dije. Al principio lo ignoré porque nuestro jefe, el subdirector de la CIA estaba implicado.

—¿Por qué no hablaste con el director?

Apretó los labios. —Porque podían implicarme a mí.

Su padre le miró asombrado. —¿Qué has dicho?

—Padre no te metas.

—¿Qué has dicho? —Volvió a preguntar más alto.

—Yo di la orden de enviar ese cargamento.

—¿Por qué diste esa orden? —preguntó Rebeca mirándole fijamente.

—Porque no hice mi trabajo, no supervisé el cargamento y Henry lo hizo por mí. Me dijo que debía dar la orden y lo hice. Me di cuenta de lo que estaba pasando demasiado tarde.

—¿Dónde estabas tú mientras se negociaba ese envío?

Edward apretó los labios y ella se dio cuenta de inmediato. —¿Salvando a tu hermanito? —Caminó hacia él y le agarró del cabello para que la mirara a los ojos. —¿No es cierto, Edward? Desde que te conocí me pregunté como alguien como tú estaba en la CIA. Tienes labia, de eso no hay duda, pero no tienes lo que hay que tener para llegar aquí. Conseguiste el trabajo por tu hermano, ¿no es cierto? Porque no te sintieras inferior frente a ellos. Ser el único no admitido duele y Duncan no quería que pasaras por ello, así que te echó un cable con llamadas aquí y allá. —Edward la miró sorprendido. —Oh sí, él lo hizo todo para conseguir tu sueño, pero aun así no diste la

talla. —Soltó su cabello y fue hasta su expediente. —Edward Robert Fellner. Dos únicas misiones fuera del operativo de tu hermano y las dos un auténtico fracaso. No solo no conseguiste la información, sino que mataron a uno de tus contactos. Un contacto muy valioso, por cierto.

—Todo el mundo tiene fallos y más en esta profesión.

Le fulminó con la mirada. —Yo no. Quedas expulsado de la CIA. Sigue de abogado que te va a ir mil veces mejor. Ya sabes lo que te pasará si abres la boca sobre lo que hiciste o mejor dicho sobre lo que no hiciste en el pasado.

—Pero…

—¡Hijo cierra la boca! —gritó su padre.

Sonrió a Alfred. —Tú sí que me comprendes. —Miró a Henry que sonreía con ironía antes de recibir un puñetazo que le tiró de espaldas con silla y todo. —No me gusta tu sonrisa. —La pistola de Jeremy apuntó a su frente y ella le rodeó para mirar su rostro. —Henry, Henry… Has sido malo.

—Jódete. —Escupió al lado de sus zapatos la sangre que le salía por la boca.

—No te voy a preguntar ninguna clave. Ambos sabemos que tú diste la orden, tu cerebro dice que sí y no necesito más. Tampoco necesito recuperar los veinte millones de dólares que tienes en una cuenta en las Caimán. Para mí tu caso está cerrado.

—Hija de puta.

—¿Alguna otra palabra antes de morir? —preguntó con ironía.

—Que te den por el culo.

—Qué manera más estúpida de desperdiciar una oportunidad única. —Asintió y Jeremy le metió un tiro entre ceja y ceja sobresaltando a Williams que estaba sentado a unos centímetros. —Bien, vamos contigo. ¿Me vas a poner las cosas fáciles?

—¡Yo solo hice lo que me ordenaron!

—¿Y lo de Abdala?

—¡Sí, era mi contacto! ¡Sabía que me mentía, que delataba todos nuestros movimientos para que no llegáramos a Bon-Hwa Yeong, pero el jefe me dijo que lo ignorara porque nos compraría armas!

—Cuando dices el jefe…

Señaló al subdirector con la cabeza. —Brandon Parker.

—Así que solo cumplías órdenes.

—Lo juro por Dios —dijo casi temblando.

—Sabías que era algo ilegal, ¿por qué no se lo comunicaste al director?

—¿Estás de coña? ¡Pensaba que las órdenes venían de allí! ¡En mi puesto no se hacen preguntas!

Rio por lo bajo. —Casi cuela, majo.

Williams palideció. —No miento.

—¿Lori?

La puerta se abrió y su agente entró en la sala con otros dos que llevaban de los brazos a Abdala con la cara llena de golpes. Rebeca hizo una mueca. —Es evidente que no lo he interrogado yo, ¿no creéis? ¿Jeremy?

Se acercó a él y le agarró por su melena poniéndolo de rodillas ante ella. —Cuéntanos eso que tienes tanto interés que se sepa.

—¡Ellos me lo propusieron! ¡Williams habló conmigo, quería saber si podía distribuir las armas que ellos me conseguirían!

—¿Y esas armas a donde irían?

—A Corea del Norte —dijo asustado—. ¡Sabían que allí no las rastrearían! ¡Por eso Williams mató a Sang-Hoo, porque sabía que lo

contaría todo!

—¿Cuánto llevabais haciendo esto?

—Once meses.

—¡Once meses! —Se volvió para mirar a los acusados y se echó a reír. —¡Once puñeteros meses! Por eso la misión no se terminaba nunca, ¿no es cierto? Todo lo que hacía Duncan lo destruíais antes de que diera resultados mientras os llenabais los bolsillos. Por eso el divorcio, os convenía que estuviera distraído. Y después pensasteis, ¿y si nos quedamos con la empresa y la dirige Henry para enviar todos los cargamentos que queramos? Williams puede dirigir su equipo, el plan perfecto. Le necesitabais fuera de vuestro camino, pero no podíais matarle, ¿no? El director podría mosquearse por perder a su mejor hombre y fastidiaros el negocio con sus investigaciones. Solo esperabais el momento adecuado, en algún momento se pondría a tiro. Pero descubrió el reloj, descubrió que su esposa tenía un amante que encima era su mejor amigo. Henry le dijo que era por su bien, pero no hay que fiarse de un hombre despechado. Así que le seguíais, seguíais cada uno de sus movimientos y ahí fue donde cometisteis un error porque una de sus agentes se dio cuenta y de inmediato lo puso en conocimiento del director. Ella metió la nariz y se enteró de lo del cargamento. Ahí se

lo dijo a Duncan que le ordenó que no le dijera nada a nadie mientras investigaba el asunto. Fue cuando mi chico se dio cuenta de que le habían engañado y que podían implicarle. Así que se calló y el director asombrado de que su mejor hombre se mantuviera callado, hizo que me llamaran a mí. Como le seguíais supisteis que Duncan me visitó y después de poner micros en toda mi casa os enterasteis de lo que yo podía hacer. Me aseguré de ello. Os puso nerviosos por supuesto, ¿qué estaba buscando Duncan? Sabíais de sobra que no era la clave de la cámara de videovigilancia de su casa, tenía que ser otra cosa.  El director me facilitó la vida simulando que por casualidad se enteraba de mi seguimiento y lo que yo hacía. Hizo que se moría por probarme y que quería saber hasta dónde llegaba. Os visteis en un aprieto, si lo que hacía era cierto y vuestro jefe quería conocerme, podía llegar a enterarse de vuestro negocio, así que teníais que controlar la situación. Cuando me acerqué a vuestra furgoneta todo estaba preparado. Ya habíais secuestrado a Sang-Hoo y le habíais drogado hasta las trancas. No podíais permitir que delatara a quien le compraba las armas, o sea, a vuestro contacto. Serían demasiadas coincidencias y cuando yo le dije a Duncan en una sala como esta que no podía estar demasiado drogado, le chutasteis de nuevo sabiendo que moriría en mi

interrogatorio. Uno de los vuestros solo tenía que decirle a la agente Johnson que le habían drogado antes de que se diera la orden de Duncan. —Se echó a reír de nuevo. —Seréis estúpidos. ¡Todo estaba en la mente de Williams! Y apenas tuve que entrar en ella para averiguar lo que os proponíais. Duncan al darse cuenta de que habíais matado al testigo intentó ponerme a salvo, sabía que me había convertido en vuestro objetivo porque durante el interrogatorio mencioné a Abdala y dejé en evidencia a Williams pues era su contacto. Aprovechando nuestra ausencia, entre los tres os inventasteis la historia de que era un traidor, que él había organizado la venta de armas y que se me había llevado para que no le descubriera, pero os salió mal porque el director de la CIA ya estaba enterado de todo, estúpidos. Si no actuamos después de eso fue para intentar descubrir más implicados, tanto los de aquí como los de Turquía o Corea, que por cierto ya están eliminados. —Se acercó a Parker y le agarró del cabello. —¿No te sorprende?

—Púdrete zorra.

—Tú sí que vas a pudrirte y muy pronto. —Se acercó a su rostro y siseó —Sentencia de muerte. —Tiró de su pelo hasta que cayó de espaldas y Jeremy le ejecutó en el acto.

Williams temblando negó con la cabeza. —Ese cabrón miente. ¡Y tú también! ¡Te lo estás inventando todo!

—No solo no cumplisteis con vuestra obligación, sino que vuestra avaricia os hizo creer que arriba no se darían cuenta de que pasaba algo. Sois estúpidos e inútiles para nosotros. —Se volvió hacia Duncan que la miraba fijamente mientras Lori pegaba un tiro en la nuca a Abdala y Jeremy mataba a Williams. —Cielo, no es negociable. Tu ex sabe demasiado y te ha traicionado.

—Hablas así por celos, es una víctima.

—¿Celos? —Sonrió irónica acercándose. —¿Crees que tengo celos de esa? Lo que tenemos tú y yo va más allá de la fantasía que pudieras sentir por esa estúpida a la que solo le interesa tu dinero. Es un lastre y ya sabes lo que hacemos con los lastres.

—¡No, no!

Jeremy disparó a Elisabeth entre los ojos y Duncan asombrado la miró como si no se lo creyera. —¿Pero quién coño eres tú?

—Soy tu futura esposa, cielo. Ya verás, haremos un equipo increíble. El equipo perfecto, como dice tu padre. —Miró a Edward. —¿Quieres ser el padrino? Gracias a ti nos conocimos.

Edward ni sabía qué contestar y ella chasqueó la lengua antes de volverse. Lori le puso un papel delante. —¿Es la transcripción del interrogatorio de Abdala?

—Sí, jefa.

Ella lo leyó por encima y lo firmó antes de dárselo. —Jeremy, quiero las grabaciones, las transcripciones y un informe detallado de los tres para esta noche. —Fue hasta la puerta. —Que alguien limpie esta mierda. Cariño, te veo en tu casa esta noche, ahora tengo una reunión importante —dijo antes de salir.

—¿Pero quién coño es esta tía? —preguntó Edward. Su hermano y su padre le miraron como si fuera idiota—. ¿Qué?

—¿No lo has oído, hijo? A partir de ahora será tu cuñada. —Alfred sonrió por dentro. —Eso es todo lo que tienes que saber.

# Capítulo 9

Rebeca metió la llave en la cerradura y la giró para encontrarse un salón enorme lleno de cristal como le había dicho Duncan. Pero él no estaba por allí. Empezaban bien. Sabía que iba a estar cabreado, pero tampoco era para tanto. —Cielo, estoy en casa.

Le escuchó gruñir y siguió el sonido de su mente hasta un despacho donde estaba trabajando. Ella suspiró apoyando el hombro en el marco de la puerta. —¿Un mal día?

—Nena, no tiene gracia. ¡Has matado a mi exmujer!

—Yo no la he matado. Precisamente lo hizo Jeremy para que eso no fuera motivo de discusión. Aunque no me faltaban ganas, te lo aseguro.

Pasmado se levantó. —¿Pero quién coño eres tú?

—La número diecinueve.

Él separó los labios de la impresión. —Hostia, es cierto lo que se dice por ahí. Un grupo de mujeres sin nombre que se encargan de los trabajos sucios.

—Y no tan sucios. Hay de todo.

—Liquidáis objetivos.

—Forma parte de nuestro trabajo, sí.

—¡Y por qué no nos habéis liquidado a nosotros y asunto arreglado! —Se le quedó mirando. —Entiendo, valgo más vivo que muerto.

—En otras circunstancias y por la dejadez en tu trabajo hubiéramos acabado con esto de un plumazo, pero es cierto, a la agencia le vales más vivo que muerto.

—¿Quién os dirige?

—Cielo, eso es alto secreto. Digamos que somos una ramificación de la agencia.

—Y nos controláis.

—Alguien tiene que hacerlo.

—¿Y quién os controla a vosotras?

—Nosotras no cometemos fallos —dijo fríamente.

—No te pareces en nada a Ginger, ¿no es cierto?

—¿Te gustaba Ginger? No cielo, te atraía sexualmente, pero en el fondo era demasiado inocente para tu gusto. —Sus ojos verdes brillaron. —Lo vi en tus ojos en el barco. Su debilidad con el mareo no te gustó nada.

—Una debilidad fingida. Todo fue una prueba.

—Desde el momento en que demostraste que podías leer mi mente tu futuro quedó sellado.

Se sentó sin quitarle ojo y se reclinó en su asiento. —¿Y cuál es el plan?

Sonrió de oreja a oreja. —Casarnos y coger malos en un tándem perfecto. Tú seguirás con tu trabajo y yo haré de ama de casa, de caprichosa esposa de millonario.

—¿Y las armas?

—Eso se acabó. Me he negado en redondo a que siguieras con esa parte del negocio y que te distrajeras de lo realmente importante.

—Al parecer tienes influencia.

—Bastante. Como dijiste soy muy valiosa. —Se acercó y rodeó el escritorio sentándose frente a él. Duncan suspiró acariciando sus muslos y ella le preguntó mentalmente —"¿Han hablado contigo?"

—"Sí. En cuanto te fuiste me llevaron a mí solo a una sala aparte."

—"¿Qué te han dicho?"

—"Debemos aparentar ser un matrimonio real para las siguientes misiones. Tendremos un contacto y será nuestro único enlace con la agencia. Pero no me habían dicho nada de las armas ni de nada más. Fue una conversación muy breve."

—"A mí me han dicho casi lo mismo. No me gusta"

Se miraron a los ojos durante varios segundos. —"Crees que es una trampa."

—"Me han separado de mi equipo. A partir de ahora solos tú y yo a no ser que necesitemos apoyo técnico. ¿Un enlace? ¿Y si ese enlace desaparece? ¿Entonces qué seremos?"

—"¿Crees que nos quieren meter en contraespionaje?"

—"No sé lo que está ocurriendo. He perdido el control."

—"¿Qué coño dices?"

—"En la reunión con mi jefa, ella fue clara. A partir de ahora solo debo ponerme en contacto con ese enlace y nada más. Y me ha advertido…"

—"¿De qué?"

—"Que debo tener ojo. Que desde que ella trabaja allí esto nunca se había hecho y que seguramente si no cumplimos las expectativas, si falla este puñetero experimento nos matarán a los dos."

—"Entonces deberemos demostrar lo que valemos, ¿no crees?"

Se levantó cogiéndola por la cintura y la elevó llevándosela con él. Rebeca suspiró abrazándose a su cuello y susurró —Cómo necesitaba esto.

—¿Me has echado de menos?

—Mucho. —Acarició su espalda. —"No me gusta haber perdido a Sara, a Lori y a Jeremy."

—"Les recuperarás. Cuando vean los resultados te darán lo que pidas. Es un castigo por ponerte de mi lado."

Besó su cuello disfrutando de su aroma. —"¿Por qué crees eso?"

—"Porque yo te hago más débil y no les gusta."

Sorprendida le miró a los ojos. —"¿Qué dices?"

—"Nena, si yo puedo leer tus pensamientos te hago más débil, menos valiosa. Un cabo suelto que no les gusta, sobre todo

porque después de lo ocurrido no se fían de mí.”

—“Pero podemos aprovecharlo, en las misiones será esencial comunicarnos sin que nadie nos vea.”

—Por eso nos han dado esta oportunidad —susurró antes de besar sus labios—. Aprovechémosla y sigamos adelante. —Entró en su boca saboreándola y Rebeca se sintió en la gloria. Él se apartó para mirarla a los ojos. —“¿Cómo te llamas?”

—“Rebeca.”

—“Nena, dime la verdad.”

Sonrió débilmente. —“Me llamo así, aunque mis padres me llamaban Beca.”

—“¿Cómo te metieron en esto?”

—“Le leí el pensamiento a mi hermano cuando iba a atracar una joyería. Se lo dije a mi madre y mi hermano me dio una paliza por chivarme.” —Él se tensó. —“Me llevaron los de servicios sociales. Un psicólogo se dio cuenta de lo que pasaba y acabé en la agencia.”

—“¿Cuántos años tenías?”

—“Doce.”

—“Joder, nena…”

—"No pasa nada. He tenido una vida mil veces mejor que la que me hubieran dado mis padres."

—"¿Qué le pasó a tu hermano?"

Sus ojos se oscurecieron. —"¿Tú qué crees? Fue mi primera misión. Debía soltar lastre y era una manera de probarme."

Asombrado se sentó en la cama con ella en brazos y Rebeca le acarició las mejillas. —"¿Te repugno?"

—"Joder, no. ¿Cómo se te ocurre pensar algo así?"

—"Se lo merecía."

—"Eso no lo dudo." —Acarició su espalda. —"Has sido muy valiente." —La abrazó con fuerza. —"Has sobrevivido, nena. Ahora tenemos que sobrevivir juntos."

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —"Te necesito tanto… Te esperado toda mi vida."

Se le cortó el aliento. —"No pienso fallarte."—La agarró por el cabello para que le mirara. —Ahora somos tú y yo. —Sujetándola de la nuca reclamó sus labios y se besaron con pasión necesitándose el uno al otro. Saboreando su lengua Rebeca se quitó la chaqueta del traje a toda prisa mientras él tiraba del faldón de su camisa para tocar la suave piel de su cintura. Rebeca tuvo que apartar los labios

para que se la quitara mostrando su sujetador de encaje blanco. Él miró sus pechos con gula antes de hundir su cabeza en ellos y besar su sensible piel mientras sus manos desabrochaban en su espalda el sujetador haciendo que se deslizara entre los dos. Rebeca sacó sus brazos de los tirantes para acariciar su cuello reclamando su boca de nuevo y Duncan llevó las manos a sus senos para acariciarlos con ansias sin dejar de besarla. Rozó sus pezones endurecidos con los pulgares haciéndola gemir en su boca por el placer que la traspasó, lo que a él le encendió respondiendo con más ansias. Entre sus brazos la volvió para tumbarla en la cama y su boca bajó por su cuello hasta reclamar sus pechos, que acarició, besó y mordió ligeramente hasta volverla loca.

—¡Duncan!

Él sonrió antes de seguir bajando esos labios que la torturaban por la piel de su vientre hasta llegar a su ombligo. —¿Sabes, nena? Algo en mí siempre supo que sería así. —Abrió su cinturón lamiendo su piel alrededor del ombligo. —Estoy a punto de correrme solo por ver cómo me respondes, preciosa. —Tiró de su pantalón hacia abajo mostrando su sexo pelirrojo y sopló sobre él estremeciéndola de arriba abajo. Ni se dio cuenta de que la desnudaba completamente y que se ponía de pie ante ella mientras

el placer la recorría. —¿Te has corrido? ¿No? Al parecer te queda poco. —Pasó un dedo por su sexo y Rebeca gritó casi saltando de la cama por lo que su cuerpo sintió. —Aquí no me vas a mentir, aquí eres mía. —Apoyó una mano al lado de su cabeza mirando su rostro, mientras la otra mano no dejaba de acariciarla. —Dímelo, nena. ¿Es fingido? ¿Es real?

Ella se agarró a su cuello gimiendo de necesidad por liberarse y Duncan la miró como si fuera suya. —Es muy real. —Atrapó sus labios exigiéndole que se entregara por completo y algo estalló en su interior dándole un placer inmenso, tan inmenso que hizo temblar su corazón. Cuando Rebeca consiguió recuperarse pudo abrir los ojos y vio a Duncan desnudo saliendo del baño. —¿Sabes, nena? Cuando te conocí y no dejabas de decir que seriamos novios, me acojonaste, la verdad. ¿Volver a pasar por eso con alguien que no trabajaba conmigo? Ni de coña. Pero me excitabas, me provocabas. Un polvo puede, pero más que eso… Podía ser peligroso como lo era con mi ex. Pero contigo… Contigo no hay peligro, ¿no es cierto? Contigo puedo ser yo.

Ronroneó como una gatita y más cuando acarició sus pantorrillas. —Claro que sí, tú no te vas a asustar por lo que diga o haga. —Abrió sus piernas colocando los tobillos sobre sus hombros y

ella pudo ver entre sus piernas su excitación, su dureza. Se mordió su grueso labio inferior antes de elevar la vista hasta sus ojos. —¿Quieres mi polla, nena?

—Sí. —Sintió como con su sexo acariciaba el suyo de arriba abajo.

Entró en ella de un solo empellón y Rebeca aún excitadísima gritó de placer arqueando su cuello hacia atrás. Duncan movió sus caderas para salir de su interior, pero regresó con fuerza robándole el aliento. —Joder nena, es imposible que seas tan perfecta. —Acarició sus muslos antes de tirar de su cuerpo para pegarla a su pelvis. —Lo tienes todo, ¿no es cierto? Eres Ginger, Rebeca y seguro que mil más. Te aseguro que me voy a entretener mucho conociéndolas a todas. —La llenó de nuevo de tal manera que la hizo gritar y Rebeca tuvo que agarrarse a las sábanas pues el placer que la arrolló consiguió asustarla.

—No nena, déjate llevar. Conmigo no tienes que temer. —Movió sus caderas de nuevo y ella quiso huir de lo que sentía, pero a la vez se moría por más. —Eso es preciosa, déjate llevar.

Su mente se nubló por el placer y solo podía pensar en lo que él le hacía sentir con cada movimiento. El miedo regresó y Duncan sintiéndolo aceleró el ritmo. Rebeca sentía como que ese placer

arrollador la arrastraba y el miedo aumentó, pero él no le dio tregua hasta que tuvo que soltarse y su cuerpo se sumergió en un placer tan increíble como único.

Con la respiración agitada y sudorosa ni se dio cuenta de que la arrastraba hasta donde estaban las almohadas ni de que se tumbaba a su lado y la abrazaba pegándola a él. Su corazón acelerado tardó en calmarse y cuando lo hizo abrió los ojos para mirar los suyos. —"He perdido el control."

—"Lo sé."

—"Tú no."

—"Sí, nena. Te aseguro que lo he perdido" —Besó suavemente sus labios. —"Pero ha merecido la pena."

—"Es una locura."

—"Me da igual. Esto es lo único que no pueden controlar y voy a disfrutarlo."

—"Creo que te quiero."

La miró como si fuera suya. —¿Algún día me lo dirás en voz alta?

—No.

Duncan rio colocándola sobre él y Rebeca disfrutó de su piel apoyando la mejilla en su pecho sin tomarse a mal que él no le hubiera dicho que la quería. Aún tenían mucho camino por delante, se estaban conociendo de verdad, se estaban abriendo a otra persona por primera vez, era lógico que no supiera lo que sentía por ella. Solo rogaba que algún día llegara a sentir algo parecido al amor. De momento no podía pedir más. —Siento tu corazón.

—Y yo el tuyo, preciosa. —Acarició su cabello. —Y yo el tuyo.

Tres meses después

Suspiró de gusto mirando el horizonte. El atardecer en Venecia era precioso. Sintió los brazos de su marido rodeándola y divertida cogió la copa de champán que le ofrecía. —Cariño, sabes que no me gusta.

—Es para que nuestra anfitriona se quede a gusto. Al parecer quiere emborracharte para que te sueltes un poco. Me ha preguntado tres veces si no bebes nada.

Se volvió entre sus brazos. —¿Eso fue antes o después de pedirte tu número de teléfono?

Él besó sus labios suavemente. —No se te escapa nada, preciosa.

—Eres demasiado guapo como para perderte de vista.

Se echó a reír y le preguntó mentalmente —"¿Lo tienes?"

—"¿Por quién me tomas? La información está en mi colgante."

Sonrió acariciando su clavícula hasta llegar a el collar de diamantes que le había regalado en su boda. El diamante central se sacaba y dentro tenía un pendrive. —Sabía que te gustaría tu regalo.

—Me encanta —dijo antes de beber de su copa mostrando su anillo de casada y el de compromiso. Un diamante de cuatro quilates montado en platino que decía a gritos que era la esposa de un empresario importante—. "¿Nos vamos?"

—"No podemos levantar sospechas, nena."

—"Viene hacia aquí."

La anfitriona, una rubia de treinta años que había estado casada con un asesino de la antigua Yugoslavia y que ahora trabajaba para Rusia por unos buenos ingresos que le

proporcionaban, se acercaba a ellos con una sonrisa irónica en el rostro. —¿Cómo le va a la parejita? ¿Lo pasáis bien?

Sonrieron volviéndose hacia ella que no se cortaba en mover las caderas bajo su vestido rojo de una manera tan exagerada, que a Rebeca se le escaparía la risa si su marido no estuviera pensando en esas caderas precisamente.

—Es una fiesta maravillosa —dijo Duncan cogiéndola por la cintura para retenerla—. Y menudas vistas.

—Este piso me lo compró mi difunto marido en un aniversario.

—Debía amarla mucho —dijo Rebeca de manera inocente.

—Claro que sí, le volvía loco todo de mí. —Miró con gula a su marido y Duncan al sentir que se tensaba apretó ligeramente su cadera. —Mi madre me dio unos consejitos sobre cómo satisfacer a un hombre y siempre le he hecho caso.

—Quizás quisiera compartir su sabiduría con una recién casada en su luna de miel —dijo intentando disimular que le gustaría sacarle los ojos.

Con ironía la miró a los ojos. —Cielo, se nota que eres demasiado inocente como para que te explique nada. Se lo

explicaría a tu marido.

Sería zorra. Duncan rio por lo bajo. —Creo que ya sé todo lo que quiero que sepa mi esposa.

—Ah, eres de los que mandan. En cuanto te vi en ese restaurante, me dije que eras como mi adorado esposo. Es una suerte que te invitara a mi fiesta y tuvierais tiempo en ese apretado itinerario de luna de miel.

—Ha sido un gusto acompañarte en esta perfecta velada, pero ya es hora de irse. Rebeca todavía no se ha acostumbrado al cambio de horario y está agotada.

—Lo entiendo, yo odio el jet lag. Pero si quieres, después de dejarla en el hotel puedes volver, la fiesta se alargará hasta el amanecer y lo interesante empezará en un par de horas.

—No creo que mi marido pueda volver porque me tiene que enseñar algo de eso que quiere que aprenda. —Sonrió. —Y soy una alumna malísima, así que tendrá que emplearse a fondo.

Duncan rio por lo bajo. —Al menos lo intentaré, preciosa. —Cogió la mano de su anfitriona y la besó como todo un caballero. —Gracias por tu hospitalidad.

—Cuando vuelvas a Venecia no dudes en venir a verme —dijo comiéndoselo con los ojos—. Para mí será un placer enseñarte lo más interesante de la ciudad muy a fondo.

—Puede que acepte la invitación. —Alargó la mano hacia su esposa que la cogió de inmediato. —Vamos, nena —dijo disimulando como clavaba sus uñas en su piel. Fueron hasta la puerta—. Preciosa, ¿quieres despellejarme?

—Lo haría. —Entraron en el ascensor privado. —Te he oído.

—¿Cuándo exactamente? —preguntó pulsando el botón del bajo.

—Has pensado en sus caderas.

—¿De veras? —preguntó divertido.

Entrecerró los ojos con ganas de sangre.

—Nena… Contrólate.

—Te gusta.

—A cualquier hombre le gustaría, es muy hermosa.

—Uy, lo que ha dicho…

—Pero eso no indica que vaya a acostarme con ella.

—Más te vale —dijo entre dientes.

—¿Celosa?

—Cariño, no querrás verme celosa. —Dio un paso hacia él pegando su cuerpo al suyo. —Recuerda que a este juego podemos jugar los dos. —Besó su labio inferior antes de salir del ascensor con la cabeza muy alta.

Duncan frunció el ceño. —¿Qué has querido decir? —La vio subirse a la barca. —¿Nena?

—Cielo, vamos que tengo hambre.

Al parecer se había acabado la conversación. —Podemos pedir algo al servicio de habitaciones. —Se sentó a su lado y la barca empezó a navegar por el canal.

—Estarás de broma. —Se abrazó a él. —Estamos en Venecia, es nuestra luna de miel y quiero disfrutar.

Su marido sonrió. —Pues aprovechemos el tiempo.

Después de ir a cambiarse a la habitación para vestirse como cualquier turista de la ciudad, recorrieron la plaza de San Marcos y callejearon hasta llegar a un bonito restaurante que Duncan conocía. —Habías estado antes aquí, ¿eh?

—Unas tres veces —dijo enrollando los espaguetis—. ¿Y tú?

—Una nada más, pero solo estuve cuatro horas.

—Una misión meteórica.

—Y que lo digas. Fue la primera vez que sentí el peligro de verdad.

Se la quedó mirando. —¿Y eso?

—"El objetivo era más grande de lo que me habían dicho. Me informaron mal y casi me mata."

—"Nena no te he visto ninguna herida aparte de lo de la frente."

—"Me rompió la pierna y el antebrazo antes de poder clavarle el cuchillo en la nuca."

—Hostia.

Se metió los espaguetis en la boca. —"¿Y tu peor objetivo?"

—"No he tenido un objetivo como tal, solo he matado para evitar que me descubrieran. Una vez un cabrón me disparó a la cabeza, menos mal que tenía puesta una gorra de beisbol y no calculó bien. Pero me rapó en línea recta…"

Rebeca se echó a reír mientras inclinaba la cabeza hacia ella para mostrarle una pequeña cicatriz entre el cabello. —¡Venga ya,

eso no es nada!

Rieron. —No, en serio —dijo él—. Lo mío era bastante seguro. Solo en dos ocasiones me he visto en verdadero peligro aparte de lo del puente.

—A mí una vez no se me abrió el paracaídas, pero fue en un entrenamiento.

—¿Y cómo te salvaste?

—Mi profesor vino a por mí.

—Chica afortunada.

Le miró con amor. —Sí que lo soy, te tengo a ti.

Él le guiñó un ojo. —Lo mismo digo.

—Esto puede funcionar, ¿verdad?

—Nena, ¿por qué me preguntas eso?

Negó con la cabeza. —Déjalo, es una tontería.

—Dímela. Me interesa todo de ti.

—¿Has pensado en el futuro? ¿En lo que ocurrirá?

—En nuestra profesión solo hay que pensar en el presente, lo sabes muy bien. Y nuestra relación es perfecta. Mucho mejor de lo que jamás he podido imaginar. —Alargó la mano cogiendo la suya.

—Todo está bien. Estos últimos meses se han relajado y cuando regresemos a casa tendremos nuestro propio equipo.

Era tan feliz a su lado, era tan perfecto y se complementaban tan bien que tenía miedo, miedo a perder todo lo que habían conseguido. Su vida no podía ser tan perfecta, nunca lo había sido y temía que todo explotara a su alrededor en cualquier momento, pero no lo demostró como siempre. Sonrió. —Tienes razón, ¿por qué preocuparse por algo que no ha llegado? Vivamos el presente.

# Capítulo 10

Sara se sentó ante ella en la cafetería. —¿Qué tal la luna de miel?

—Perfecta.

—Al parecer hicisteis un trabajo increíble.

Jeremy entró en ese momento con un sobre en la mano y se sentó al lado de Sara.

—¿Y Lori?

—En la furgoneta, vigilando el perímetro —contestó poniendo el sobre ante Rebeca—. Priscilla está con ella.

Les miró a los dos fijamente. —¿Que opináis de vuestra nueva compañera?

—No me fío de ella. Engañó a su marido, a la persona que prometió que amaría siempre —dijo Sara—. Eso demuestra que no

es de fiar. Si no le quería que le hubiera dejado antes.

—Duncan confía en ella, pero la quiero vigilada, ¿me habéis oído? Al menos hasta que demuestre que podemos confiar en ella.

—De acuerdo, jefa.

—¿Quién te ha dado esto? —preguntó mirando el sobre.

—Son las fotos que os saqué en la boda.

Sonrió emocionada. —¿De veras? —Abrió el sobre a toda prisa para sacar las fotos. Ella en la suite del hotel mostrando la espalda al descubierto del vestido más hermoso que se había puesto jamás. Sara poniéndole el adorno en los marcados rizos pelirrojos. Ella caminando sola por el pasillo con Duncan al fondo. Sonrió porque estaba guapísimo con un smoking negro. Le encantaba verle de smoking. Volvió la foto y allí estaban los dos ante el sacerdote de espaldas al fotógrafo. En la siguiente Duncan le ponía el anillo en el dedo.

—Jeremy son buenísimas —dijo Sara estirando el cuello para verlas también.

La siguiente ya era en el convite donde los muchos invitados de su marido y de su suegro brindaban por su matrimonio. En otra foto estaba bailando con Duncan y se miraban a los ojos. Recordaba

ese momento, hablaban en silencio sobre a donde la llevaría de luna de miel. Sus ojos fueron a parar a Edward que estaba fuera de la pista de baile. Les observaba, pero sus ojos mostraron una frialdad que la alertó. Terminó de mirar las fotos y miró a su amigo a los ojos. —¿Qué opinas?

—Debes tener cuidado. Tu felicidad no ha sentado demasiado bien.

—¿De qué habláis? —preguntó Sara.

—Edward.

—No fastidies. ¿Va a crearnos problemas?

Miró a su amigo a los ojos. —¿Jeremy?

—Se ha puesto en contacto con cierta persona, que se relaciona con gente que no conviene tener de amigos si vives en los Estados Unidos.

—Mierda —dijo entre dientes—. ¿Quién es?

Su amigo sacó una foto del bolsillo de la cazadora y la puso sobre la mesa. Sorprendida la agarró. —No puede ser. ¿Leila?

—Al parecer vuestra antigua compañera de juegos ahora juega a otra cosa.

—Le dieron la baja, perdió una mano y le dieron la baja —dijo Sara igual de impresionada.

—Rebeca, ¿has vuelto a hablar con ella?

Apretó los labios. —Claro que no. Nos advirtieron que no debíamos vernos más. Nuestras vidas ya no tenían nada que ver.

—Pues mira por dónde vas a volver a verla, porque ahora trabaja para los cubanos.

Intentó no mostrar nada. —¿Qué?

—Y por lo que he averiguado le pagan muy bien por espiar lo que ocurre en la Bahía de Guantánamo. Vive en Washington y tiene contactos que al parecer hablan de más.

—¿Cuál es su relación con Edward?

—Al parecer tu cuñado la conoció cuando estabais de luna de miel y se ha visto ya dos veces en Washington con ella. No pinta bien. Creo que les ha hablado de vosotros y todos sabemos que nadie debe hablar de vosotros.

—No se atrevería.

—De todas maneras, aunque Edward haya hecho algo o no, ya ha transgredido las reglas. Se relaciona con una antigua espía, debemos eliminarlo.

Apretó las mandíbulas. Si ordenaba eso, su marido no se lo perdonaría jamás.

—Antes averiguaré lo que está pasando. ¿Esto lo sabe alguien?

—No. Sé que harás lo correcto.

—Vigilar a Leila, quiero saber todos sus contactos en Washington y qué se propone. Yo me encargaré de Edward.

Estaba sacando el asado del horno cuando escuchó la mente de su marido. Vaya, no le había salido tan mal. Unas prácticas más y sería una chef de primera. —¡Estoy aquí!

—Preciosa, he tenido un día fantástico. He cerrado tres contratos con unas cadenas de hoteles. —Entró en la cocina y la miró asombrado. —¿Has cocinado eso?

Sonrió radiante. —He sacado la receta de internet.

—Dios mío, ¿qué es? ¿Y si nos envenenas?

—¡Eh!

Se echó a reír y la cogió por la cintura para levantarla. Ella le besó. —Sí que estás contento.

—Ni te lo imaginas. —Miró el asado a medio calcinar. —Nena, tiene una pinta estupenda. —Frunció el ceño al ver el sobre. —¿Qué es eso?

—Las fotos de la boda que sacó Jeremy. Son preciosas, ya verás.

—¿De veras? —La sentó sobre la encimera y cogió el sobre. Las pasó una por una. —Vaya, son estupendas. —Volvió una. Ellos ante el altar mirándose a los ojos. —¿Enmarcamos esta? —Miró otra e hizo una mueca. —La verdad es que todas son buenísimas.

—Eso pensaba yo.

—Las enmarcaremos todas. Una especie de álbum para la cabecera de la cama, ¿qué te parece?

Sonrió. —Me parece genial.

La besó dejando las fotos sobre la encimera. —Me voy a duchar.

—Mientras tanto pondré la mesa.

—Estaré enseguida.

—Cielo, no hay prisa.

Él le guiñó un ojo antes de salir de la cocina y Rebeca perdió la sonrisa poco a poco. Cualquier agente de la CIA, hasta el más

ciego, hubiera tomado en cuenta la mirada que su hermano mostraba en esas fotografías, pero él no había dicho ni una palabra, es más, había cerrado totalmente su mente en cuanto la había visto. Muy bien, cielo, ¿quieres jugar duro? Puedo hacerlo.

Caminó empujando la puerta de cristal y pasó ante la recepción dejando a la chica con la palabra en la boca. Pasó entre las mesas y sonrió a su secretaria. —No hace falta que me anuncie.

—¡Oiga!

Entró en el despacho y cerró la puerta ante las narices de su secretaria que la seguía. —Cuñado, ¿a que no me esperabas?

Edward tras su mesa se tensó. —Rebeca, qué sorpresa.

—Seguro que sí. —Cerró la puerta con llave. —Amigo, si no quieres que mis compañeras te persigan por medio mundo, te aconsejo que sueltes el arma que tienes en la mano. Eres transparente para mí. —Caminó hacia su mesa sentándose en el borde.

—Es solo por precaución, te noto algo enfadada. ¿Qué haces aquí?

—¿No está claro? Has sido malo.

—No sé de qué hablas.

—¿Me tomas el pelo? Háblame de Leila.

Se tensó con evidencia y Rebeca sonrió con ironía. —Eso es lo que te delata, no sabes disimular tus emociones. —Le miró fríamente. —Leila, y más te vale que seas sincero porque sino te llevaré a la central y puede que no salgas de allí.

—La conocí hace unas semanas. No tiene nada de malo, se ha convertido en una amiga. A veces quedamos a cenar y tomamos unas copas, no tiene nada de malo.

—Tú amiga era una de las mías.

—¿Me estás mintiendo?

—¿Por qué iba a hacerlo, estúpido? ¿Dónde crees que perdió la mano? Se la cortaron en un interrogatorio en Kabul.

Edward entrecerró los ojos. —Qué estupidez, ella no está metida en esto. Tiene una galería.

—Una galería, ¿eh? Vaya, ha debido aprender mucho de arte, aunque no me extraña, porque dejaba unas pintadas de lo más interesantes en las paredes hechas con la sangre de sus víctimas.

—¿Pero estás loca? ¿Qué dices?

—¿No me crees? —Tiró una foto ante él y Edward vio a Leila con quince años disparando en uno de los entrenamientos. —¿Eso te vale?

—No puede ser.

—Oh, por favor, eres una vergüenza para la profesión. —Le miró con desconfianza. —Me la estás jugando y eso no te conviene nada, cuñadito.

—Yo no sabía nada de esto. ¡Se me acercó ella en un bar!

Llevó la mano a la espalda y sacó una pistola con silenciador. La miró fríamente. —Eso es, ese es el agente que se espera de ti. Lo que he visto hasta ahora no era nada convincente. Si no tuvieras nada que ocultar, no hubieras cerrado tu mente a mí como tu hermano te enseñó.

—¿Qué quieres?

—¿Sabes? Esta noche le he dado muchas vueltas mientras tu hermano dormía y no ha dejado de rondar mi cabeza algo que dijo tu padre en el barco, Duncan siempre ha cuidado de ti. Ayer me mintió y estoy muy mosqueada.

—¿Ahora tengo la culpa del fracaso de tu matrimonio?

Esa frase fue como una cuchillada. —¿Qué sabes tú de mi matrimonio?

Edward sonrió con una malicia que le puso los pelos de punta. —¿Crees que esto se iba a quedar así? Te aconsejo que veas el video de su primera boda y la compares con la tuya.

—Solo quieres hacerme daño porque tomé la decisión de salvarte la vida. ¡Asume tus cagadas y déjanos en paz!

—¿Qué yo os deje en paz? Deberías estar mejor informada. —Se adelantó en la mesa. —Si tanto te quiere, debería contártelo todo.

—No creas que vas a enturbiar la relación que tengo con mi marido porque no me haya dicho lo que está pasando. Seguro que tiene sus razones para mentirme, pero te juro que las voy a averiguar. —Levantó el arma y le lanzó un dardo que le dio en el cuello haciendo que su cabeza rebotara con fuerza contra la mesa. —A mí con chorradas no, majo. —Se acercó y puso su mano en la frente. Apretó los labios viendo como Duncan se reunía con él en ese mismo despacho y le decía que debía ir a Washington ya. Cuando terminó de ver lo que le interesaba, enderezó la espalda y le cogió del cabello antes de quitar el dardo tranquilizante de su cuello. —Debí haberlo supuesto.

Rebeca entró en casa y frunció el ceño cuando no escuchó a su marido que ya debía haber llegado. No le había comentado que tuviera ninguna reunión que le retrasaría. —¿Duncan? Mi amor, ya he llegado. —Dejó su bolso a un lado de la puerta y llevó la mano a la pistola que tenía a su espalda en la cinturilla del pantalón. —¡Duncan, ya estoy en casa! —Caminó hacia la cocina y cubriéndose empujó la puerta para ver que estaba vacía, pero aun así entró rodeando la isla. Vio las fotografías sobre la mesa al lado de la ventana, pero las ignoró para regresar al salón y recorrerlo con la intención de ir hacia el despacho, pero algo le detuvo en seco volviendo la vista hacia el televisor donde había una fotografía pegada en la pantalla. Una fotografía de Leila con un círculo rodeando su cabeza. Juró por lo bajo acercándose y la arrancó de la pantalla. Era una foto de antes de que le cortaran la mano. En ella reía sentada a su lado mientras le ofrecía una jarra de cerveza. Había otras de sus chicas en la mesa. Era un cumpleaños y una de ellas le tendía un regalo. Lo recordaba perfectamente. Fue su primera pistola fuera del sitio donde la habían instruido. El colegio. Entrecerró los ojos volviendo la foto. "Ahora todas somos familia."

Fue la misma Leila quien dijo esa frase años antes. Sintiendo que el miedo la atenazaba porque tenía el presentimiento de que algo iba muy mal, juró por lo bajo corriendo hacia el dormitorio. —¡Duncan!

Ante la puerta número veintiséis dijo que aquello era una ironía. ¿Precisamente ese número cuando era el que había llevado en la agencia? Pulsó el timbre, mejor entrar por las buenas.

—Ya voy.

Puso los ojos en blanco, estaba claro que había olvidado las buenas costumbres. La puerta se abrió mostrando a su antigua mejor amiga y esta no disimuló en absoluto su sorpresa. —¿Qué coño haces tú aquí?

—Hola a ti también. —Entró en la casa y miró a su alrededor. —Bonito salón. ¿Estás sola?

Leila cerró a toda prisa. —Claro que sí.

—Tenemos que hablar.

—Esa frase nunca trae nada bueno, lo sabes. ¿Qué pasa? ¿Me quieren eliminar y te han enviado a hacer el trabajo?

La veía demasiado relajada para que tuviera algo que ver con la desaparición de su marido. Allí había algo que olía muy mal. —Siéntate Leila —dijo fríamente.

Esta bufó yendo hasta el sofá y dejándose caer. Al ver que miraba su muñón cubierto por una funda de seda que combinaba con el vestido que llevaba, esta hizo una mueca. —Sí, ahora lo combino con todo.

—Lo siento mucho.

—Igual si hubieras estado allí lo habrías impedido. —Hizo una mueca. —O te habrían matado, vete tú a saber. No fue culpa tuya.

—Sí que lo fue, debí haber ido contigo. —Se sentó en el sofá de al lado y apoyó los codos sobre las rodillas para mirarla fijamente.

Leila sonrió con tristeza. —Te enviaron a otra misión.

—Que podía esperar.

—Da igual, de todas maneras les salió el tiro por la culata.

—¿Qué quieres decir?

Agachó la vista. —Es igual, déjalo.

—No, quiero que me lo digas.

La miró a los ojos. —Es increíble que alguien que puede verlo todo de los demás, sea tan ciega. Lo hicieron a propósito, fue una

trampa para que no saliera de allí con vida porque me lie con aquel agente.

Se le cortó el aliento. —Eso que dices es un disparate, eras una de sus mejores agentes y jamás pusiste en peligro ninguna operación por ese lío.

—Bah, qué sabrás tú. Pregúntale a tu cuñado como despachan sus asuntos en la CIA.

—Sí, ya sé que os veis de vez en cuando. Y suerte tuvo él de no ser eliminado. ¿Te dijo que fue gracias a mí?

—Sí. Sé que les salvaste la vida a los tres.

—Es evidente que habéis hablado largo y tendido. —Mejor ir al grano. —¿En qué estás metida, Leila?

—¿Yo? En nada.

—No me hagas esto. No hagas que tenga que entrar en tu mente para averiguarlo todo.

La miró fijamente con sus ojos castaños. —¿Qué sabes?

—Que te relacionas con quien no debes. Altos cargos del ejército estadounidense. Y que últimamente recibes dinero de unas cuentas asociadas a miembros del gobierno cubano. Tengo entendido que te interesa mucho Guantánamo.

Sonrió con ironía. —Sí que vienes a matarme.

—¿Qué quiere Edward que hagas por él?

—¡Nada!

—Sé que mi marido le envió aquí, a Washington, con la misión de contactar contigo. ¿Para qué? —La fulminó con la mirada. —Leila, sabes que no tengo paciencia.

—Pues mátame de una vez porque no tengo ni idea de que me hablas.

—¿Esto va a ser por las malas?

Sonrió con ironía antes de mirar tras ella. Demasiado tarde escuchó la mente de otra persona porque cuando se volvió un hombre de color ya le había disparado el dardo que la desmayó casi en el acto haciéndola caer sobre el sofá.

# Capítulo 11

Los párpados le pesaban y la cabeza parecía que le iba a estallar, pero lo ignoró para intentar abrir los ojos. Olía a cerrado, a rancio. Un olor tan fuerte que le indicaba que estaba en un sitio que no había sido ventilado en mucho tiempo. Escuchaba una gota cayendo. Una tras otra. Caía sobre algo metálico y la estaba volviendo loca. Consiguió abrir los ojos en apenas una rendija para solo ver oscuridad. Mierda. Tenía frío y estaba tumbada boca abajo sobre algo duro. Abrió ligeramente sus ojos de nuevo para ver la sucia baldosa. Elevó un poco los ojos para ver la luz de emergencia que estaba encendida indicando una salida. Pero todo estaba lleno de telarañas como si el lugar estuviera abandonado. Intentó levantarse, pero el cuerpo aún no le respondía. Respiró hondo cerrando los ojos. Dale tiempo a tu organismo, Rebeca. Intentó escuchar algo, algo que le indicara donde estaba, pero solo había

silencio. Supo que no estaba dentro de una ciudad, allí siempre había ruidos del tráfico, pero en ese lugar no se oía nada, parecía una tumba. Sintiendo que se le helaba la sangre intentó levantarse de nuevo y pudo apoyar las manos en el suelo para incorporarse un poco. La luz de emergencia iluminaba lo suficiente para ver la puerta cerrada. A su alrededor no había nada, una habitación vacía, pero tuvo la impresión de que eso había sido antes un hospital. Se giró muy despacio y efectivamente lo había sido, porque había un cartel con las pautas infantiles de vacunación en mil novecientos setenta y dos. ¿Qué diablos estaba pasando allí?

—¿Ya te has despertado? —preguntó una voz electrónica a través de un altavoz.

Sorprendida se volvió para verlo al lado de la puerta pegado con cinta aislante a una webcam. —Bienvenida al mundo real. —Unos focos en el techo la iluminaron haciendo que tuviera que cerrar los ojos. —Como pueden comprobar, el lote de hoy es algo realmente extraordinario. Rebeca es capaz de leer la mente de cualquier persona en este mundo, averiguar sus secretos y matarle con una facilidad pasmosa, pues ha sido entrenada para ello desde muy joven. Pero desgraciadamente no colaboraría por voluntad propia, pues tiene muy arraigado su deber a su país. Por eso

incluimos en el lote algo con lo que puedan presionarla para realizar su trabajo. —Rebeca tembló por dentro. —Su mejor amiga Sara, su mano derecha Jeremy, su cuñado y el premio gordo, su marido, la persona por la que haría cualquier cosa incluso traicionar a su país.

Al menos ya sabía dónde estaba su marido o al menos con quien. Miró con odio hacia la cámara. Necesitaba ganar tiempo. —Mientes, no tienes a ninguno de ellos.

—También teníamos a Lori, pero se resistió tanto que tuvimos que matarla.

—Hijos de puta.

—Más respeto, mis clientes van a pagar muchísimo dinero por tus habilidades.

—Antes muerta, ¿me oís? —gritó furiosa—. ¡No pienso colaborar en nada! ¡Perderéis vuestro dinero!

—Y tú la vida. ¿En serio quieres matar al hijo que esperas?

Se le cortó el aliento. —¿Cómo lo sabes?

—Tu marido te leyó mientras dormías. El pobrecito estaba deseando que se lo dijeras. No hacía más que hablarlo con su padre de lo ansioso y contento que estaba. Y fíjate, como no me hagas

caso van a terminar muriendo todos, incluida tú con el hermoso bebé que esperas.

Sintiendo que la rabia la recorría consiguió ponerse en pie. —Te juro que como no me dejes salir…

—Empieza la subasta, sonríe. —Se echó a reír.

—¡Hija de puta, déjame salir!

—Se garantiza que se proporcionarán otras personas con las que presionar a Rebeca en caso de que mueran los que ya van en el lote.

—¡Te voy a destripar!

La puerta se abrió de repente cortándole el aliento y el hombre de color entró en la sala con Leila llena de golpes. Su mirada de pánico decía que todo se le había ido de las manos. —¿Qué ha pasado?

—Me han utilizado, lo siento. No quería que pasara esto.

—¿Quién es? ¿Quién está detrás de todo esto?

El hombre la encañonó en la nuca haciéndole daño y Leila cerró los ojos temiendo que la matara. —Cierra la boca, ni una palabra más —siseó él estremeciendo a su amiga de miedo.

—¿Quieres averiguarlo? —preguntó la voz electrónica—. Léelo en su mente. Señoras y señores, esta es una demostración de lo que es capaz de hacer. Vamos Rebeca, muéstrales tus habilidades.

Estaba claro que si no lo hacía Leila moriría allí mismo. Además, necesitaba saber quién estaba detrás de todo aquello. Aunque Leila estuviera retenida por ese no se fiaba un pelo, podía ser una trampa y necesitaba averiguar lo que sabía. Miró a Leila a los ojos y entró en su mente. "Cálmate, si no lo haces leerte será más confuso"—le susurró mentalmente. Su amiga respiró hondo—. "Háblame con la mente. Relaja las facciones de la cara, que no vean tu reacción a mis preguntas." —Su amiga no movió el gesto. —"¿Qué está pasando? ¿Quién está detrás de todo esto?"

—"No lo sé, me han engañado como a ti. Pero tengo la impresión de que esto empezó antes de que te casaras."

—"¿Qué quieres decir?" —preguntó impaciente.

—"Hace dos meses fui a Nueva York por un pintor que empieza a despuntar. Me reuní con él en el Soho y fue cuando te vi. Salías de un edificio de ladrillo rojo."

—"¿Ladrillo rojo? ¿Como una antigua fábrica con grandes ventanales? Es donde mi marido tiene su casa."

—"Te seguí con intención de hablar un rato contigo discretamente. Entonces me enteré de que te ibas a casar. Te encontraste con Sara y te probaste un vestido. Quise entrar en la tienda, pero no me atreví. Fue cuando vi la furgoneta de la lavandería y me alejé cagando leches."

—"¿Me seguían?"

—"Sí, así que intenté advertirte. Investigué con quien ibas a casarte y después de un par de días me enteré de que era agente como nosotras."

—"¿Cómo te diste cuenta? Eso es un fallo de seguridad." —Se le cortó el aliento. —"Dios mío, Edward."

—"Le conocí una semana antes de la boda. Era evidente que quería desahogarse y bebió un montón. Me di cuenta de inmediato por la jerga que usaba que era uno de los nuestros. Además, iba armado y en su cartera llevaba dos carnets falsos. Muy buenos pero falsos, así que supe que trabajaba para el gobierno. Me preguntó cómo me había hecho lo de la mano y le dije la verdad para comprobar su reacción. Se quedó de piedra y empezó a hacer preguntas de donde había trabajado y si te conocía."

—"Todo para sacarle información."

—"Y te aseguro que no fue difícil. Estaba deseando sacar toda su mierda, está resentido contigo, cree que podías haber hecho algo más por mantenerle en la agencia. Dice que ahora tienes mucho poder allí. Pero no creo que sea mal tío, solo que todavía no se ha dado cuenta de que toda la culpa de su desgracia ha sido suya."

—"Ahora no tengo tiempo de hablar de eso. ¿Qué pasó después?"

—"Regresé a casa, a Washington. Me di cuenta de que eras muy consciente de lo que ocurría a tu alrededor y creí que lo de la furgoneta era por protección, así que regresé, pero Edward se puso en contacto conmigo y se presentó en mi casa. Me mosqueé aún más porque temí que al meter la nariz hubiera desencadenado algo, pero solo hablamos de ti en los mismos términos de la última vez, te lo juro. Necesitaba una amiga. Pero hace tres noches noté que me seguían. ¡Al verte llegar a mi apartamento creí que eras tú quien estaba detrás de mi seguimiento!"

Se le cortó el aliento. —"¿Has visto alguna vez a Duncan?"

—"No, solo a Edward."

—"¿Crees que lo de Cuba tiene algo que ver?"

—"¿Cuba? No, fueron trabajos sencillos, como información de algunos presos que están allí. Nadie de importancia."

—"¿Y ese que está detrás de ti apuntándote con un arma qué pinta en esta historia? Estaba en tu apartamento, él me secuestró."

—"A este mamón lo conocí en un bar poco antes de irme a Nueva York. Se acercó a mí y me ligó. Jamás me dio por pensar que estaba relacionado, trabaja en una empresa de transporte, por Dios. Pero es obvio que todo era una trampa desde el principio y es cómplice del que está al otro lado de ese altavoz. Aunque este no es un profesional."

—"¿Cómo lo sabes?"

—"La cartuchera está al revés."

Discretamente miró hacia allí y se dio cuenta de que tenía razón. La policía y otros cuerpos de seguridad llevaban la cartuchera a modo de cinturón, y la llevaban preparada con la empuñadura hacia atrás para coger el arma con la mano derecha, pero a ellas les habían enseñado a llevarla en el lado izquierdo con la empuñadura hacia delante porque era una décima de segundo más rápido para disparar. Ellos no debían pensar, debían actuar y el tiempo era esencial. Y a los de la CIA también les enseñaban así.

—Estoy perdiendo la paciencia —dijo la voz electrónica—. Y nuestros queridos clientes también.

—"Leila…"

Su amiga se tensó. —"¿Estás segura?"

—¿Qué has averiguado? —preguntó la voz con burla.

Sonrió maliciosa antes de mirar hacia la cámara. —Sé quién eres.

—Lo dudo mucho.

—Te conozco muy bien. Te has delatado.

Leila se agachó de golpe y se giró dándole una patada al tipo en toda la cara hundiéndole la nariz. Este cayó hacia atrás tan largo como era. —¡No necesito las manos, mamón, solo los pies! —Se agachó para coger la pistola con la mano izquierda y disparó a la cerradura antes de pegarle una patada.

—Leila la puerta se abre hacia aquí.

—Oh… —Soltó una risita. —Perdón.

—Mira que no fijarte.

—Estoy desentrenada, ¿qué pasa?

—Que ya puedes ponerte las pilas.

Se le cortó el aliento. —¿Qué quieres decir?

—Que vuelves al equipo. A mi equipo.

—¿De veras? —Sonrió de oreja a oreja. —Sí que debes tener autoridad. ¿Abres la puerta, por favor? Solo tengo una mano.

—A ver si te buscas una mecánica de esas.

—¡Son horribles!

Puso los ojos en blanco cogiendo el destrozado pomo, pero al tirar de la puerta dos disparos la atravesaron. Se agacharon cubriéndose con la pared. —Será mamón —dijo entre dientes.

Asombrada la miró. —¿En serio sabes quién es?

—¡Claro que sí, estaba tan distraído con la muerte de ese que acabo de entrar en su mente! ¡Es Jeremy! ¡Él me dio las fotos, la furgoneta de la lavandería es la que siempre usa, todo fue ideado para que desconfiara de Edward y viniera hasta aquí para alejarme de mi marido!¡Esto me pasa por no haber leído su mente más a menudo, pero confiaba tanto en él, he estado tan distraída con la boda y la luna de miel que ni se me ocurrió darle un repaso! ¡Si ya me lo dice mi marido que no hay que fiarse de nadie! ¡Es que es para matarme, si hasta sabe que estoy embarazada!

—¿Estás embarazada? ¡Felicidades!

—Sí, ya, ya… Ese mamón ha espiado a mi suegro. Ya verás cuando se entere con lo profesional que es, le va a sentar como una patada en el estómago. ¿Y a mi marido? A mi Duncan le va a salir una úlcera cuando se entere de que han escuchado las conversaciones que tiene con su padre. Si revisa que nuestra casa no tenga micros cada dos por tres. Es algo desconfiado, ¿sabes? Todo un agente de la CIA.

—Debe serlo sino no le darías ni la hora. Tiene que estar a tu altura.

—Lo está. —Un tiro atravesó la pared justo sobre su cabeza. —¡Déjalo ya, Jeremy, estás muerto!

—¡Soltad el arma!

—Ja —dijo Leila—. Solo necesito una décima de segundo para dejarte seco. ¡Entra si te atreves!

La respuesta fue un boquete encima de ellas que las llenó de polvo. —Será capullo. ¡Si me matas, esos hijos de puta no te pagarán nada por mí!

—Ya van por los ciento veinticinco millones. —Jeremy se echó a reír. —Les había demostrado lo que valías con los videos de los

interrogatorios en la central y se han puesto a pujar como locos. Ellos no han visto nada de esto, solo lo hacía por divertirme.

—Te aseguro que yo me voy a divertir aún más. —Alargó la mano hacia Leila. —Dame la pistola.

—Y una mierda —dijo incrédula—. Las pistolas no se dan, maja. ¡Sobre todo si no tienes otra y hay un agente doble pegando tiros! —A gatas se cambiaron de pared y Leila apuntó al agujero. Se quedaron en silencio.

—Ya saldréis —dijo él al otro lado.

—"La madre que lo parió, por lo visto no tiene prisa" —dijo su amiga en su mente.

—"Pues nada." —Se cruzó de brazos a esperar y Leila la miró asombrada. —"¿Qué? Estoy desarmada y embarazada, no pienso arriesgarme."

—Tenemos que hacer algo —susurró.

—"Edward fuérzala, joder."

Se le cortó el aliento porque vio como alguien tiraba de lo que parecía un grillete atado a su tobillo antes de meter el extremo de un pendiente en la cerradura y Rebeca cogió el brazo de Leila para que se mantuviera callada. Cerró los ojos para concentrarse.

—"Cielo, ¿estás ahí?"—Esperó unos segundos, pero debía estar tan concentrado en lo que estaba haciendo que no la escuchaba. O puede que estuviera muy lejos. —"¡Duncan!" —gritó mentalmente.

—"¿Nena?"

La voz se escuchaba muy lejos. —"Cielo, ¿dónde estás? ¿Has oído los disparos?"

—"No."

Gimió porque igual no estaba allí y sería lógico si Jeremy no quería problemas. —"¿Dónde estás? ¿Estás en Washington?"

—"No, estoy en Nueva York. En un almacén abandonado en Queens. Estamos engrilletados a la pared."

—"Dios mío…"

—"Nena, ¿dónde estás tú?"

—"En Washington, creo que aún sigo aquí."

—"Joder. ¿Estás en peligro?"

Hizo una mueca. —"No, qué va."

—"¡A mí no me mientas!"

—"Bueno, un poquito."

—"¡Nena, Jeremy está metido en esto y quiere inculpar a Leila! ¡Aprovechó que la vio en Nueva York para decirme que ella quería vengarse de ti! ¡Todo fue una trampa para atraerte a Washington!"

—"Sí, ya me he dado cuenta. En este momento me está subastando, ya va por los ciento veinticinco millones."

—"¿Cómo que subastando? ¿Ves a los que pujan?"

—"No."

—"Joder. No dejes que te saque de ahí, iré a buscarte."

—"Cielo, de aquí a que llegues esto se habrá acabado de un modo u otro."

—"No, nena… ¡Espera!"

Se emocionó por su desesperación. —"¿Sabes? Incluso tan lejos de ti siento tu corazón."

—"Rebeca, no…" —Cortó toda comunicación y miró a Leila con lágrimas en los ojos.

—Saldremos de esta, hemos estado en situaciones mucho peores.

—He visto lo que ve Duncan. Y aunque ha intentado ocultármelo, he logrado ver que esa nave está llena de explosivos.

Su amiga se tensó. —Supongo que se accionarán por control remoto.

—Hay un teléfono móvil conectado.

La risa de Jeremy le puso los pelos de punta. —¿Cómo ha ido la conversación con tu maridito? —preguntó con burla—. Sabía que solo debía darte tiempo, la adrenalina haría el resto. Es increíble todo lo que has desarrollado tu don desde que le conoces. A mis clientes les va a encantar. Salid con las manos en alto si no queréis que vuelen todos por los aires. ¡Ahora!

Si salían, ese cabrón no dudaría en matar a Leila solamente para darle una lección. —No seas estúpido, los necesitas —dijo con desprecio—. ¿Cómo crees que tus clientes me harán colaborar sino?

—Me importa una mierda. En cuanto reciba el dinero serás problema exclusivamente suyo. Sal, ahora, o te juro por Dios que sus pedazos llegarán hasta aquí. ¡Tirad el arma por el agujero!

Leila apretó los labios y sonrió de medio lado. —Era demasiado bueno para ser verdad. —Se apuntó a la cabeza. —¿Si es niña la llamarás como yo?

—¡No!

—Leche, qué dura eres.

Iba a arrebatarle el arma, pero la muy loca apretó antes el gatillo. Nada. Se miraron con los ojos como platos. —Upps.

—"¿No has contado las balas?" —siseó furiosa.

—"¿Para qué? No sabía las que le había metido en el cargador."

—"Eres una deshonra para el cuerpo."

—"Ya, ya, ¿qué quieres que te diga? Ahora me importa un pito."

Entonces le arrebató el arma y se la puso en su propia sien. —Levanta.

Leila lo hizo de inmediato y observó cómo se acercaba al agujero.

—¡No, no! —gritó Jeremy.

—¿Qué opinarían esos que están al otro lado de la web, idiota? ¿Crees que me considerarían una pérdida? Si me mato, ¿qué crees que harían contigo por perderme o tomarles el pelo?

—¡Baja la puta pistola! ¿Estás loca?

—Sabes que sí. ¡No pienso dejar que me vendas, cabrón! ¡Cómo si tengo que matarme! ¿Por cuánto va la puja? ¿Doscientos millones?

Jeremy se acercó con una ametralladora en las manos. —Hagamos un trato, suelto a los tuyos y tú me das el arma. ¡Solo necesito que aguantes hasta que estés en sus manos, después me importa una mierda!

Entrecerró los ojos. —Dame el detonador.

Su compañero entrecerró los ojos. —Júrame que llegarás hasta el que te haya comprado sin resistirte. —Sacó un móvil del bolsillo y se lo mostró. Tenía una cuenta atrás de la que faltaban solo cuatro horas. Lo suficiente para cerrar el trato e ir en avión hasta allí a recogerlos, a no ser que algo saliera mal. —Júramelo por tu marido o esto se acaba aquí para todos.

—Dame ese móvil.

—¿Es un trato?

—Te lo juro. —Le miró con desprecio. —¿Qué hice mal? ¿Cuándo perdí tu lealtad?

—En el mismo momento en que pusiste los ojos en él.

—¿Has hecho esto por celos? —preguntó Leila sorprendida—. Tío, que chavalas las hay a patadas.

—Pero chavalas que me puedan proporcionar más de doscientos millones solo hay una. —Puso el pulgar en el lateral del

móvil. —¿Sí o no?

Bufó. —Ya te lo he jurado, ¿no? ¡Tíramelo!

Jeremy se lo tiró y ella lo cogió al vuelo. Tiró el arma al suelo y canceló la detonación suspirando del alivio. Él entró en la habitación apuntándola con el arma justo cuando ella tiraba el móvil al suelo y lo aplastaba con el tacón de su zapato para que no pudiera reactivarla. Jeremy le puso el arma en la sien y la agarró del brazo para tirar de ella fuera de la sala. Sonrió internamente porque no había disparado a Leila y preguntó —¿Qué vas a hacer con ella?

—Hasta que no tengas a tu hijo, es la única rehén que me queda para que esos mamones te presionen. —Desde el pasillo gritó —¡Ven aquí!

Leila suspiró yendo hacia ellos. —¿No lo pides por favor?

—¡Camina delante de mí hasta el final del pasillo!

Leila empezó a caminar, pero de repente se detuvo en seco para volverse. —Oye, acabo de darme cuenta de una cosa.

—¿Sí? ¿De qué? —preguntó Rebeca divertida.

—Que no nos va a matar a ninguna de las dos por la cuenta que le trae con esos de la subasta. ¡Acaba de perder lo que tenía para negociar!

Ambas miraron hacia Jeremy que asombrado negó con la cabeza. —Me lo has jurado.

—¿Y has creído mi juramento? ¿O he hecho que me creas?

Dio un paso atrás impresionado. —Has entrado en mi mente. Me has manipulado para que te diera el detonador —dijo pálido.

—Sí, lo he hecho. He incluso te he hecho creer que Leila es importante para tu plan. Tenías razón, desde que conozco a mi marido soy capaz de hacer muchas cosas que no he contado porque no me convenía. —Alargó la mano mirándole a los ojos. —Y ahora me darás el arma. —Él gritó llevándose la mano a la sien. —Mi marido no soporta que grite en su mente, ¿tú cómo lo llevas? Puede llegar a volverte loco, ¿no es cierto? —Jeremy intentó disparar, pero ella le agarró el brazo antes de que lo hiciera pegándole una patada en el vientre que le dobló. Leila gritó tirándose sobre él que se golpeó con fuerza contra la pared, ahí Rebeca aprovechó para arrebatarle la ametralladora y le disparó en la rodilla haciéndole caer. Leila se apartó y Rebeca pudo apuntarle a la cabeza. —¿Qué hay al final del pasillo? —preguntó fríamente.

—El ordenador.

—Leila cachéale.

Su amiga se agachó con precaución y empezó a cachearle. —Tranquila, no se moverá. —Leila sacó un cuchillo de su bota y una pistola del tobillo. Se puso de pie apuntándole como ella y Rebeca ordenó —Muévete. A gatas.

—¿A gatas? ¡Tengo la rodilla herida!

—¡Me importa una mierda, a mí como si tienes que arrastrarte, mamón! ¡Muévete, ahora!

—¡Mátame de una puta vez!

Sonrió con ironía. —¿Antes de que tus amiguitos vean lo que voy a hacer contigo? ¿Y lo que haré con ellos por pujar por mí? —Negó con la cabeza. —No.

Leila sonrió maliciosa levantando el cuchillo. —Hago maravillas con esto incluso con la izquierda.

—Hijas de puta. —Se empezó a arrastrar.

—¡Más deprisa! —gritó viendo el reguero de sangre que iba dejando. Disparó a sus pies y el muy mamón se arrastró más rápido —. Eso, como cuando estabas en el ejército en esos ejercicios tan duros.

—¿Estuvo en el ejército?

—Cuando me lo metieron en el equipo porque tenía que haber un hombre, me dijo la jefa que había estado en las fuerzas especiales nada menos.

—Oh, pues puede ir más rápido. —Leila le disparó en el muslo. —Vamos, vamos, vosotros aguantáis muy bien el dolor. —Llegaron a la sala donde solo había una mesa, una silla y el ordenador encima con varias armas a su lado. En una de las pantallas se las enfocaba a ellas entrando y en las otras había cuatro hombres de traje mirándolas como si no se creyeran lo que estaba ocurriendo. —Encárgate de él.

—Entendido jefa, te aseguro que no se moverá.

Se sentó en la silla sonriendo y dejó la ametralladora a un lado. —Señores, me uno al juego.

Un asiático sonrió. —Eres todavía mejor de lo que creía, doy cien millones más por ti. Vente conmigo y tendrás todo lo que puedas desear.

—Una oferta muy tentadora, pero es del lado equivocado.

—Doscientos millones —dijo uno con acento ruso.

Mientras discutían el precio, Rebeca se concentró en ellos y uno a uno entró en sus mentes hasta que vio a un guardaespaldas

que pasaba tras el asiático con una pistola. Entonces tuvo que pensar en todos los que estaban en cada una de esas habitaciones. Jamás había empleado tanta energía en ello y creyó que no podría conseguirlo hasta que uno de ellos se llevó el arma a la sien y se disparó en directo antes de que otro hombre que estaba detrás hiciera lo mismo. El asiático gritó, pero una bala le dio en la cabeza tirándolo a un lado. Leila dejó caer la mandíbula del asombro mientras los demás se mataban los unos a los otros antes de suicidarse hasta que ya no quedó nadie. Mareada se giró en la silla y susurró —No sé qué me pasa. Han debido matar a alguno antes de que saliera de él —dijo antes de caer desplomada de la silla.

—¡Rebeca!

Jeremy se echó a reír y esta le fulminó con la mirada. —¿Te ríes? —El tiro entre los ojos le quitó la risa de golpe. —Así está mejor.

# Capítulo 12

Duncan sentado en una silla se pasó las manos por la cara sintiéndose frustrado porque los médicos no le habían dicho nada todavía. Había sido trasladada al Sinaí pues los neurólogos del hospital de Washington no sabían lo que le ocurría. Llevaban tres días de pruebas y no se despertaba. Sara llegó con un café en la mano y se lo tendió antes de sentarse a su lado. —¿Todavía nada?

—No.

—Lo siento mucho.

—Se va a despertar —siseó antes de beber de su café.

—Me habló de esto, ¿sabes? Cuando entró en la mente del coreano ese que se moría, vio la neblina y se sintió mal, pero lo achacó a la droga. Fue cuando murió, ahí se dio cuenta de que podía haber muerto también.

La miró sorprendido. —Nunca me dijo nada.

—Es un riesgo, pero ella es la única que puede correrlo.

Pensando en ello miró el suelo. —No puedo entrar en ella. Cuando dormía a veces podía, pero me ha bloqueado o…

—¿Se ha acabado? Eh… —Duncan la miró. —Es muy fuerte. Es la persona más fuerte que conozco. Cuando estábamos en el colegio sufría más castigos que nadie y siempre los aceptaba con una sonrisa.

—¿Por qué la castigaban?

Leila sentada frente a ellos sonrió. —La pillaban dibujando.

—¿La castigaban por dibujar?

—Dibujaba pensamientos de los profesores para burlarse de ellos. —Ambas rieron por lo bajo. —Una vez dibujó a la señora Petterson haciéndoselo con uno de los guardias en el cuarto de la limpieza. La que se lio. —Leila suspiró. —Qué recuerdos, parece que fue hace una eternidad y solo fue hace diez años.

—Cierto, justo antes de la universidad.

—¿Os dejaron ir a la universidad?

—Por supuesto, teníamos que hacer vida normal, mezclarnos con los civiles para tener un pasado. Hicimos amigos, trabajamos a

media jornada para hacer que teníamos que pagar la matrícula, cosas así. Después cada una obtuvo un trabajo de pega para que se lo crea la gente normal. Un trabajo en el que se viaja mucho. Casi como tú. Yo una vez maté a un tipo en la sexta avenida y después me fui al cumpleaños de una amiga del edificio. Nuestra vida es así, ya lo sabes.

Él asintió mirando al vacío. —No me lo dijo. Tres semanas esperando a que me dijera lo del niño y no me lo dijo. ¿Sabéis por qué?

—No. No se lo dijo a nadie.

—No querrá tenerlo.

—¡Leila!

—Venga, sabes que tengo razón. Esta no es vida para cuidar de un niño. ¿Conoces a alguien que lo haya tenido? Si nuestra media de vida son los treinta y cinco, por Dios. Hemos nacido para morir matando. ¿Qué vamos a enseñarles nosotros a un niño?

—Mi padre tuvo hijos —dijo él entre dientes. Ambas se callaron y Duncan juró por lo bajo levantándose—. Tenía que haberle dicho mis sospechas, tenía que haberle dicho que había visto a Jeremy siguiéndonos.

—Sí, tenías que haberlo hecho.

—¡Leila!

—¿Qué? ¡Eran un puñetero equipo y la dejó ciega ante un enemigo! ¡Es su responsabilidad y no pienso edulcorarlo, joder! Y su hermano, otro capullo por no decirle toda la verdad cuando fue a verle al despacho. ¡Ella no hubiera ido a Washington y no hubiera caído en la trampa alejada de su equipo!

Sara miró hacia él. —¿Por qué no lo hiciste? —Vio el sufrimiento en su rostro, la impotencia. —Entiendo, por el niño.

—Mi madrastra murió en el parto de Edward —dijo con la voz congestionada de dolor—. Quería…

—Que no se preocupara por nada.

—Pues lo hiciste fenomenal —dijo Leila de manera ácida—. Jeremy no solo os pilló a vosotros antes de ir a Washington, sino que os inutilizó para ayudar a Rebeca. Sois la hostia de buenos.

Sara la fulminó con la mirada. —¡Yo no sabía nada!

—¡Era tu responsabilidad, tú tenías que protegerla! ¡Incluso de Jeremy! ¿Crees que Uno no ha hablado conmigo en estos días? Me lo ha contado todo.

—¿Qué coño pasa aquí? —preguntó Duncan.

Sara apretó los labios. —Nada, no pasa nada.

—Oh, venga ya. ¿Ahora te vas a poner tikismiquis con el secreto profesional? —preguntó Leila con burla antes de mirar a Duncan—. ¿Cuando hiciste pareja con Rebeca, os dejaron solos? No majo, mi antigua jefa no iba a consentirlo, Rebeca es una de nuestras mejores agentes. No pensaba perderla de su equipo sin luchar. Así que puso a Sara para que fuera su sombra durante los preparativos de la boda, al fin y al cabo es su mejor amiga. Y mientras tanto Uno movió algunos hilos para que cuando volvierais de luna de miel volvieran a estar juntos. Sara no se separaría de ella, ya sabes, como si el equipo se reuniera de nuevo por vuestro buen trabajo en Venecia. ¡Uno estaba convencida de que ahora que tanta gente sabía la habilidad de Rebeca habría problemas y la misión de Sara era evitar esos problemas! —Ambos miraron hacia ella con desconfianza. —Lo interesante es por qué nunca sospechó de Jeremy.

Sara palideció. —¿Qué tonterías estás diciendo, Leila?

—Nunca me gustaste. Siempre supe que tenías un doble juego. ¿Cuánto iba a darte Jeremy por cubrirle?

—¡Deja de decir tonterías! ¡Estaba tan encerrada en esa nave como ellos!

—Ya, una buena coartada, ¿no es cierto? Además, así les vigilabas mientras Jeremy estaba en Washington subastando a Rebeca. Al fin y al cabo son agentes, podrían escaparse, podrían avisar a alguien para impedir sus planes. Hasta podrían conseguir un helicóptero para llegar hasta Washington cuanto antes y rescatar a Rebeca. Quién sabe, la CIA tiene muchos recursos. Alguien debía vigilarlos.

—Estás loca.

—De hecho cuando Rebeca detuvo el detonador, Duncan se acababa de soltar el grillete, ¿no es cierto? Pero te asustaste porque no sabías lo que había ocurrido para que Jeremy desconectara a distancia la bomba, así que les seguiste la corriente escapando de la nave.

Sara no movió un gesto. —Has perdido totalmente el juicio. ¡Rebeca es mi mejor amiga y hemos trabajado juntas desde que salimos de la universidad!

Duncan entrecerró los ojos. —¿Entonces por qué no te dijo que se iba a Washington si tanto se fiaba de ti?

Separó los labios de la impresión. —¿Qué?

—En la nave dijiste que no sabías donde estaba, ¿recuerdas que te lo pregunté antes de que Rebeca contactara conmigo?

Leila sonrió maliciosa. —No se lo dijo por la fotografía. —Sara palideció. —La fotografía que llevaba Rebeca en el bolsillo de su pantalón cuando llegó a Washington y que descubrieron los sanitarios al desvestirla, Duncan. Esa foto la dejó Sara en algún sitio para guiarla hacia mí, para que sus sospechas recayeran sobre mí, estoy segura. Y estoy segura porque fue ella quien la sacó. Lo recuerdo perfectamente.

—No sé de qué habla.

—Alguien quiere hablar contigo.

Las puertas del fondo del pasillo se abrieron mostrando cuatro tipos con trajes negros. Sara se levantó y echó a correr hacia el otro lado antes de que las puertas se abrieran mostrando a dos de sus compañeras con el arma en la mano. —¡No, no! —Se volvió y Leila la apuntó a la frente con su arma. Sara entrecerró los ojos. —Hija de puta.

—Me alegra haber vuelto para ver tu caída, Sara. Aún recuerdo como sonreíste creyendo que no te veía, fue el día en que salí de la agencia porque había perdido la mano. ¿Lo recuerdas?

—Jamás has estado a nuestra altura.

—Si tengo que compararme con gente como tú, prefiero no estarlo, zorra. Saluda a Jeremy cuando le veas.

Las chicas la esposaron y tiraron de su camisa para que caminara. Sara miró a Duncan con desprecio. —Es mil veces mejor que tú. Jamás estarás a su altura y eso es lo que te matará poco a poco.

—Cierra el pico, zorra.

Sara rio. —No entendéis nada. ¡Nos dejó de lado por ti! ¡Así nos pagó todos estos años a su lado!

—¡No tenía otra opción!

—¡Y todo por salvar tu vida! ¡Las nuestras habían dejado de importarle!

—¡En cuanto pudo, pidió que volvierais a su lado!

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¡Eso yo no lo sabía! ¡Cuando regresó de la luna de miel ya fue demasiado tarde! ¡Los que pujaban ya habían visto los videos, ya esperaban la mercancía!

—Si hubieras confiado en ella esto no habría pasado.

Las chicas tiraron de ella. —¿Y tú me hablas de confianza? ¡Rebeca sabe que no confías en ella! ¡Ni siquiera le has contado tus

temores sobre Jeremy, sabe que nunca la amarás!

Duncan palideció. —¿Qué dices?

—¡Sin confianza no hay amor! —gritó—. ¡Ella confió en ti, se entregó completamente, hasta dijo que te quería, nunca se lo ha dicho a nadie y así se lo has pagado! ¡Si está en esa cama es por tu culpa! —Cruzaron las puertas y aun así gritó —¡No te la mereces!

Leila vio como su rostro mostraba el más crudo arrepentimiento y se acercó a él. —No le hagas caso, no sabe lo que dice.

—Nunca le he dicho…

—Eh... Se lo tienes que decir a ella primero. Y se lo dirás, estoy segura.

Sentado a su lado agarró su mano y sonrió con tristeza. —¿Sabes, nena? El bebé está bien. Es una niña. Besó la palma de su mano y pasó la mejilla por ella. —Venga, déjame entrar en tu mente, preciosa. Necesito hablar contigo. —Al ver que no podía agachó la mirada. —Supongo que me lo merezco. —Dejó su mano sobre la cama. —¿Sabes? El médico dice que tu coma es un caso tan extraño

que jamás ha visto nada igual. —Rio por lo bajo. —Pero es que como comprenderás no le hemos podido decir nada de lo que te ocurría. Tus órganos funcionan perfectamente y la niña está bien, pero estás en modo apagado. —Emocionado susurró —Y yo necesito que vuelvas, nena. Te necesito a mi lado. No sé qué ocurrió cuando Jeremy te secuestró, pero tienes que arreglarlo.

—"¿Crees que no lo intento?"

Asombrado miró hacia su rostro que seguía dormido. —"¿Nena?"

—"¡Duncan, haz algo!"

—¡Pero qué coño quieres que haga, despierta!

—"No puedo."—Sollozó. —"¡Esto es frustrante!"

—¿Desde cuándo puedes oírme?

—"Desde que has dicho que me necesitas a tu lado."

Él entrecerró los ojos. —Esto nos era una estratagema para que te diga que te quiero, ¿no?

Jadeó. —"¿Por quién me tomas? Tengo orgullo, ¿sabes?"—Bufó. —"No sé qué pasa."

—Bueno, tranquila igual tu cerebro solo necesita tiempo. —Sonrió cogiendo su mano. —¿Me sientes?

—"No."

—Vaya.

—"He soñado contigo."

—¿De veras? ¿Y qué hacíamos?

—"Mejor no te lo cuento."

Duncan se echó a reír. —Yo tuve un sueño parecido, es por lo que te echo de menos.

En ese momento entró el doctor con dos hombres detrás. Los tres parpadearon al ver su alegría. —Señor Fellner, ¿se encuentra bien?

—Les aseguro que me encuentro mucho mejor.

Entró en la habitación de su esposa y dejó las flores sobre la mesa antes de darle un suave beso en los labios. —Son rosas.

—"Te he dicho mil veces que no traigas flores."

—¿Las hueles?

—"No, por eso es tirar el dinero. Ni las huelo ni las veo sino es a través de ti. Duncan déjalo ya."

Se sentó a su lado y acarició su vientre. —Hoy haces ocho meses.

—"Sí, menuda tortura, menudo aburrimiento y menudo todo."

—Te noto muy positiva.

Una lágrima rodó por su sien y Duncan se preocupó. —Nena, ni se te ocurra rendirte.

—"Es como estar encerrada en una caja oscura donde no pasan las horas, creo que me voy a volver loca."

Desesperado cogió su mano. —Yo estoy aquí.

—"No es suficiente, cielo. En cuanto nazca la niña…"

—Ni se te ocurra decirlo.

—"Por favor."

—¡No!

—"Lo hará Leila. Solo tienes que pedírselo, he intentado hablar con ella, pero no puedo."

—Olvídalo, hablo en serio.

—"Mi amor… No puedo seguir así. No despertaré nunca."

—Déjame entrar, déjame estar contigo.

—"Aunque pudiera no lo haría, no sé qué podría pasar. No me perdonaría jamás arrastrarte a esto. La niña te necesita."

—Tienes miedo.

—"¡Sí, tengo miedo! ¡Tengo miedo a lo que pueda ocurrir si abro la puerta y te dejo entrar en mi mente! ¿Y si te arrastro a esta oscuridad de por vida?"

—¿Y si yo puedo llevarte a la luz? ¿Y si solo estás perdida en tu mente y no encuentras el camino? ¡Yo puedo ayudarte!

—"¡No sé cómo hacerlo y aunque supiera no pienso permitir que entres!"

Se quedaron en silencio durante varios minutos. —"Ahora cuéntame qué has hecho hoy. Has visto a Edward, ¿no?"

—En la comida, hemos comido con papá.

—"¿Y cómo está el viejo?"

—Se ha echado novia.

—"¿No me digas? ¿Y quién es la afortunada?"

—No te lo vas a creer.

—"Claro que sí." —Duncan escuchó que se le cortaba el aliento. —"Será broma. ¿Leila?"

—¿Lo has visto en mi mente?

—"Sí." —Escuchó que suspiraba. —"Edward estaba muy guapo con ese traje gris. Ha ganado el caso, ¿no? Se le veía muy contento."

—Imagínate, ha ganado con él dos millones de dólares.

—"Siento que lo echa de menos."

—Sí, pero es lo que hay y ya lo ha aceptado. Se siente responsable por lo que te ha ocurrido. Dice que debió sincerarse cuando fuiste a su despacho en lugar de tratarte como lo hizo. Estaba furioso contigo y encima yo le pedía favores. No se lo tomó muy en serio cuando le pedí ayuda y sabe que eso no es de buen agente.

—"Él no tiene la culpa de nada."

—Díselo tú, ¿quieres?

—"Muy gracioso. Si pudiera entrar en su mente en lugar de solo hacerlo en la tuya se lo diría, ¿sabes?"

—Ayer te llamé en sueños.

—"¿Lo hiciste?"

—Sí. Me acerqué a ti y te abracé. ¿Lo sentiste? En mi mente puedo abrazarte, nena. ¿Me sientes?

Suspiró. —"Sí, y es una tortura, no lo hagas más. Y deja de dormir desnudo, que me tienes frita." —Él rio por lo bajo. —"No me lo puedo creer, ¿lo haces a propósito?"

—Es a ver si así te motivo.

—"Ja, ja. Me parece que últimamente estás motivando a la nueva secretaria."

—Nena, ¿qué dices?

—"¡He visto cómo te mira y no me gusta un pelo! ¡El otro día después de decirle que mi estado era el mismo, cuando te diste la vuelta hizo un gesto de victoria, lo vi a través del cristal de la puerta!"

Duncan parpadeó. —Nena yo solo me centro en ti, pero si vas a rendirte…

—"¿Qué has dicho?" —gritó a los cuatro vientos haciéndole gemir—"¡Ni se te ocurra Fellner, a mi niña no la va a criar esa bruja arribista!"

—Quizás deberíamos hacer un casting.

—"¿Cómo que un casting? ¿Para qué?"

—Para buscar a la mejor candidata, nena —dijo con mala leche.

—"Uy, que tú tienes ganas de marcha…"

—¿Yo? —preguntó pasmado antes de mirar el reloj—. Tengo que irme, preciosa. —Se acercó y le dio un beso en los labios.

—"¿Ya?"

—Lo sé, pero mañana me quedaré todo el día contigo, es sábado.

—"¿Y qué tienes que hacer tú un viernes por la noche?"

—Un trabajito.

Se quedó en silencio. —"¿Cómo has dicho? ¿Sin mí?"

—Me acompaña Leila. Oye, la mano de pega casi ni se le nota —dijo yendo hacia la puerta.

—"Lo sé. Ten cuidado."

—Lo tendré. Te veo en mis sueños. —Salió de la habitación y se puso el teléfono al oído. —Nos vemos en el barco en media hora.

Alfred, Edward y Leila parpadearon.

—Sí, es increíble.

—¿Estás de coña? —preguntó Leila.

—Está aquí, conmigo —dijo asombrado—. Aunque no sé cómo, pero está dentro de mí no en su cuerpo. Vio algo que yo no vi y es imposible que lo hiciera si no estuviera conmigo.

—Que viera a tu secretaria levantando los brazos en señal de alegría no es una prueba —dijo su padre—. Igual lo soñó.

Él apretó los labios. —He pensado mucho en esto de camino hacia aquí y me he dado cuenta de que no me avisó de lo de Sara cuando pude hablar con ella. Me habría avisado para que no confiara en esa zorra, sabéis que sí. Además, han pasado otras cosas, cosas íntimas a las que en su momento no les di importancia.

—Majo, ahora no te pongas remilgado, somos profesionales. —Leila levantó una de sus cejas castañas. —Estamos esperando.

—El otro día me iba a hacer una…

—¿Paja? —preguntó ella.

Duncan gruñó. —Estaba en la ducha y la echaba de menos.

—Chico, eso es lo más normal del mundo.

—Pues yo quería, pero mi mano no.

Los tres dejaron caer la mandíbula del asombro. —Y cuando llegué al hospital me lo recriminó. Creí que lo había visto en mi mente, pero no, estaba allí, en mi cabeza e impidió que pasara

controlando mi mano. Como impidió que pasara otras dos veces. —Se pasó la mano por el cabello. —Joder, creía que eran remordimientos o algo así, pero ahora estoy convencido de que no, es ella que está dentro de mi cabeza.

—Pero si eso fuera así la sentirías, ¿no? —preguntó su hermano—. ¡Sentirías algo! Es como una posesión, joder, ¿necesitamos a un exorcista?

Le miraron como si fuera idiota. —¿Qué? ¡Es una posibilidad!

Leila se levantó. —Vamos a ver, ella puede meterse en tu mente, puede hasta dominar tu cuerpo, pero sin embargo solo habla contigo en el hospital.

—Exactamente.

Ella suspiró. —Estás equivocado, si estuviera dentro de ti podría hablar contigo todo el tiempo.

—A no ser que ella no sepa que está dentro de él, que es lo más probable —dijo Alfred—. Y por eso ella no se puede comunicar con ninguno de nosotros en nuestra mente, porque es Duncan quien no está preparado para hacerlo.

—Cuando la conocí —dijo Edward—, dijo que actuaba como en los viajes astrales. Que se trasladaba a la mente del paciente y

entraba en ella. Igual cuando sufrió el desmayo, su mente huyendo de la muerte se trasladó a la de Duncan que es con quien más conexión tiene. Por eso ve cosas que Duncan no ve estando en el mismo espacio, porque ella mira lo que le interesa.

—¿Y por qué aunque esté dentro de él hay cosas que no ve como que hoy mismo habéis comido juntos? ¿Y por qué no habla con él? ¿Por qué no habla ahora que debe estar escuchándolo todo? —preguntó incrédula. Se acercó a Duncan y gritó a su oído —¡Rebeca manifiéstate!

—Ay… —Duncan se apartó llevándose la mano al oído.

Exasperada miró a Alfred. —¿Ves? Nada.

Alfred levantó la mano para acallarla y Leila se volvió para ver la cara de pasmo de Duncan. —La he oído. Le has hecho el mismo daño que a mí y se ha quejado.

—Habla con ella, hijo.

—¿Nena? Preciosa, ¿estás conmigo?

—"¿Duncan?" —preguntó asustada—. "¿Qué está pasando?"

—Estás en algún lugar de mi cerebro y tienes que volver a tu cuerpo.

La escuchó sollozar —"¿Cómo?"

Duncan apretó los labios mirando a los suyos. —Pregunta que cómo vuelve.

—Esto se sale por completo de mi control —dijo Leila—. ¿Alguna idea?

Edward entrecerró los ojos. —Ya sé lo que ocurre.

—Joder, ¿el qué? —preguntó su hermano impaciente.

—Cuando se fue de su cuerpo lo hizo huyendo de la muerte, ¿no? Sintió que se moría como con el coreano y su mente simplemente huyó, aunque su cuerpo no llegara a morir.

Los demás asintieron.

—Tenemos que matarte y traerte a la vida.

—¿Y si la viajera de mi amiga se lo lleva también a su mente porque es como una lapa, la muy puñetera?

—Dice que eso ya lo pagarás cuando vuelva a ponerte las manos encima.

—¡Eso, dímelo a la cara!

Duncan frunció el ceño. —La siento.

—¡Eso es porque es una pesada de primera y quiere seguir dando por saco incluso en tu mente! Ven aquí y dímelo a la cara,

maja, que te voy a explicar dos cositas sobre como dejar de dar por saco. ¡O te mueres o no! ¡No hay término medio, joder!

Duncan se levantó con la respiración agitada. —Llora, está frustrada, furiosa. Se muere por estrangularte.

—¿Estrangularme? —Se echó a reír. —Si no es capaz ni de limpiarse los mocos, la muy cabrita. ¿Quieres estrangularme? ¡No podrías ganarme ni aunque lo intentaras con fuerza y eso que solo tengo una sola mano! ¡Era mucho mejor que tú, pero les tenías a todos embobados con tanto leer mentes y toda esa chorrada! ¡Jamás debieron aceptarte en el cuerpo, tendrías que haber estado en el de los bichos raros!

Los Fellner se quedaron de piedra al ver el rostro de Rebeca difuminado sobre el de Duncan pegando gritos como una loca.

—Ahí estás —dijo con desprecio—. ¿Has encontrado la salida o necesitas un mapa? Uy, que tú los mapas no los llevas nada bien. ¿Recuerdas la misión en Milán? —Se echó a reír. —Se perdió. ¡La muy cabrita se perdió y tuvimos que retrasar la misión dos horas porque decía que no le funcionaba el GPS! ¿Cómo se puede meter tanto la pata y llegar a donde has llegado tú?

De repente el cuerpo transparente de Rebeca se lanzó en pelotas sobre Leila metiéndose en su interior y esta les miró con los ojos como platos. —¿Cariño? ¿La tengo dentro?

Alfred asintió sin salir de su asombro.

—¡No, no! Nena vuelve conmigo. —La cogió por los brazos y la zarandeó. —¡Rebeca vuelve a mí!

—Ay madre… —De repente Leila empezó a gemir. —¡La muy loca me está metiendo una zurra! ¡Sácala de mí! —gritó antes de caer de rodillas llevándose las manos a los oídos—. No, no grites.

—¡Rebeca basta! ¿No ves que no se puede defender? ¡Solo lo hizo para provocarte!

Leila se quedó sin aliento. —Ha parado. —Entrecerró los ojos. —¿Cómo que te perdone, cabrita, es que has perdido la chaveta con tanto viaje? ¡Sal de mí! —Se quedó escuchando. —¿Cómo que estás desnuda? ¿Y? Cuando te cargaste a aquellos iraníes ibas en pelotas y te dio lo mismo. —Bufó antes de mirar a su novio. —¿Te puedes dar la vuelta, por favor? De repente se ha vuelto tímida. Dice que le da vergüenza que su suegro la vea en cueros.

Alfred se giró y al ver que su hijo alucinado no quería perderse detalle le dio una colleja. Edward bufó dándose la vuelta.

—Ya puedes salir —dijo Leila impaciente.

El rostro de su esposa apareció ante él y Duncan sonrió. —Ven preciosa, tenemos que regresar al hospital, nuestra niña nos está esperando.

Sonrió y alargó la mano hacia él, acariciando su mejilla y besando sus labios antes de entrar en su interior. —Siento tu corazón —dijo Duncan llevándose la mano allí.

—Hijo date prisa, regrésala cuanto antes. Tengo miedo de que ocurra algo más, con estas cosas no se juega.

Duncan salió corriendo y en cuanto llegó al coche lo puso en marcha. —"No corras" —dijo en su interior.

—Nena, no va a pasar nada. Dios mío, te siento.

—"Y yo te siento a ti, mi amor."

—Te amo, te amo, no puedo vivir sin ti. —Sintió que calentaba su corazón y jamás se sintió tan amado como en ese momento.

—"Voy a ser madre."

—Sí, y tendremos un bebé precioso.

—"¡Duncan date prisa voy a tener a la niña!"

—¡No me jodas!

—"¡Me está llamando, me está llamando! Me voy a…"

Duncan frenó en seco ante un semáforo y frunció el ceño porque no la sintió en su interior. —¿Nena? Hostia, ¿te has ido? ¡Rebeca! —Agotado dejó caer la frente sobre el volante. —Esta mujer va a acabar contigo.

Sonrió con su pequeña Leila en brazos a los doctores, que aún alucinados porque hubiera despertado durante la cesárea la miraban pasmados. —Oh… —dijo mirándola con adoración—. Se parece a mí. —Acarició su pelito pelirrojo. —Aunque esperemos que no haya salido a mí en todo. —La niña lloraba lo que no estaba escrito y su madre sonrió radiante. —En el carácter ha salido a su padre. —Levantó la vista justo a tiempo de ver que una enfermera se desplomaba en el suelo. —Vaya, tranquilos que esa vuelve en un minuto. Ha sido la impresión, nada más. —Carraspeó. —¿Alguien puede coserme antes de que llegue mi marido y le dé algo?

En la habitación Leila lloraba a mares con la niña en brazos. —Lleva mi nombre.

—Es lo menos que podía hacer con la ilusión que te hacía —dijo comiendo a dos carrillos la pizza cuatro quesos que su marido había encargado—. Qué bueno está esto.

Su suegro rio por lo bajo. —No me extraña, no has comido nada decente en meses.

—Ahora entiendo porque a veces soñaba con hamburguesas —dijo Duncan haciéndoles reír.

Una enfermera entró en la habitación. —Tengo que llevarme a la niña.

—¿Leila?

Su amiga le dio la niña y como esperaba de ella siguió a la enfermera. Esta la miró sobre su hombro. —La traigo ahora, solo voy a cambiarla.

—Ya maja, pero voy contigo. —Sacó su placa y se la puso ante la nariz. —¿Lo ves? No pienso separarme de ella. —Guardó su placa en el bolsillo trasero del pantalón vaquero y sacó su pistola. —Venga y como le pase algo…

—No, no, claro que no —dijo asustada.

—Así me gusta.

—Nena, no comas más, puede sentarte mal.

Suspiró porque tenía razón, ya no podía más.

Edward y Alfred se acercaron a ella y uno a uno le dieron un beso en la mejilla. —Bien hecho, niña.

—¿No deberías dejar de llamarme niña teniendo una novia de mi edad?

Se puso como un tomate mientras iba hacia la puerta y ella se echó a reír. —No has podido elegir mejor, suegro.

Este le guiñó un ojo. —Hacía mucho que no era tan feliz.

—Y eso es lo más importante.

—Oye, ¿no tendrás alguna amiga para mí? —preguntó Edward.

—Veré qué puedo hacer. —Este asintió siguiendo a su padre. —Edward.

La miró sorprendido. —No fue culpa tuya. Fue culpa nuestra por no hablar abiertamente. Tú solo hiciste lo que te dijo tu hermano, intentar evitar que yo me enterara mientras me cubríais las espaldas.

—Eso no me consuela, cuñada. Mi hermano ha sufrido más en estos meses que en toda su vida y yo pude evitarlo. Debí

tomármelo más en serio —dijo antes de salir de la habitación cerrando la puerta.

Duncan apretó los labios y ella le miró a los ojos. —Darle vueltas no nos devolverá el tiempo perdido. —Alargó la mano y él la cogió de inmediato para sentarse a su lado. —Hay que pensar en el futuro. Afortunadamente la niña ha salido a ti, así que no podrán utilizarla.

—Pero, ¿y a ti, nena?

—¿No quieres que vuelva a trabajar?

—Me encantaría que estuvieras fuera de peligro.

—¿Y quién te cubriría a ti las espaldas? —Acarició su mejilla. —No durarías ni cinco minutos sin mí.

—Antes no me las arreglaba mal del todo.

—Pero conmigo estás mucho mejor.

—La niña…

—La niña estará bien. Mejor que bien porque sus dos padres volverán a casa. —Besó suavemente sus labios. —Echaba de menos esto.

—Y yo, preciosa. —Acarició sus labios con los suyos antes de entrar en su boca y la saboreó disfrutando de ella. La cogió por la

nuca inclinando su cabeza para profundizar el beso, pero no duró tanto como Rebeca quisiera porque se apartó para mirar su rostro. —Nena, estás recién operada.

—Bah, esto no es nada.

Él sonrió divertido. —Sí, claro. Nada de nada hasta que el médico te dé el alta.

Se dejó caer en las almohadas disimulando el dolor.

—Preciosa, si te duele puedes pedir más medicación.

—¿Con quién te crees que estás hablando?

Apoyó las manos a ambos lados de su cabeza. —Con una mujer preciosa, valiente, lista y que da la casualidad que es mi esposa.

—Menuda suerte has tenido. —Acarició su pecho. —Tanta como he tenido yo. Te amo sin límites. Hasta cuando casi me muero tengo que estar junto a ti.

—¿Pues sabes qué? Me alegro de saberlo porque eso significa que si uno de los dos muere, nunca se irá y tendremos la suerte de poder hablar, soñar o incluso sentirnos el uno al otro.

Sus ojos brillaron de la alegría. —¿Dispuesto a vivir a mi lado el resto de tu vida?

—Dispuesto a vivir cualquier cosa a tu lado, mi amor, cualquier cosa.

# Epílogo

Su mano elevó su ajustado vestido negro para amasar sus glúteos. Duncan apartó sus labios de los suyos para besar su cuello. —Sabía que no llevabas ropa interior. Nena, deja de entrar en mi mente mientras trabajamos. —La cogió por las piernas para elevarla pegándola a la pared.

—Y tú deja de provocarme —dijo ansiosa—. Has bailado con esa.

—¿Celosa? —Entró en su ser de un solo empellón haciéndola gritar de placer. La besó intensamente para evitar que gritara mientras la llenaba de nuevo, provocando que se estremeciera de arriba abajo. Duncan apartó sus labios para mirar su rostro mientras empujaba sus caderas con fuerza, retorciéndola de placer hasta casi hacerla suplicar de necesidad. —Ver lo que quieres mientras te hago el amor, es lo mejor del mundo, preciosa.

—Más. —Se abrazó a su cuello y Duncan perdiendo el control aceleró el ritmo de una manera que la volvió loca hasta hacerles estallar de placer. Sus gritos fueron amortiguados con los gritos del exterior por la celebración del año nuevo. Sonriendo Rebeca abrió los ojos para ver los suyos. —Feliz año nuevo, mi amor. Porque este año que empieza sea aún mejor que los anteriores.

—Estoy seguro de que lo será. Feliz año nuevo, mi vida.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)
2- Brujas Valerie (Fantasía)
3- Brujas Tessa (Fantasía)
4- Elizabeth Bilford (Serie época)

5- Planes de Boda (Serie oficina)

6- Que gane el mejor (Serie Australia)

7- La consentida de la reina (Serie época)

8- Inseguro amor (Serie oficina)

9- Hasta mi último aliento

10- Demándame si puedes

11- Condenada por tu amor (Serie época)

12- El amor no se compra

13- Peligroso amor

14- Una bala al corazón

15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.

16- Te casarás conmigo

17- Huir del amor (Serie oficina)

18- Insufrible amor

19- A tu lado puedo ser feliz

20- No puede ser para mí. (Serie oficina)

21- No me amas como quiero (Serie época)

22- Amor por destino (Serie Texas)

23- Para siempre, mi amor.

24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)

25- Mi mariposa (Fantasía)

26- Esa no soy yo

27- Confía en el amor

28- Te odiaré toda la vida

29- Juramento de amor (Serie época)

30- Otra vida contigo

31- Dejaré de esconderme

32- La culpa es tuya

33- Mi torturador (Serie oficina)

34- Me faltabas tú

35- Negociemos (Serie oficina)

36- El heredero (Serie época)

37- Un amor que sorprende

38- La caza (Fantasía)

39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)

40- No busco marido

41- Diseña mi amor

42- Tú eres mi estrella

43- No te dejaría escapar

44- No puedo alejarme de ti (Serie época)

45- ¿Nunca? Jamás

46- Busca la felicidad

47- Cuéntame más (Serie Australia)

48- La joya del Yukón

49- Confía en mí (Serie época)

50- Mi matrioska

51- Nadie nos separará jamás

52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)

53- Mi acosadora

54- La portavoz

55- Mi refugio

56- Todo por la familia

57- Te avergüenzas de mí

58- Te necesito en mi vida (Serie época)

59- ¿Qué haría sin ti?

60- Sólo mía

61- Madre de mentira

62- Entrega certificada

63- Tú me haces feliz (Serie época)

64- Lo nuestro es único

65- La ayudante perfecta (Serie oficina)

66- Dueña de tu sangre (Fantasía)

67- Por una mentira

68- Vuelve

69- La Reina de mi corazón

70- No soy de nadie (Serie escocesa)

71- Estaré ahí

72- Dime que me perdonas

73- Me das la felicidad

74- Firma aquí

75- Vilox II (Fantasía)

76- Una moneda por tu corazón (Serie época)

77- Una noticia estupenda.

78- Lucharé por los dos.

79- Lady Johanna. (Serie Época)

80- Podrías hacerlo mejor.

81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)

82- Todo por ti.

83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)

84- Sin mentiras

85- No más secretos (Serie fantasía)

86- El hombre perfecto

87- Mi sombra (Serie medieval)

88- Vuelves loco mi corazón

89- Me lo has dado todo

90- Por encima de todo

91- Lady Corianne (Serie época)

92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)

93- Róbame el corazón

94- Lo sé, mi amor

95- Barreras del pasado

96- Cada día más

97- Miedo a perderte

98- No te merezco (Serie época)

99- Protégeme (Serie oficina)

100- No puedo fiarme de ti.

101- Las pruebas del amor

102- Vilox III (Fantasía)

103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)

104- Retráctate (Serie Texas)

105- Por orgullo

106- Lady Emily (Serie época)

107- A sus órdenes

108- Un buen negocio (Serie oficina)

109- Mi alfa (Serie Fantasía)

110- Lecciones del amor (Serie Texas)

111- Yo lo quiero todo

112- La elegida (Fantasía medieval)

113- Dudo si te quiero (Serie oficina)

114- Con solo una mirada (Serie época)

115- La aventura de mi vida

116- Tú eres mi sueño

117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)

118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)

119- Sólo con estar a mi lado

120- Tienes que entenderlo

121- No puedo pedir más (Serie oficina)

122- Desterrada (Serie vikingos)

123- Tu corazón te lo dirá

124- Brujas III (Mara) (Fantasía)

125- Tenías que ser tú (Serie Montana)

126- Dragón Dorado (Serie época)

127- No cambies por mí, amor

128- Ódiame mañana

129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)

130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)

131- No quiero amarte (Serie época)

132- El juego del amor.

133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)

134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)

135- Deja de huir, mi amor (Serie época)

136- Por nuestro bien.

137- Eres parte de mí (Serie oficina)

138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)

139- Renunciaré a ti.

140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)

141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.

142- Era el destino, jefe (Serie oficina)

143- Lady Elyse (Serie época)

144- Nada me importa más que tú.

145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)

146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)

147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)

148- ¿Cómo te atreves a volver?

149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)

150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)

151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)

152- Tú no eres para mí

153- Lo supe en cuanto le vi

154- Sígueme, amor (Serie escocesa)

155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)

156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)

157- Me has dado la vida

158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)

159- Amor por destino 2 (Serie Texas)

160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)

161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)

162- Dulces sueños, milady (Serie Época)

163- La vida que siempre he soñado

164- Aprenderás, mi amor

165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)

166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)

167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)

168- Sólo he sido feliz a tu lado

169- Mi protector

170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)

171- Algún día me amarás (Serie época)

172- Sé que será para siempre

173- Hambrienta de amor

174- No me apartes de ti (Serie oficina)

175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)

176- Nada está bien si no estamos juntos

177- Siempre tuyo (Serie Australia)

178- El acuerdo (Serie oficina)

179- El acuerdo 2 (Serie oficina)

180- No quiero olvidarte

181- Es una pena que me odies

182- Si estás a mi lado (Serie época)

183- Novia Bansley I (Serie Texas)

184- Novia Bansley II (Serie Texas)

185- Novia Bansley III (Serie Texas)

186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)

187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)

188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)

189- Lo que fuera por ti 2

190- ¿Te he fallado alguna vez?

191- Él llena mi corazón

192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)

193- No puedes ser real (Serie Texas)

194- Cómplices (Serie oficina)

195- Cómplices 2

196- Sólo pido una oportunidad

197- Vivo para ti (Serie Vikingos)

198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)

199- Un baile especial

200- Un baile especial 2

201- Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)

202- Lo siento, preciosa (Serie época)

203- Tus ojos no mienten

204- Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)

205- Sueño con un beso

206- Valiosa para mí (Serie Fantasía)

207- Valiosa para mí 2 (Serie Fantasía)

208- Valiosa para mí 3 (Serie Fantasía)

209- Vivo para ti 2 (Serie Vikingos)

210- No soy lo que esperabas

211- Eres única (Serie oficina)

212- Lo que sea por hacerte feliz (Serie Australia)

213- Siempre estás en mi corazón (Serie Texas)

214- Lo siento, preciosa 2 (Serie época)

215- La intensidad de lo que siento por ti

216- Lucha por lo que amas (Serie Australia)

217- Ganaré tu corazón (Serie Vikingos)

218- Mi otra cara de la moneda

219- Ni tú conmigo, ni yo sin ti

220- No necesito más, si te tengo a ti (Serie Oficina)

221- Me enfrentaré a todo por tu amor (Serie época)

222- Algo único (Serie Australia)

223- Volver a enamorarte

224- Empezar de nuevo (Serie oficina)

225- Nunca seré tuya (Serie Vikingos)

226- Sería imposible olvidarte (Serie Vecinos)

227- Juramento de amor 2 (Serie época)

228- Siento tu corazón

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina

8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Juramento de amor 2
12. Una moneda por tu corazón
13. Lady Corianne
14. No quiero amarte
15. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.